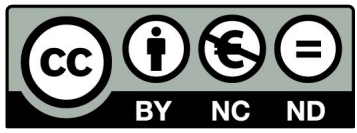
EL CAMINO ESPAÑOL Y LA LOGÍSTICA EN LA ÉPOCA DE LOS TERCIOS. APORTACIÓN DE CALATAYUD Y COMARCA

Fernando Martínez Laínez
Víctor Javier Sánchez Tarradellas

CENTRO DE ESTUDIOS BILBILITANOS
INSTITUCIÓN «FERNANDO EL CATÓLICO»

La versión original y completa de esta obra debe consultarse en:
https://ifc.dpz.es/publicaciones/ebooks/id/3349



Esta obra está sujeta a la licencia CC BY-NC-ND 4.0 Internacional de Creative Commons que determina lo siguiente:

- BY (Reconocimiento): Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciador o lo recibe por el uso que hace.

- NC (No comercial): La explotación de la obra queda limitada a usos no comerciales.

- ND (Sin obras derivadas): La autorización para explotar la obra no incluye la transformación para crear una obra derivada.

Para ver una copia de esta licencia, visite https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es.

EL CAMINO ESPAÑOL Y LA LOGÍSTICA EN LA ÉPOCA DE LOS TERCIOS. APORTACIÓN DE CALATAYUD Y COMARCA

EL CAMINO ESPAÑOL Y LA LOGÍSTICA EN LA ÉPOCA DE LOS TERCIOS. APORTACIÓN DE CALATAYUD Y COMARCA

Fernando Martínez Laínez
Víctor Javier Sánchez Tarradellas

CENTRO DE ESTUDIOS BILBILITANOS
INSTITUCIÓN «FERNANDO EL CATÓLICO»
Calatayud
2013

Publicación número 125
del
Centro de Estudios Bilbilitanos
y 3.269 de la
Institución «Fernando el Católico»
(Excma. Diputación de Zaragoza)
Plaza de España, 2
50071 ZARAGOZA (España)
Teléfono [34] 976 28 88 78/79 - Fax [34] 976 28 88 69
ifc.dpz.es

FICHA CATALOGRÁFICA

El Camino Español y la logística en la época de los Tercios.
Aportación de Calatayud y Comarca
Fernando Martínez Laínez
Víctor Javier Sánchez Tarradellas

122 p.: 24 cm
I.S.B.N. 978-84-9911-258-9

© Los autores

I.S.B.N. 978-84-9911-258-9
Depósito Legal: Z 1586-2013

Imprime: Imprenta Delta - Calatayud

PRÓLOGO

Gonzalo Sánchez Urbón
General de Brigada
Director de la Academia de Logística

En este prólogo quiero, en primer lugar, agradecer al Centro de Estudios Bilbilitanos la acogida que ha dispensado a la publicación de este documento relacionado con aspectos de la Logística militar y su relación con el centro más importante, y único, de la enseñanza de esta disciplina en el ámbito de las Fuerzas Armadas, que se encuentra ubicado en Calatayud: la Academia de Logística. Todo ello nos da pie, además, a ensalzar una vez más la estrecha unión entre la milicia y la ciudad, demostrada a lo largo de muchos años.

La presencia de Unidades del Ejército en Calatayud ha sido una constante a lo largo de los años; su influencia en la ciudad ha sido notable y las relaciones entre autoridades, ciudadanos y militares, fluida.

Si bien es cierto que Calatayud ha dispuesto prácticamente siempre de guarnición militar, también es verdad que hasta principios del siglo xx estas unidades no estaban ligadas a Unidades orgánicas del tipo Regimiento o similar, sino más bien a destacamentos de pequeña entidad y de poca permanencia que se acuartelaban en el Fuerte de la Merced, actual Plaza del Fuerte. Tras un periodo en el que no existieron Unidades, la última de las etapas nace en el año 1926, en el que el pueblo de Calatayud cede al ramo de la Guerra los terrenos y la construcción del actual acuartelamiento *«entre Mediavega y Margarita»*, como se expresa en las escrituras. Gracias a ello se construyó el que entonces se denominó Acuartelamiento Infante D. Jaime y que hoy en día es el Acuartelamiento Barón de Warsage.

En aquel entonces se trasladan las fuerzas del 12.º Regimiento de Artillería Ligera procedentes de Vicálvaro (Madrid). Desde ese momento, aunque hayan variado el tipo de Unidades, la presencia del Ejército ha sido ininterrumpida, y siempre con una entidad considerable.

En 1975, en breve hará 40 años, la dinámica del Acuartelamiento se transforma iniciándose la implantación de un centro de enseñanza, el Instituto Politécnico n.º 2 que finalmente modificó su nombre ampliando sus competencias y convirtiéndose finalmente en la Academia de Logística en 2001. Calatayud se convierte así en la única ciudad española que acoge un centro de enseñanza militar especializado en Logística.

Con anterioridad a la creación de la Academia parte de sus cometidos los realizaba la Escuela de Logística del Ejército de Tierra con sede en Villaverde (Madrid) cuyo lema «Poner una pica en Flandes», aludía precisamente a la campaña que los Tercios españoles llevaron a cabo en aquella alejada parte de Europa, la gesta de índole logístico que supuso abastecer aquella campaña durante 80 años, y que da razón de ser a esta publicación.

No os preguntarán por mí,
que en estos tiempos a nadie
le da lustre haber nacido
segundón de casa grande;
pero si pregunta alguno,
bueno será contestarle
que, español, a toda vena,
amé, reñí, di mi sangre,
pensé poco, recé mucho,
jugué bien, perdí bastante,
y, porque esa empresa loca
que nunca debió tentarme,
que, perdiendo ofende a todos,
que, triunfando alcanza a nadie,
no quise salir del mundo
sin poner *mi pica en Flandes.*

Eduardo Marquina
En Flandes se ha puesto el sol

No es casualidad que Calatayud haya sido una ciudad en la que la presencia militar haya sido constante; su situación estratégica en la península ibérica hace que haya adquirido mucho peso específico como lugar de confluencia y nudo de comunicaciones entre el Levante español y la meseta, Zaragoza y Madrid. Valdeherrera, Bílbilis, el Recinto Fortificado Islámico, a cuyos pies se levantó nuestra actual ciudad, son testigos mudos del paso de la historia: celtas, romanos, la invasión musulmana, la guerra de los dos Pedros entre Castilla y Aragón, la guerra de la independencia, las guerras carlistas y la guerra civil han dejado una profunda huella.

Hoy en día esa importancia no ha perdido vigencia: la autovía Madrid-Barcelona, el ferrocarril con el AVE, la conexión con Levante y Castilla hacen de ella un enclave excepcional como Centro Logístico de primera magnitud.

Calatayud y la potentísima formación en Logística que se imparte en el seno de nuestras fuerzas Armadas están unidos indisolublemente. En esta Academia bilbilitana se ostenta la representación institucional en las Fuerzas Armadas y es, precisamente, la heredera y responsable de mantener las tradiciones, símbolos e historia que unen la Logística y el Ejército. Se puede afirmar sin ningún género de dudas que hablar de Logística militar ya es hablar de Calatayud. El lector avezado sabrá discernir que así se constituye el vínculo y el nexo de unión entre el Camino Español y estas tierras aragonesas que fueron testigos históricos de las mayores gestas que escribieron la historia de España.

El libro consta de tres partes diferenciadas; la primera de ellas es ya conocida gracias a las conferencias sobre el Camino Español de los Tercios que con motivo de la conmemoración del X aniversario de la creación de la Academia de Logística impartió el Sr. Laínez en nuestra ciudad. Observamos que la mayor parte de la recluta procedía de Aragón y Castilla y que, al embarcar en Barcelona, hacían del camino de la meseta un paso obligado por Calatayud, tal y como también se detalla posteriormente.

En la segunda, relacionada con la anterior, el Teniente Coronel Víctor Javier Sánchez Tarradellas, profesor de la Academia, desgrana la particular logística que abastecía a los Tercios españoles en su hazaña.

Y finalmente, en la tercera parte, también el Teniente Coronel Tarradellas nos introduce en un mundo hasta ahora desconocido mostrándonos la importancia de Calatayud y Comarca en actividades de logística militar directamente relacionada con aquellos tiempos. Todas ellas nos permiten acercarnos a la realidad de aquella época y rememorar la que se consideró la gesta logística que entrañó mayor dificultad a los ejércitos dentro de lo que se denominó nuestro siglo de oro.

Esta conferencia permitió al citado Teniente Coronel, destinado en nuestra Academia, adentrarse en lo que aquella época suponía para las poblaciones del interior y en especial de Calatayud. El trasiego por sus caminos, el comercio, la fiscalidad, la recluta… Los resultados también se han incluido en el libro.

Descubrir la importancia que desde el punto de vista artesanal mantuvieron los talleres armeros de Calatayud en la producción de armas, llevando el nombre de Calatayud a los confines del mundo, así como el entronque de la utilización de las armas de fuego con la comercialización del cultivo del cáñamo, tan arraigado en nuestra comarca, han sido dos sorprendentes hallazgos que sin duda abrirán nuevas vías de estudio de nuestras tradiciones locales.

En definitiva, llevamos casi 40 años dedicados a la enseñanza de diversas actividades logísticas, aunque asumir la plenitud de competencias en este campo no se ha materializado sino hasta hace 13 años. Ahora mismo estamos ya escribiendo la historia de lo que serán las nuevas relaciones entre el Ejército, la Academia y Calatayud; un mundo con un potencial riquísimo como lo demuestra el hecho de que Zaragoza sea una de las referencias nacionales en este campo.

Este libro expone así diversas caras de una misma actividad y muestra la ligazón existente entre Calatayud y el Camino Español a través de una disciplina que supone el punto común entre ambos y que inicialmente se desarrolló de manera exclusiva en el ámbito militar para, poco a poco, hacerse imprescindible en cualquier actividad empresarial.

La Asociación del Camino Español, creada en el año 2011, honró a la Academia de Logística con el título de Socio de Honor. Todo ello fue posible gracias al impulso y dedicación del Coronel Gregorio Caballero, recientemente fallecido y a quien desde estas líneas dedicamos un recuerdo y homenaje.

A MODO DE INTRODUCCIÓN

César Muro Benayas
Teniente General
Presidente de la Asociación de Amigos
del Camino Español de los Tercios

Entre 1534 y el final del siglo XVII los tercios eran las mejores unidades militares del mundo. Solo comparables en la historia militar a las falanges macedónicas, las legiones romanas, los regimientos napoleónicos o las columnas acorazadas de la Werhmacht. Constituyeron las mejores unidades de la Infantería de los ejércitos del rey católico. Suponían una pequeña parte, pero constituían la fuerza decisiva en las batallas.

Qué fueron estas unidades, cómo se crearon, cómo vivían y combatían sus hombres, su organización y funcionamiento y a la postre su historia sigue siendo motivo de estudio e investigación. Se cuentan por miles los seguidores y entusiastas de todo aquello vinculado a los tercios legendarios.

En este marco de veneración y atención a todo lo relacionado con nuestros tercios un hecho singular se produjo a finales del 2006: un oficial español de Infantería destinado en Bruselas descubrió, de manera fortuita, el antiguo pueblo de Empel, frente a la isla de Bomel. Una pequeña ermita conmemora el milagro que dio origen al patronazgo de la virgen Inmaculada soportada por una comunidad católica que hace de aquellos hechos el motor de esa comunidad. Aquel hecho conmovió a los componentes de la Infantería y auspiciado por la Academia del Arma y con el apoyo del Ejército se organizó una expedición para conocerles. Ocho autocares compusimos aquella inolvidable aventura que recorrió la ruta del Duque de Alba del Camino Español para acabar en la ermita de Empel.

La semilla de aquel contacto dio sus frutos y año tras año se han repetido visitas, más o menos numerosas. En el 2011, por fin, un grupo al que me gusta denominarles «románticos de los tercios» formalizamos lo que había sido una simple afición y creamos la **Asociación de Amigos del Camino Español de los Tercios.** Organización sin ánimo de lucro que cifra sus actividades principales en el campo cultural, mediante conferencias en el marco nacional e internacional, y la organización de expediciones anuales al Camino Español y a Empel. Actualmente el número de afiliados rebasa los quinientos y, poco a poco, vamos creciendo.

EL CAMINO ESPAÑOL DE LOS TERCIOS

Fernando Martínez Laínez
Periodista e Historiador
Vocal de la Asociación de Amigos
del Camino Español de los Tercios

Como miembro de la Asociación de Amigos del Camino Español de los Tercios, quisiera hacerles participar de algo que, en definitiva, puede resumirse en «contar lo que fuimos», al recordar la gran hazaña logística que supuso mantener abierto durante tantos años eso que llamamos el Camino Español.

Hablar del Camino Español, en estos tiempos de penuria económica, intelectual, moral y nacional, supone rescatar del olvido una de las mayores gestas de nuestra Historia, y rendir tributo póstumo al sufrimiento y heroísmo de tantos soldados y capitanes que, a través de esa vía, marcharon hacia Flandes, el norte de Francia, Italia o Alemania, a combatir por España.

Sin temor a exagerar, puede decirse que el Camino Español es la maniobra logística más importante de la Edad Moderna. Debemos considerar que se trataba de una marcha que atravesaba una gran parte de Europa, una larga línea de comunicación militar desde el Mediterráneo al Mar del Norte que, además de pasar los Alpes, cruzaba caudalosos ríos, bosques inacabables, desfiladeros profundos y zonas pantanosas. Y todo eso con los rudimentarios medios de la época, no se olvide. Como tampoco hay que olvidar que se trataba de un camino de ida y vuelta No solamente era duro llegar, sino que todas las dificultades se multiplicaban por dos cuando había que regresar. Eso, los afortunados que regresaban, claro.

Corría el año 1624, cuando el cardenal Richelieu envió una carta al rey de Francia, Luis XIII, en la que se decía: «No se puede dudar de que los españoles aspiran al dominio universal, y que los únicos obstáculos que hasta el presente han encontrado son la distancia entre sus dominios y su escasez de hombres».

A esta reflexión de Richelieu podríamos añadir otra del prestigioso historiador francés Ferdinand Braudel, quien en su conocida y muy comentada obra «El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II», afirma que:

> Comprender la importancia de las distancias en el siglo XVI, el gran obstáculo que representaban, las dificultades y las demoras que imponían, es, al mismo tiempo, percibir los problemas que planteaba, en esa época, la pesada gobernación de los imperios y, en primer término, del inmenso imperio español…

Estamos hablando de un tiempo en el que una comunicación cifrada urgente desde Madrid a Flandes o Alemania, tardaba diez días en invierno, y no digamos si se trataban de puntos en el Perú o el norte de Nueva España, que podían tardar meses en recibir las instrucciones que llegaban desde España.

Todo esto constituía un problema que el historiador e hispanista Geoffrey Parker resume en lo que él llama *«El problema de la distancia»*, y que fue el origen de esa hazaña logística y humana sin parangón que representó mantener abierto el Camino Español. Algo que historiadores tan competentes como el citado Parker no dudan en calificar de **«milagroso».**

Con respecto al otro problema que mencionaba el cardenal Richelieu, como obstáculo del dominio universal español: la escasez de hombres, era incluso más difícil de resolver que el primero, y contra él poco se pudo hacer. El capital humano de España siempre fue insuficiente para atender a la gran cantidad de empresas y guerras en la que nos vimos envueltos en ese prodigioso siglo y medio que va, desde los albores del siglo XVI a la segunda mitad del XVII, cuando se acentúa la despoblación de Castilla, la principal cantera de los tercios.

«*En cuanto a los españoles* —apuntaba el escritor militar francés, Blaise de Vigenere a finales del siglo XVI—*, no se puede negar que son los mejores soldados del mundo, pero escasean tanto que a duras penas es posible reclutar cinco o seis mil de una vez*».

La causa de esta penuria de efectivos humanos radicaba, para el duque de Alba, en el exceso de levas, lo que iba agravando el problema, sin que el insuficiente crecimiento demográfico fuese capaz de reducirlo. En el término de nueve años, recordaba el duque, se sacaron de España 80.000 hombres, sin contar los que se enviaban a las Indias y al Pacífico.

Algo que, por contraste, no le ocurrió a Francia, nuestro enemigo principal en ese tiempo, que siempre dispuso de recursos humanos suficientes para levantar nuevos ejércitos después de sufrir las peores derrotas.

A las necesidades militares se unieron las malas cosechas, con su secuela de hambruna, y las epidemias de peste, como la que se produjo entre 1598 y 1602 en la Península Ibérica, por entonces unida en un solo Estado.

Sin ejércitos no podía mantenerse el poder de la Monarquía Hispana en Europa, pero sin abundancia de hombres no podía haber ejército poderoso, y en esta contradicción, que pendía como una espada de Damocles se vio envuelta España durante mucho tiempo. Una discordancia que culmina a mediados del siglo XVII, cuando se termina reclutando tropas en países luteranos por la necesidad de conseguir infantería por cualquier medio.

«*La necesidad que hay de infantería en todas partes* —escribe un reclutador comisionado al Secretario de Estado Pedro Coloma— *obligará a tomarla de donde se hallare*».

De forma que, en este contexto, los dos enemigos públicos del poder militar español eran el **Espacio** y la **Escasez** de hombres. Y esa necesidad de enfrentar el desafío de la distancia para poder llevar los menguados recursos humanos desde España o Italia a los Países Bajos o el centro de Europa, es lo que obliga a mantener a toda costa el corredor militar que llamamos el Camino Español, toda vez que la vía más rápida: la ruta marítima, siempre estuvo muy comprometida por la acción implacable de los corsarios hugonotes franceses y holandeses y la decidida hostilidad británica a partir de 1558, por no hablar de los temporales que con frecuencia se tragaban los barcos. Desde esa fecha, 1558, que coincide con la pérdida de Calais y el ascenso al trono de Isabel I de Inglaterra, casi todas las expediciones navales de transporte de tropas o dinero a Flandes, acabaron en desastre.

Pero eran tiempos en los que el empuje español no se arredraba fácilmente. Cualquier gran empresa parecía factible, y hasta el mundo parecía pequeño para las hazañas de aquellos antepasados, que hoy casi parecen de otro planeta. Así es que, si el mar estaba cerrado para España, eso no importaba demasiado. Los soldados irían por tierra y andando, aunque para eso tuvieran que atravesar media Europa. Así nace el Camino Español, y en torno a esto me gustaría plantear algunas consideraciones.

La guerra que España mantuvo durante casi 80 años en los Países Bajos se prolongó más tiempo que ninguna otra contienda de la Edad Moderna en Europa, y representó una guerra de dimensiones globales, porque repercutió, por la complejidad de alianzas y coaliciones, además de en toda Europa, en Brasil, el Caribe, Ceilán, Indonesia y África. En ningún caso se trataba del enfrentamiento de un pequeño país (Holanda), que como David, luchaba contra el Goliat representado por la poderosa Monarquía Hispana. Detrás de los Países Bajos rebeldes, que disponían además de una gran flota, estaba toda la Europa protestante más Francia y el poder Turco, al que Inglaterra, Francia y los luteranos alemanes no dudaron en solicitar ayuda para combatir a España.

Era una contienda, por tanto, que agotó los recursos españoles y que, seguramente resultaba imposible de ganar, pero tampoco era factible abandonar. En la arena internacional no es verdad eso de que dos no pelean si uno quiere. Si España dejaba de combatir, resumía el embajador español en Viena, Baltasar de Zúñiga, *«lo único que conseguiremos es perder, primero las Indias, después Flandes, luego Italia y finalmente la propia España»*.

Como cualquier otra contienda, la de Flandes solo se podía mantener mientras España dispusiera de hombres y dinero, y fuera capaz de llevarlos al teatro de operaciones. Así pues, el primer objetivo estratégico era que su ejército, y en especial sus tercios, considerados una fuerza de choque invencible, alcanzaran el campo de batalla.

El primero que utilizó el Camino Español con fines bélicos fue el duque de Alba, cuando acudió a Flandes con su ejército en 1566 para reprimir a los rebeldes flamencos. Pero la idea, la autoría intelectual, podríamos decir, surgió unos años antes del Consejero de Felipe II, Antonio Granvela, que había calculado ese itinerario para que el

monarca, partiendo de España vía Génova, pudiera llegar a Flandes para hacerse cargo de la peligrosa situación que allí se estaba gestando. Una visita que, por desgracia, nunca se produjo. El rey, para esa ocasión, prefería viajar a través de Alemania, aunque Granvela le convenció de que el territorio alemán era en esos tiempos *«país de protestantes»,* y por tanto hostil. Pero si hacía el recorrido por el Camino que él proponía, viajaría siempre por territorios que le pertenecían, como el Milanesado o el Franco-Condado; o que le eran aliados, como Saboya; o neutrales, como Lorena.

Este primer recorrido de los soldados de Alba por el Camino que Granvela había aconsejado, pasaba por Alessandria, Asti, Turín, valle de Aosta, Susa, Chambèry, el Franco-Condado, los montes de Jura, Nancy, Thionville, Luxemburgo y Bruselas.

El tramo más seguro de todo el Camino Español solía ser el Franco-Condado, que pertenecía al Rey de España por la herencia borgoñona de los Habsburgo. El Franco-Condado era el principal eslabón logístico del Camino Español, después de Milán, y se mantuvo leal hasta pasada la segunda mitad del siglo XVII, cuando en España reinaba el infausto Carlos II, al que apodaban el Hechizado.

A pesar de que este territorio mantenía un pacto de neutralidad con Francia, era un país muy seguro para las tropas españolas, aunque a lo largo de los años no dejaron de producirse roces por indemnizaciones y pagos de alojamiento con las autoridades de los pueblos y ciudades por los que pasaban los soldados.

La nueva ruta que inaugura el duque de Alba en 1566 para hacer frente a la insurrección de los Países Bajos, se iría transformando con el tiempo en un tronco de itinerarios con muchas ramificaciones. En realidad constituía un conjunto de vías que integraban varías rutas o itinerarios, una serie de corredores militares que recorrían las tropas de España para ir a combatir a Flandes, por los que regresaban los más afortunados, aquellos cuyos huesos no habían quedado sepultados en las ciénagas flamencas o en las oscuras y frías aguas del Mar del Norte.

Hay que recordar que el Camino Español venía a ocupar una ruta utilizada desde hacía siglos, que no tenía uso exclusivamente militar, y era utilizada en la Edad Media por comerciantes que llevaban sus mercancías entre el Mediterráneo y el norte de Europa, y atravesaban los Alpes por los pasos de Mont Cénis y Maurienne, en invierno, y por el Pequeño San Bernardo y Tarantaise en verano.

Pero además de emplearse para transportar tropas y mercancías, el Camino servía para mover otro de los elementos fundamentales de la guerra: el dinero, y fue utilizado por los banqueros de la Corona Hispana, que viajaban desde Génova y Milán, con convoyes cargados de oro y plata para hacer frente a las necesidades de la guerra y pagar a los soldados en Flandes que tenían la mala costumbre de amotinarse cuando no cobraban. Aunque esa es otra historia que merece capítulo aparte.

El tronco más occidental de este haz de rutas que señalan el Camino Español se iniciaba en Barcelona, Valencia o Cartagena, donde embarcaban las levas de España, o en Palermo, Mesina y Nápoles, desde donde partían los tercios de Italia.

El desembarco se hacía en Génova, Baya, Savona, Finale, Livorno y otros puertos cercanos de Liguria. Y ahí empezaba lo más difícil.

Las tropas para enviar a Flandes desde España por el Camino Español, reclutadas mayormente en Aragón, Cataluña, Castilla, el reino de Valencia y Murcia, eran embarcadas en los puertos del litoral levantino, desde el cabo de Gata al de Creus. En muchos casos podían ser puertos muy pequeños, ya que la tropa embarcaba en galeras, que eran barcos de poco calado, que podían aproximarse mucho a la costa y permitían muchas veces el embarque a pie, llevando los soldados las armas y los hatillos con las pertenencias en alto, y utilizando embarcaciones de transbordo solo para los bagajes.

Embarcar más de 150 soldados por galera, que se añadían a la dotación normal de la misma, suponía un riesgo notable, tanto para el barco como para la salud de la tropa, por el hacinamiento que facilitaba el contagio de enfermedades y epidemias. Pero sabemos que con frecuencia se sobrepasaba esa cifra tope razonable, y llegaban a embarcar 230 y hasta 250 hombres con su equipo cuando la necesidad y las prisas obligaban.

La duración de la travesía desde España hasta los puertos de Liguria, contando con mar favorable, solía ser de una semana, y, una vez desembarcadas, las tropas se veían obligadas a marchar rápidamente hasta el Milanesado, ya que las autoridades locales de Liguria querían verse libres de ellas cuanto antes. Y eso que desde los tiempos de Andrea Doria, la República de Génova había abandonado la órbita de Francia y demostró ser una fiel aliada de España, a la que alquilaba sus barcos a buen precio y abría sus puertos para la comunicación con las ricas tierras del norte de Italia.

Solo al llegar a Milán, los soldados podían descansar bajo techo, en los acuartelamientos y hospitales militares. Pero el reposo no duraba mucho porque el camino era todavía largo. Y la primera etapa obligada incluía Saboya y el paso de los Alpes.

Mientras en Saboya gobernó Manuel Filiberto, el vencedor de San Quintín, sobrino de Carlos V, atravesar ese territorio no ofrecía problema. Y lo mismo ocurrió con su hijo, Carlos Manuel I, casado con Catalina Micaela, la hija de Felipe II. La alianza con Saboya, hasta finales del siglo XVI, permitía que las tropas españolas pudieran pasar los Alpes, por el Montferrato, cruzando el Mont Cenís hasta Chambery, o bien por el lado del valle de Aosta, a través del paso del Pequeño San Bernardo, hacia Annecy y el estrecho corredor que bordeaba Ginebra y atravesaba, a resguardo de los calvinistas ginebrinos, el alto Ródano por el puente de Gressin, que hoy —aunque reformado— todavía se mantiene en su primitivo emplazamiento.

Una vez cruzados los Alpes se abría el territorio borgoñón del Franco-Condado, perteneciente a la Corona y muy leal a España hasta que los franceses lo ocuparon a

finales del siglo xvii, y ya desde allí, una vez superados los montes del Jura, se abría el ducado de Lorena, que había que pasar necesariamente para conectar con el estratégico islote terrestre de Luxemburgo, sin pisar tierra del rey de Francia.

Lorena y España se entendieron bastante bien durante décadas. El duque soberano Carlos III de Lorena, también sobrino de Carlos V, era cabeza en Francia de la Liga Católica y pretendiente al trono francés, y precisaba de la ayuda española, que casi siempre tuvo, hasta que en tiempos de Luis XIII su territorio fuera invadido y anexionado a la corona francesa.

Desde Luxemburgo, las tropas españolas podían considerar que estaban casi «en casa», ya que hasta llegar a Namur y Bruselas, la meta final, solo tenían que pasar por el principado-obispado de Lieja, un punto fuerte de la resistencia católica en el sur de Flandes.

La marcha desde las costas de España o Italia a Flandes era bastante dura aun en tiempos de paz, y exigía gran esfuerzo en el recorrido, pero las dificultades se multiplicaban al cruzar territorios en guerra o conflictivos.

En determinadas zonas colindantes con países enemigos, como el macizo del Jura, en el Franco-Condado, amenazado por los hugonotes suizos; Lorena, emparedada entre la hostil Francia y el Palatinado protestante alemán; o los alrededores de Lieja, que sufría frecuentes ataques por sorpresa de los flamencos rebeldes, el grueso de la fuerza que hasta entonces recorría el Camino, agrupada y con relativo desahogo —soldados bisoños y reclutas sin formar, no se olvide—, se veía obligada a adoptar formaciones tácticas y reforzar la seguridad de la marcha, para dar respuesta inmediata a cualquier ataque.

La disposición táctica en zonas de peligro consistía en dividir el grueso de la fuerza en dos divisiones: vanguardia y retaguardia.

En la división de vanguardia se situaban primero los mosqueteros, formados en varias filas, seguidos de los arcabuceros, y finalmente los piqueros, en formación de diez en fondo.

La división de retaguardia alteraba este orden. Primero iban las picas, luego los arcabuceros; y cerrando marcha los mosqueteros.

Eso permitía, en caso de ataque, que los dos grupos de piqueros se fundieran en uno, que quedaba en el centro, custodiando las banderas; y dejara a los arcabuceros y mosqueteros formando mangas en los flancos.

En la marcha se atendía a los retardados, enfermos o perdidos, y se perseguía a los desertores. La recogida de estos rezagados se llevaba a cabo con carros que iban a retaguardia, y que depositaban a los heridos en puestos de socorro y hospitales de campaña, hasta que finalmente eran atendidos en los hospitales generales de Malinas, en Flandes, o de Alejandría, en el Milanesado. En cuanto a los desertores, se encargaban de su

captura los cuadrilleros a caballo del barrachel de campaña, que mandaba a los alguaciles del ejército y solía reclamar con insistencia a quienes conseguían escapar y refugiarse en otros Estados.

Por lo regular, y en circunstancias climatológicas normales, las expediciones militares por el Camino Español tardaban unos 48 días en cubrir la distancia entre Milán y Namur. Pero ese tiempo podía ser rebajado notablemente, cuando la necesidad lo exigía. En febrero de 1578, una columna mandada por el maestre de campo Lope de Figueroa, en cuyo tercio sirvió Miguel de Cervantes, tardó solo 32 días en hacer el recorrido, y otras expediciones lo hicieron en menos de 40.

Para el control efectivo del avance, las unidades en marcha no superaban nunca los 3.000 soldados, y antes de cada expedición se enviaban comisarios desde Bruselas o Milán que negociaban con las autoridades de los diferentes países del recorrido los víveres, el forraje y los medios de transporte que debían ser suministrados, y a qué precio. Estos abastecimientos corrían a cargo de asentistas, que eran los responsables de proveer los suministros mediante contratos con las autoridades locales, en los que se estipulaban las cantidades, los precios y el modo de pago.

Para el alojamiento, que provocaba muchos problemas cuando la tropa se desmandaba o estaba hambrienta, los furrieles de las compañías distribuían unos vales en los que se indicaba el número de soldados que debía pernoctar en cada casa. Cuando las unidades reanudaban la marcha, los propietarios de los alojamientos presentaban los vales al recaudador de impuestos local, que unas veces, las menos, pagaba en el acto y otras lo hacía a cuenta de tasas o gabelas pendientes.

Las prisas por llegar cuanto antes al destino final obligaban con frecuencia a acelerar el ritmo de la marcha, a veces en circunstancias durísimas, con temperaturas que rozaban los 20 grados bajo cero en las zonas alpinas, provistos de indumentarias inadecuadas. Además, habría que añadir a esto que las grandes regiones alpinas despobladas obligaban a las acampadas nocturnas improvisadas en terrenos de fango y nieve; y que las enfermedades hacían estragos; todo lo cual, unido a las deserciones y los accidentes daba un gran porcentaje de bajas.

El lado positivo de todo este cúmulo de padecimientos y peligros que suponían las expediciones por el Camino Español, hay que verlo en el hecho de que constituía una escuela de milicia que imprimía carácter a quienes conseguían superar la marcha y alcanzar su destino en Flandes. Era como una prueba de fuego, como un rito de iniciación guerrera, y la mejor forma de curtir a unos soldados que deberían soportar —y soportaban— penalidades y privaciones sin cuento en la dura guerra de los Países Bajos.

Como todo en la vida, el Camino Español conoció su auge, su apogeo y su ocaso. El creciente poderío de Francia, siempre incansable en su lucha contra España y el Imperio Habsburgo, y la hostilidad encubierta de Saboya a partir del siglo XVII, fueron

limando los eslabones de la ruta occidental alpina hasta hacerla impracticable. Sobre todo a raíz del pacto franco-saboyano de 1622, que prohibía el tránsito por ese territorio de tropas hispanas. España tuvo entonces que buscar otro corredor militar desde Milán, y lo encontró a través de los valles de la Engadina y la Valtelina, desde los que se accedía por los Alpes Dolomitas y el paso de Stelvio al Tirol austriaco. Y ya desde ahí, cruzando el Rin por el puente de Breisach, en Alsacia, se alcanzaba Lorena y luego Flandes.

Pero Francia no se conformó y siguió apretando el nudo. La ruta de los Dolomitas también quedó cortada cuando los franceses invadieron la Valtelina y Alsacia, aunque el golpe definitivo fue la ocupación de Lorena por Luis XIII en 1633. Lorena era la encrucijada donde convergían todas las rutas del Camino Español antes de pisar Flandes. Cuando se perdió, se hizo imposible el traslado de tropas desde el norte de Italia, y el Camino Español dejó de existir.

A la desesperada, España intentó seguir llevando sus picas a Flandes por mar, desde los puertos de Galicia y el Cantábrico, pero la derrota en 1639 de la flota del almirante Oquendo, en la batalla de las Dunas (de mucha más importancia estratégica que la de Rocroi) acabó también con esa última baza.

Cuando la alianza de Saboya con Francia cortó en 1622 la posibilidad de pasar por el Franco-Condado, la única posibilidad que quedaba abierta era la ruta alternativa por la Valtelina, el amplio valle que une el norte de Italia con el Tirol austriaco. La diplomacia española tuvo que emplearse a fondo para conservar abierto este paso estratégico que dominaban los terratenientes protestantes Grisones, señores de la Valtelina, cuyos intereses eran cambiantes, y unas veces estaban a favor y otras en contra de dejar pasar a la tropa hispana. Desde el lado italiano, la Valtelina estaba protegida por el Fuerte de Fuentes, en el extremo norte del Lago Como. Una imponente fortaleza, cuyos restos todavía se conservan, construida en 1606 por el gobernador español del Milanesado, Pedro Enríquez de Acevedo, conde de Fuentes.

Este fuerte dominó el lado sur de la Valtelina durante mucho tiempo y nunca fue conquistado. Fuentes fue uno de los personajes claves en la historia del Camino Español. Gracias a su empeño y visión estratégica se construyó en tiempo récord esta auténtica fortaleza, enclavada en el borde los Alpes. La obra se realizó, además, en un momento histórico crítico, cuando los Grisones se habían aliado con Francia y Venecia para liquidar el poder español en el norte de Italia.

No eran solo las rutas del Franco-Condado y la Valtelina, las que España llegó a utilizar. También existió otra ruta del Camino Español, mucho menos recorrida que las dos anteriores, que, atravesando los cantones católicos de Suiza, unía Milán con el sur de Baviera y continuaba luego hasta Breisach, sobre el Rin, en Alsacia.

Este tramo suizo del Camino Español partía de Milán, como se ha dicho, cruzaba los Alpes por los pasos del Simplón y San Gotardo, y luego continuaba por Schwytz y Zug hasta cruzar el Rin en Waldshut y seguir hasta Alsacia.

La utilización de este itinerario exigía contar con la buena disposición de los cantones de paso, que solía ser comprada a peso de oro, y habitualmente incluía también la contratación de mercenarios helvéticos. Una tropa que el Conde de Fuentes consideraba «cara y no tan buena», pero a la que España tenía que recurrir como un modo de comprar favores.

Ya a estas alturas —y para terminar— podríamos hacernos una pregunta que parece obligada: ¿Por qué hablar ahora del Camino Español después de tanto tiempo? ¿Qué interés actual puede tener rememorarlo?

Aparte de que podrían enumerarse muchas razones históricas y culturales, y hasta turísticas, para la pervivencia de un recorrido que forma parte sustancial de la Historia de Europa, creo que es importante hablar justo ahora, en este mismo momento, del Camino Español. En estos tiempos de crisis generalizada, incertidumbre y anemia colectiva, con la unidad nacional (que tanto sacrificio de tantas generaciones ha costado) gravemente amenazada, el Camino, además de ser una hazaña logística, como queda dicho, representa una serie de virtudes vinculadas al espíritu militar, al patriotismo, al esfuerzo en la defensa de unas banderas que hicieron ondear la idea y el nombre de España en toda Europa.

El recuerdo del Camino es un ejemplo que deberíamos atesorar porque ilumina nuestro mejor pasado, y porque evoca el recuerdo de nuestras mejores hazañas. En definitiva, simboliza lo que fue España. Una nación que tuvo un descollante papel en el mundo, y cuya memoria —con sus luces y sombras— deberíamos intentar preservar para las futuras generaciones de españoles.

LA LOGÍSTICA EN LA ÉPOCA DE LOS TERCIOS*

Víctor Javier Sánchez Tarradellas
Teniente Coronel
Profesor de la Academia de Logística

Porque no es justo obscurezcan las tinieblas del olvido tan singular valor.
Francisco Pozuelo[1]

Resumen

Pretende este texto enfatizar la importancia que el apoyo logístico, aspecto habitualmente poco valorado, tuvo en la época de los Tercios, permitiendo a los ejércitos de la Monarquía Hispánica dominar durante el siglo xvi y buena parte del xvii los campos de batalla de Europa, protagonizando batallas épicas y hazañas heroicas, labrándose fama imborrable y ganándose el respeto de sus enemigos.

Se divide en tres partes. En la primera se analizan los cambios que se producen en la organización de los ejércitos al comienzo de la Edad Moderna, lo que algunos autores denominan la *revolución militar moderna*. Estos cambios ocasionaron un incremento exponencial de las necesidades de los ejércitos provocando un resurgir de la logística, ya que los métodos tradicionales quedaron obsoletos.

En la segunda parte se comenta cómo los ejércitos de la época intentaban dar solución a estos nuevos problemas de apoyo logístico, muchas veces anticipando formas de sostenimiento que todavía hoy siguen vigentes.

Finalmente, en la tercera se trata el mejor ejemplo de aplicación de esta nueva logística, el Camino Español. El corredor militar más importante, que permitió durante décadas comunicar las principales zonas de reclutamiento de los Tercios con el teatro de operaciones de Flandes. Un prodigio logístico que causó asombro en su época y que todavía hoy despierta admiración.

En definitiva, se pretende dar cuenta del apoyo que se daba a los sufridos soldados de los famosos Tercios españoles. Hombres que se pasaban interminables meses en campaña, marchando sin cesar, deteniéndose solo para dar batalla al enemigo o enterrarse en el barro de las trincheras de un interminable asedio.

---

* Las ideas y valoraciones expresadas en este texto, elaboradas en el ambiente académico de libertad de cátedra de la Academia de Logística, reflejan exclusivamente la opinión del autor. No pretenden, en ningún caso, manifestar una posición oficial.

1 Capitán de corazas en 1690.

> La historia sabe de muchos más ejércitos arruinados por la necesidad y el desorden que por los esfuerzos de los enemigos.
>
> Cardenal Richelieu[2]

Antecedentes: baluartes, arcabuces y reclutas

A comienzos de la Europa moderna, el arte de la guerra se transformó a causa de la evolución de tres importantes aspectos, relacionados entre sí: aparecen las armas de fuego, prolifera un novedoso tipo de fortificaciones y se da un enorme aumento en el tamaño de los ejércitos.

La primera ruptura con los métodos convencionales de guerra, que habían predominado en la época medieval, fue el triunfo de los cuadros de suizos armados de picas sobre los acreditados caballeros montados de Borgoña: se demostró que la infantería podía vencer en el campo de batalla a la caballería. Los *Reisläufer*, desplegados en compactos bloques de alabarderos rodeados de piqueros, resultaban invulnerables a las cargas de caballería que habían dominado los campos de batalla de Europa durante cerca de diez siglos. Estos infantes suizos fueron reputados como los mejores soldados de su tiempo tras una impresionante serie de victorias sobre Carlos el Temerario, Duque de Borgoña, entre marzo de 1476 y enero de 1477 (Grandson, Murten y Nancy). Su férrea disciplina y su proverbial fiereza les convirtieron en los mercenarios más cotizados de Europa.[3]

Estas resonantes victorias sobre la caballería feudal suponen un resurgir de la infantería tras los siglos de declive posteriores al ocaso de las legiones romanas. Hasta este momento las características de las campañas, casi siempre muy cortas, el reducido ámbito territorial en el que se producían y los escasos efectivos de que constaban los ejércitos, habían provocado el predominio de la caballería.

Con el advenimiento de la infantería como fuerza dominante se elimina una restricción en el tamaño de los ejércitos. Un caballo era caro y una señal de estatus. Un ejército basado en la caballería estaba necesariamente circunscrito a la magnitud de una clase social: los caballeros. Solo un aristócrata de saneadas rentas podía permitirse el costoso equipo necesario. Con el desembolso requerido para un caballero y su cabalgadura se podía reclutar, equipar y mantener a muchos soldados de a pie.[4]

---

2 Armand-Jean du Plessis, cardenal-duque de Richelieu (1585-1642), prelado francés y ministro principal de Luis XIII.

3 Estos famosos mercenarios suizos eran conocidos por los españoles como *esguízaros*.

4 Jean Flori calcula el coste mínimo del equipo de un caballero, incluyendo el caballo de batalla, hacia el año 1100 en unos 250 a 300 sueldos, es decir el precio de 30 bueyes. El mantenimiento de un caballero equivalía aproximadamente al ingreso anual de un señorío medio, es decir, una explotación agrícola de unas 150 hectáreas.

Lámina 1. Batalla de Mookrheyde 1574. Fuente: Slag bij Mokerheide - Battle of Mookerheyde in 1574 (Frans Hogenberg).jpg.

La importancia de la caballería pesada en los ejércitos europeos declinó rápidamente, hasta que en el último cuarto del siglo XVI había desaparecido casi por completo. El propio Maquiavelo opinaba que el ejército ideal debía tener veinte soldados de a pie por cada jinete. Al no existir limitación en la cantidad de la nueva infantería, la victoria militar pasa a depender más del número que de la calidad de las tropas. Maquiavelo ya preconizó que, con las nuevas armas combinadas de los infantes, las picas y los baratos arcabuces, los grandes ejércitos iban a ser hegemónicos. Las guerras ya no se ganarían por la calidad de las reducidas y selectas fuerzas de caballería, sino por el cada vez más ingente número de infantes. Después de la batalla de Pavía (1525), canto de cisne de la gendarmería, lo más granado de la nobleza francesa, pocos ejércitos tenían a caballo más de un diez por ciento de sus combatientes.

Los estados renacentistas intentarán movilizar y equipar la mayor cantidad posible de hombres. Cuando la disciplina y el armamento son semejantes, la victoria será del ejército mayor en número. El emperador Carlos V ya contó con un ejército de más de 150.000 combatientes, algo que hubiera resultado impensable en la época medieval.

El símbolo de este ocaso del caballero feudal a manos del infante provisto de armas de fuego lo constituye la muerte de Pierre Terrail, *«el caballero sin miedo y sin tacha»*.

Pierre Terrail, Señor de Bayard y prototipo de caballero, murió en 1524 durante una escaramuza, al quebrarle la espina dorsal un arcabuzazo anónimo. *«Su muerte fue llorada por amigos y enemigos»*.

El soldado profesional a sueldo acaba dominando el panorama europeo. El termino *soldado,* servía en época moderna para identificar un tipo específico de combatiente, el que estaba *a sueldo del rey,* caracterizado por poseer fuero militar y estar al servicio permanente de la Corona.

Con el paso del tiempo, los ejércitos se transforman de huestes feudales regidas por las leyes de la caballería a contingentes profesionales movidos por la soldada, mezcla de fuerzas voluntarias y unidades mercenarias combatiendo juntas y en servicio de un rey. Influye en ello la aparición de las armas de fuego que vulgarizan la guerra[5] y centralizan el poder en manos de la monarquía. Esta diabólica invención presentaba además el atractivo de que su empleo requería escaso aprendizaje.[6] Además, era idóneo para el soldado español, más menudo de estatura y propenso a actuar por propia iniciativa, un arma propicia a su *«vivo y despierto natural»*.[7] Su generalización provocó el inexorable declive de las heroicas cargas de caballería y un giro copernicano en el planteamiento de la guerra. Todo un orden social se vio amenazado por las nuevas armas. El arcabuz no solo igualaba al plebeyo con el noble en el campo de batalla, sino que incluso le otorgaba una cierta superioridad. Los ejércitos de arcabuceros y piqueros se convierten en los indiscutibles dueños de los campos de batalla.[8]

En España, aparece por primera vez documentado el uso de armas de fuego en 1343, en el sitio de Algeciras por Alfonso XI de Castilla. Los sitiadores refirieron haber recibido bolas de hierro y proyectiles ardientes disparados por unos artefactos a los que denominaron truenos. Paulatinamente se fue adoptando el uso de estas nuevas armas, hasta que a lo largo del siglo xv se generalizó su empleo, multiplicándose sus formas y tamaños.

El coste de la naciente artillería y el enorme gasto que significa equipar grandes cuerpos de arcabuceros se hace excesivo para ser afrontado por individuos particulares, y, en consecuencia, solo un estado centralizado puede permitírselo. Las nuevas piezas de

---

5 Como dijo Cervantes las nuevas armas de fuego permitían que «una mano baja y cobarde pueda arrebatar la vida al más valeroso caballero».

6 «Mientras podían bastar unos pocos días y un buen sargento instructor para obtener un arcabucero razonablemente bueno, se requerían muchos años y todo un estilo de vida para conseguir un arquero competente» (J. F. Guilmartin).

7 Juan de Salazar, *Política española,* 1619.

8 Especialmente a partir de la batalla de Ceriñola (1503), en la que las fuerzas españolas, provistas de armas de fuego portátiles, derrotaron a un ejército francés, de corte medieval, cuatro veces más numeroso. Es el advenimiento de la infantería moderna, más ágil y flexible que los macizos cuadros de piqueros suizos, que revolucionará el arte de la guerra.

artillería son caras y complicadas de utilizar. Un adecuado parque artillero solo puede ser sufragado por las nacientes monarquías. Por eso la artillería siempre fue considerada el arma del rey por excelencia, la *ultima ratio regis.* Ha llegado la hora de los grandes estados con capacidad para movilizar grandes ejércitos.

Otro aspecto destacable de esta época, que acabó de eclipsar totalmente a la caballería como fuerza importante de combate, fue la espectacular evolución de las fortificaciones. La traza italiana, con muros bajos y anchos de piedra y arena y fortalezas en forma de estrella que contrarrestaban el poder de los nuevos cañones, hacía prácticamente imposible tomar una ciudad a no ser bloqueándola. Por tanto, serán los asedios las más habituales y resolutivas operaciones militares, las escasas batallas campales que se producen se disputan habitualmente en socorro de una plaza fuerte asediada. Una ciudad bien defendida podía arruinar un poderoso ejército y, mientras una fuerza en movimiento podía ser alimentada con relativa facilidad, cuando se detenía, los alrededores se agostaban tarde o temprano, y el fantasma del hambre aparecía. Los grandes contingentes y sus indisciplinadas hordas de seguidores dejaban exhausto un territorio con gran rapidez. Este hecho, conocido por los generales de la época, condicionaba su estrategia. Los ejércitos se veían obligados a vagar de un lado a otro, como bestias errantes, buscando zonas que ofrecieran sustento a sus hombres y los buenos estrategas intentaban bloquear al enemigo, confinándolo en una zona asolada esperando pacientemente su desintegración. Esto último sucedió a la expedición realizada por el ejército de Carlos V, en 1536, para invadir el sur de Francia. El condestable de Francia, Anne de Montmorency, se limitó a reforzar las plazas que podía defender, negando el acceso de los españoles a toda fuente de alimentos. La invasión fracasó porque las tropas del Emperador no encontraron enemigos contra los que luchar ni suministros con los que sustentarse.

Cuando la naturaleza de las operaciones es sedentaria, como en el asedio de una fortificación, las fuentes locales de abastecimiento se agotan tarde o temprano, y el hambre aparece cada vez que el sitio se prolonga más de lo esperado. Capturar una fortaleza antes de que los recursos de la comarca circundante se terminen es un problema fundamental de la guerra. Pero el refinamiento de este nuevo tipo de fortificaciones hace que tomarlas a golpe de hombres suponga un coste en vidas inasumible. El bloqueo total de la plaza y su rendición por hambre imperarán sobre la antigua táctica del asalto. Como dice Geoffrey Parker, *«…la inmensa mayoría de las acciones de guerra más importantes llevadas a cabo por el Ejército de Flandes fueron bloqueos por hambre».* En Flandes, las limitaciones financieras y el temor a unas tropas enemigas mejores y más experimentadas llevó a los rebeldes holandeses a desarrollar una estrategia eminentemente defensiva. Este tipo de guerra obligaba a los españoles a tomar una fortaleza tras otra, con grave merma de tiempo, hombres y dinero. Las condiciones de Holanda y Zelanda eran ideales para este tipo de guerra: muchas ciudades fácilmente defendibles rodeadas por diques, zonas inundables, complicados accesos y una tupida red de fortalezas. Los continuos asedios llevaron al Ejército de Flandes a la extenuación.

Si el asedio se prolonga por un tiempo elevado y los sitiadores no disponen de una adecuada articulación de almacenes configurando una línea de abastecimiento regular, sufrirán escasez de víveres. Padeciendo la falta de suministros, los rigores de la vida al aire libre y los efectos de una forzada inactividad, con frecuencia sus condiciones de vida serán harto peores que las de los sitiados. Ocupar una plaza fuerte defendida por la nueva *trace italienne* requería varios meses, cuando no años. El asedio y ataque a una ciudad fortificada, plaza fuerte o fortaleza debía seguir unos pasos canónicos insoslayables. La toma de una fortaleza artillada no solo duraba más tiempo, sino que implicaba la intervención de muchos más soldados.[9] Se hacía preciso concentrar, alojar, alimentar y pagar a verdaderas multitudes. Los asedios consumían una campaña entera y costaban fortunas.

Lámina 2. Captura de Zutphen 1572. Fuente: Zutphen door Don Frederik ingenomen, 16 oktober 1572 - Capture of Zutphen by Fadrique Álvarez de Toledo (Frans Hogenberg).jpg.

Había que erigir y guarnecer obras de asedio, hasta que los defensores se rendían por hambre, o las trincheras se acercaban tanto a las murallas que podían cañonear a

9 El ingeniero y estadista Vauban consideraba esencial para el éxito de un asedio una proporción de diez sitiadores por defensor, con un mínimo de 20.000 hombres.

corta distancia y dar el asalto, o bien se podía excavar túneles bajo un bastión e instalar en ellos minas de pólvora. Todos estos procedimientos tenían en común su larga duración. Por ejemplo, en Flandes: Haarlem, el primer gran asedio, duró siete meses; Breda tardó nueve meses en rendirse por hambre y llevó más de tres años asaltar la ciudad portuaria de Ostende, que se consideraba inexpugnable por sus sólidas fortificaciones y estar rodeada de marismas, canales y lagos. La larga duración de los asedios y el gran número de tropas que intervienen en ellos complicarán extraordinariamente el apoyo logístico. Si una campaña se alarga en exceso acabará causando la desintegración de un ejército completo, por masivas deserciones o amotinamiento.

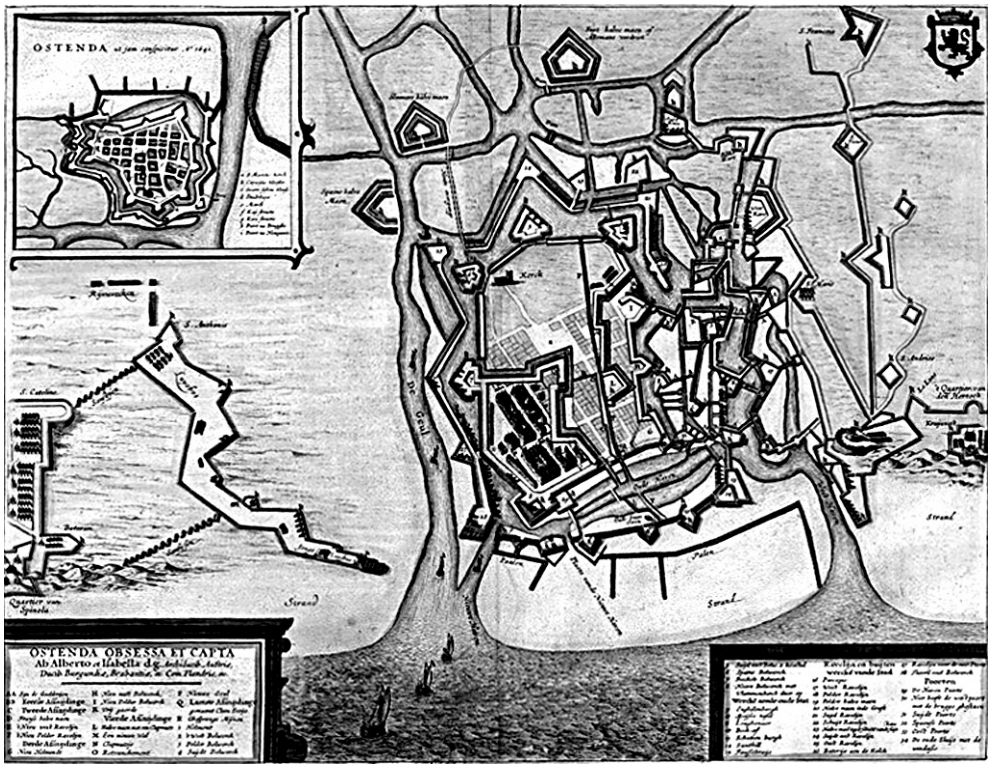


Lámina 3. Las fortificaciones de Ostende y el asedio. Joan Blaeu, 1649. Fuente: Ostenda_obsessa_et_capta.jpg

Los nuevos ejércitos que surgen de estos cambios exigirán la progresiva profesionalización de la infantería, ya que los modernos métodos y armas demandan una preparación de la que carecían los peones medievales reclutados para una única campaña. Surgen así unas fuerzas estatales desligadas de la nobleza feudal, sujetas a disciplina y profesionalización.

Se tiende a la creación de ejércitos permanentes, que no se desmovilizarán durante el invierno. Esta fórmula se consolida, tanto por la dificultad de hallar y reclutar tropas de calidad en un breve plazo de tiempo como por el convencimiento de la necesidad de disponer de hombres instruidos y veteranos que rentabilicen la experiencia adquirida en el campo de batalla. Ya que, como se decía en la época, eran *«los soldados pláticos* (experimentados) *y viejos los que dan las victorias».* Surge así un nuevo soldado profesional, bien adiestrado y buen conocedor de su oficio, que adquiere una relevancia desconocida hasta entonces. Este núcleo de soldados profesionales dará lugar en España a la creación de los Tercios, unidades aguerridas formadas por hombres fogueados, permanentemente dispuestos a entrar en acción. Es el modelo hispano de soldado profesional y permanente que demostró sobradamente su capacidad frente a ejércitos formados con prisa para una campaña por franceses u holandeses a base de nobles, milicias y mercenarios.

La necesidad de soldados preparados y experimentados hará que la mayoría de los ejércitos complementen sus contingentes con la contratación de mercenarios. Expertos en el manejo de las armas y en la lucha en formación, tienen un celoso apego al dinero que podía llevarlos a desertar en masa, ante el menor retraso en el pago de sus haberes.[10] Como decía un general francés, cada soldado extranjero valía por tres hombres: uno más para Francia, uno menos para el enemigo y un francés que quedaba en casa para pagar impuestos. Pero el uso masivo de mercenarios contribuye a alargar la duración de las contiendas, complicando la logística. Los jefes mercenarios intentaban reducir las pérdidas de personal escenificando aparatosas batallas, brillantes tácticamente pero incruentas y poco resolutivas. Eran un prodigio de prudencia y sagacidad, preferían descolocar al enemigo mediante hábiles maniobras antes que arriesgar en una batalla de resultado incierto sus preciosos efectivos. Ningún mercenario estaba interesado en victorias rotundas, concluida una guerra se acababa el beneficio. Quizá por eso, gradualmente se irán sustituyendo los contingentes de mercenarios por reclutas, quizá menos preparados técnicamente pero más fiables.

Durante la Era Moderna, el sometimiento de los señores feudales a un poder central fuerte desembocó en la formación de estados nacionales, tal y como hoy son concebidos. Progresivamente, los estados pasan a ser los únicos administradores de las fuerzas armadas, de manera que ni particulares ni otras instituciones tengan tropas a su servicio. La tendencia del estado a reservar para sí la exclusividad del uso de la violencia supondrá el desarrollo institucional de una administración creada para sostener el enorme esfuerzo bélico resultante. El estado renacentista, con una estructura burocrática más eficiente y mejores métodos de recaudación, es capaz de activar más recursos para la guerra. La aparición de estas potencias nacionales permite que se puedan costear ejércitos total-

10 No tenían otro motivo para ir a la batalla que la paga del príncipe. Como expresó el rey francés Francisco I en 1521, cuando se vio obligado a renunciar al sitio de Milán ante la defección de sus mercenarios suizos: *«Pas d'argent, pas de suisses»* (no hay dinero, no hay suizos).

mente profesionales, más numerosos y tecnificados que los feudales. Se da una clara centralización en la dirección de la guerra por parte de un único poder.

Lámina 4. Asedio de Hardenberg 1580. Fuente: Slag op de Hardenbergerheide - Hardenberg 17 juni 1580 (Frans Hogenberg).jpg.

En España este proceso de modernización se puede ubicar en el tiempo con bastante precisión. Tras la guerra de Granada en 1492, realizada todavía por una hueste medieval, se inician reformas con varias ordenanzas de los Reyes Católicos en la que se crean unidades modernas con dos tercios de peones armados a la suiza y un tercio de ballesteros/espingarderos.[11] Estas nuevas unidades se consagrarán en las guerras de Italia,

11 Inicialmente, Ordenanza para gente de guerra de 1497, se dividían los peones en tres tipos: «*repartiéronse los peones en tres partes. El uno, tercio con lanzas, como los alemanes las traían, que llamaron picas; y el otro tenía nombre de escudados; y el otro de ballesteros y espingarderos*». Algunos autores piensan que aquí estaría el origen de la palabra tercio.

especialmente en las sonoras victorias de Ceriñola y Garellano. El cuerpo expedicionario dirigido por Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán, en esta campaña será ya un ejército moderno, aunque todavía con algunos elementos residuales medievales. Estamos ante la *infantería de ordenanza*,[12] antecedente de los Tercios, que suele considerarse que surgen oficialmente en la Ordenanza de Génova de 1536.[13]

Un creciente número de personas se harán soldados, movidos por la sed de aventuras, para huir de la justicia o de un marido burlado o, simplemente, con el afán de mejorar su vida. Los hombres que sentaban plaza en los ejércitos reales y presidios eran artesanos, labriegos y un importante contingente de vagos y ociosos y, hasta facinerosos, vagabundos y mendigos. Muchos elegían el ejército porque ofrecía sustento en un tiempo en que este escaseaba. El alistamiento se veía como una alternativa atractiva para una existencia civil en la que no era fácil disponer de trabajo y era grande el riesgo de verse arruinado por los impuestos. Otro gran motivo que animaba a los hombres a alistarse era el deseo de ganar honra, convirtiéndose en señores soldados. Cuando el alistamiento voluntario no bastaba se acostumbraba recurrir a la leva de mendigos y maleantes. El contrato solía ser leonino, los alistados podían ser licenciados a discreción, librándose así de indeseables e incapaces, mientras que para abandonar el ejército se requería una expresa autorización real. Los hombres se enganchan *«…con la esperanza de tener lo suficiente para poder vivir y un poco más para zapatos y alguna que otra bagatela que les haga la vida más soportable»* (Giulio Savorgnan, general veneciano en 1572).

Pero este nuevo soldado recibe un mayor reconocimiento. El antiguo peón medieval, elemento ciertamente secundario, es sustituido por una nueva figura, el infante. Según René Quatrefages, ya en 1504 aparece el vocablo *infante* en los libros de sueldo, impregnado de un sentido de modernidad y respeto, sustituyendo al tradicional de peón. Se les llama también señores soldados, gentilhombres… Carlos V incluso se dirigía a ellos como hermanos o hijos y el duque de Alba como *magníficos señores hijos*. Con el tiempo, jóvenes de ascendencia nobiliaria, venciendo sus acendrados escrúpulos a combatir a pie, pasaran a engrosar las filas de este nuevo ejército, haciendo sus primeras armas como infantes. Los hidalgos nutrían las nuevas unidades tanto como los villanos.[14] Segundones, *«pobres de hacienda y ricos de linaje»*, que se enganchaban en los tercios en pos de lances de espada y honor. Incluso algún hijo de un Grande, antes de alcanzar más altos destinos, servía una temporada con la *pica al hombro*. No se hacían distinciones, la

12 Término que no hace referencia a un texto militar sino a la ordenación de la infantería, adoptando la maniobra y armamento desarrollado por los suizos.

13 El Tercio, como unidad militar, apareció en 1536 por la Ordenanza de Génova. Estaba constituido habitualmente por 15 compañías de doscientos soldados cada una. Tenía por tanto, en las raras ocasiones en que se encontraba al completo de efectivos, unos 3.000 hombres encuadrando principalmente arcabuceros y piqueros.

14 I. A. A. Thompson estima que llegó a haber un 15 % de hidalgos en filas, incluyendo oficiales y *aventajados.*

crueldad y dureza de la guerra se encargaba de poner a cada uno en su sitio. Estos nobles que servían de meros soldados eran conocidos como *guzmanes*. Cómo se disputaban el honor de combatir en primera fila, esta era conocida como la fila de los guzmanes.

En definitiva, esta nueva organización presenta cuatro características que condicionarán claramente las necesidades de apoyo logístico.

Despliegue de grandes contingentes

Se hizo necesario contar con unas fuerzas armadas de un tamaño, estructura, potencia de fuego y capacidad de despliegue como nunca antes se había conocido. Los autores de la época polemizan sobre el tamaño adecuado que debía tener un ejército, estimando que, con carácter general, no debe exceder de unos 40.000 combatientes, so pena de resultar ingobernable. En los siglos XVI y XVII, será habitual desplegar fuerzas de veinte, treinta o incluso cuarenta mil soldados. Los ejércitos de la época moderna tienen un carácter masivo, comparados con los de etapas anteriores. El promedio de los efectivos nominales del Ejército de Flandes durante la mayor parte de la guerra de los Ochenta Años se situó en unos 65.000 hombres, aunque hubo nuevos aumentos hasta elevar la presencia de soldados de España en los Países Bajos a unos 85.000.[15] Por el contrario, los ejércitos medievales rara vez superaban los cuatro o cinco mil combatientes.

Se produce un aumento considerable no solo del tamaño de los ejércitos sino también del personal que acompaña a estos, la denominada *cola* de servidores, vivanderos, mujeres y niños. Van Creveld calcula que la cola oscilaba entre el cincuenta y el ciento cincuenta por ciento del tamaño de una fuerza. Las tropas iban seguidas por una marea humana de esposas, niños, comerciantes y meretrices. Cuando, en 1622, el Ejército español puso cerco a Bergen-op-Zoom, en los Países Bajos, los pastores calvinistas ironizaban diciendo que *«nunca se había visto una cola tan larga en un cuerpo tan pequeño: […] con tantos carros, caballos para el bagaje, jamelgos, vivanderos, lacayos, mujeres, niños y una patulea que sumaba bastante más que el propio ejército».*

Desde el punto de vista logístico, no se hablará de combatientes sino de *bocas* que alimentar. Y esto incluirá la abigarrada multitud de seguidores, que incrementará notablemente las necesidades logísticas de un ejército. Así, un poderoso ejército en campaña podía significar el equivalente al total de pobladores de la bulliciosa y cosmopolita Sevilla de la época. Sevilla en 1500 tiene unos 55.000 habitantes, un ejército tipo de 30.000 combatientes supondría fácilmente unas 45 o 50.000 bocas que alimentar. En Flandes, Ámsterdam la mayor ciudad de la provincia de Holanda solo tenía 30.000 almas, menos que alguno de los ejércitos desplegados. Una guarnición tipo de 3.000 hombres podía

15 El Ejército de Flandes estaba integrado por tropas de hasta seis naciones diferentes: españoles, italianos, tudescos (alemanes), borgoñones, valones y británicos.

perfectamente ser más numerosa que la población en la que estaba alojada, y un ejército en campaña de 30.000 soldados necesitaba más víveres que cualquiera de las ciudades de entonces, salvo las más populosas.[16]

Los nuevos soldados son personas sin recursos propios

Este es un factor importante. Frente a los antiguos caballeros con rentas y posesiones con las que atender a su sustento y el de su mesnada, los nuevos soldados son personas desarraigadas, sin otra morada que el ejército y con todas sus escasas posesiones a cuestas. El servicio militar había dejado de ser privilegio de una clase, para convertirse en profesión. El ejército moderno será en esto completamente diferente a las antiguas huestes medievales. Una hueste era el ejército feudal formado por los caballeros que los vasallos proporcionaban a su señor en concepto de *servitium debitum*, por los feudos recibidos de él. Se basa en el concepto de feudo, tierras que mantenían a un caballero y le vinculaban a un señor como vasallo. Las huestes se componían de mesnadas,[17] independientes entre sí, que acudían a la llamada de su señor a *punto de guerra*, es decir con el equipo completo. Estas mesnadas viven sobre el terreno a costa de sus señores mientras están en territorio propio y saqueando campos y poblaciones una vez en zona enemiga. Sin embargo, en el nuevo ejército profesional, el soberano adquiere ciertas obligaciones con las personas que emplea para combatir: debe suministrar armas, pertrechos, vituallas y proporcionar la paga, preferentemente en efectivo. Los soldados que no eran adecuadamente alimentados o no recibían puntualmente su paga desertaban, practicaban el merodeo y la rapiña o se amotinaban.[18]

Los nuevos ejércitos son permanentes

En la edad media, se organizan ejércitos de forma esporádica para campañas puntuales. Los barones y caballeros ofrecían sus servicios y los de sus vasallos a su señor feudal, normalmente solo por un periodo de cuarenta días, los días que separaban la siembra de la cosecha.

La mayor parte de las acciones militares son incursiones al territorio oponente, conocidas como *chevauchées*, cabalgadas. El objetivo es la destrucción sistemática de la riqueza y recursos del enemigo. Son incursiones rápidas y breves para causar daño,

16 John. H. Elliot cuenta el caso del regimiento valón del barón Molinguen, durante la guerra con Francia en 1640, que compuesto de 1.300 hombres hubo de alojarse en la pequeña población de Blanes, de poco más de 1.000 habitantes.

17 Una mesnada era la reunión de hombres armados perteneciente a un señor, orden militar o consejo que formaba la unidad orgánica básica de una hueste. Había mesnadas reales, señoriales y también concejiles.

18 Como se decía en la época: «*…soldados mal pagados hacen mil desconciertos*».

capturar botín y cautivos, y marcharse a uña de caballo antes de que el enemigo reaccione. En España se conocían como *algaras* o *correrías*. Estas incursiones se internaban a una profundidad máxima de día y medio, es decir, unos cuarenta kilómetros en territorio enemigo, y el ejército se mantenía en constante movimiento, con la impedimenta reducida al mínimo y sobreviviendo del saqueo.

Sin embargo, los nuevos ejércitos serán permanentes complicando el apoyo logístico.

Predominio de los asedios

A medida que avanza la construcción de fortificaciones artilladas, los asedios eclipsan a las batallas y las guerras se eternizan. Como dice el propio Vauban:[19] *«…este tipo de ataque (el ataque a fortalezas) es el único que ofrece los medios de conquistar y conservar lo conquistado […] una guerra de asedios expone menos al Estado y constituye una garantía mucho mejor de conquista».* Las batallas resultaban casi irrelevantes en las zonas en que se construían las nuevas fortificaciones.[20] Difícilmente una batalla campal podía ser decisiva si a pocos kilómetros el vencedor era frenado por las fortalezas enemigas. Como afirmaba Johann Behr, en 1677, *«…las batallas en campo abierto son apenas un tema de conversación…»*.

A menudo en la guerra de asedio el verdadero enemigo no es la guarnición sitiada, sino el tiempo, el hambre y las enfermedades. Un ejército en movimiento resulta más fácil de abastecer, ya que cuando se agotan los recursos de una zona simplemente se desplaza a otra que pueda ofrecerle lo necesario. Es la disponibilidad de suministros locales, en gran medida, la que determina los movimientos de las fuerzas. Sin embargo, cuando un ejército permanece estático asediando una plaza fuerte o una ciudad amurallada, agotará pronto los recursos locales teniendo que obtener lo necesario para su subsistencia cada vez más lejos, destacando partidas de forrajeo o enviando convoyes desde su base de partida. Para sustentar a la fuerza de asedio, gigantescos convoyes de miles de carros han de transportar por precarios caminos todo lo preciso. En un período en el que el transporte resulta muy poco eficiente, el abastecimiento de un ejército sitiador será una de las mayores preocupaciones de los jefes militares.

Estas cuatro características de la época moderna condicionan completamente el apoyo logístico. Hay que sostener ejércitos mucho mayores, compuestos de soldados a los que hay que proporcionar todo lo necesario, durante todo el año y con una movilidad limitada por el tipo de combate imperante, el asedio. Esto además, en un tiempo en

---

19 Sébastien Le Prestre, Marqués de Vauban, conocido comúnmente como Vauban (1633-1707). Mariscal de Francia, oficial de artillería y principal ingeniero militar de su tiempo, afamado por su habilidad tanto en el diseño de fortificaciones como en su conquista.

20 Salvo cuando la batalla se entabla entre un ejército sitiador y una fuerza de socorro, como sucedió en San Quintín (1557), Nördlingen (1634), Rocroi (1643), Las Dunas (1658) o Viena (1683).

que las guerras se producen con más frecuencia, duran más y en ellas interviene un número de hombres muy superior. No en balde, los siglos xvi y xvii fueron testigos de la mayor actividad bélica de la historia, en este periodo solo hubo diez años de paz en Europa. Esto será particularmente cierto para los ejércitos de la Monarquía Hispánica, ya que puede afirmarse que en los dominios del Rey Católico no se deponían las armas.

Las consideraciones logísticas han desempeñado siempre un papel vital en las operaciones militares, pero al aumentar el tamaño de los ejércitos, el coste y la dificultad práctica de proporcionar los necesarios suministros se convirtió en un aspecto estratégico de primer orden.

En el caso particular de España, el singular volumen de su ejército, su progresivo carácter permanente, los requerimientos de escenarios bélicos extrapeninsulares, el audaz empleo de los nuevos sistemas de armas, el predominio de la infantería y la mayor capacidad económica de la hacienda Real determinarán el desarrollo de una nueva logística.

En definitiva, se produce un incremento exponencial de las necesidades logísticas; ya no serán de utilidad los métodos tradicionales que regían en la Edad Media.[21]

21 Los ejércitos medievales, con una logística muy rudimentaria en la que imperaban el pillaje y el saqueo, se movían dejando a su paso un doloroso rastro de hambre y desolación.

Garantizar el sustento del soldado es garantizar la victoria del rey.
Michel Le Tellier[22]

La logística en la Edad Moderna

El primer problema logístico al que tiene que enfrentarse la administración militar es la generación de fuerzas. Será su máxima aspiración mantener al completo las numerosas plazas necesarias, debido al enorme incremento de efectivos de los ejércitos. El modelo medieval de reclutamiento basado en el llamamiento real de los vasallos no es adecuado para un ejército moderno, profesional y permanente. El estado se verá forzado a desarrollar una gran capacidad reclutadora. El reclutamiento en España era un monopolio real y sin expreso consentimiento del rey, o en su nombre del Consejo de Guerra, no se podía *levantar gente.* Para ello, se utilizarán tres métodos distintos de reclutamiento: comisión, asiento y coacción.

En el sistema administrativo o de comisión, el oficial de reclutamiento es el capitán y la unidad básica la compañía. El Consejo de Guerra[23] determina las plazas a cubrir, las regiones donde deben reclutarse los hombres y los capitanes responsables del alistamiento.[24] Los capitanes solían ser veteranos curtidos en mil combates. Cada vez que el rey convoca plazas, los aspirantes reúnen los documentos que acreditan sus méritos de guerra, reales o supuestos, y se presentan en la corte para que sus solicitudes sean estudiadas por el Consejo de Guerra. El rey firma las *patentes*[25] nombrando capitanes, a los que da una orden escrita para levantar una compañía en algún lugar de sus reinos. Para alcanzar el cargo de capitán y acceder a una *conducta* de reclutamiento se requería haber acumulado méritos durante al menos diez años, convenientemente certificados. Este sistema meritocrático de ascensos garantizaba que el reclutamiento y mando de las nuevas unidades recayese en oficiales experimentados. A estos nuevos capitanes la pagaduría real les proporciona dinero suficiente para las primeras pagas de los futuros soldados.[26] Cada capitán, provisto de su real cédula, la *conducta*, nombra a sus oficiales subalternos,

---

22 Michel le Tellier (1603-1685), secretario de estado para la guerra, fue un gran innovador de la logística francesa.

23 No existe una fecha exacta de constitución del Consejo de Guerra aunque se encuentran menciones a consejeros de guerra ya en 1516. Felipe II consolidó su independencia en 1586 al nombrar consejeros específicos. El Consejo de Guerra mantuvo una estrecha relación con el Consejo de Estado como órgano competente en el diseño de la política de paz y guerra y en la política militar extrapeninsular (Flandes e Italia); con el Consejo de Hacienda, como órgano encargado de la financiación de la guerra; con la Contaduría Mayor de Cuentas, como órgano fiscalizador de la administración militar y con la Contaduría del Sueldo como centro de información y control de los pagos al ejército.

24 Se prefería que los capitanes fueran naturales de la zona de reclutamiento, así eran mejor aceptados por las poblaciones y su conocimiento del lugar y sus habitantes facilitaba las cosas.

25 La *patente* era un Real Despacho por el que se nombraba a alguien capitán con mando. Iba acompañada de la *conducta*, el documento por el que se autorizaba la recluta.

26 Aunque a veces los capitanes se veían obligados a adelantar el dinero necesario.

entre deudos y allegados, y ordena la confección del guión de la compañía. Ya está dispuesto para *tocar cajas* o *arbolar banderas*. Con el estandarte, un tambor y sus cabos visita las diferentes ciudades y pueblos especificados en su cédula para *hacer gente*. A su llegada a las zonas de recluta, el capitán presenta su *conducta* a los magistrados locales exigiéndoles su ayuda en la leva, alza su bandera e inicia el alistamiento. Entre los que se presenten a ofrecer sus servicios como voluntarios, el capitán elegirá gente fornida, de más de quince años y menos de cincuenta, solteros y sanos.[27] En la lista de la compañía se anotan los nuevos reclutas que sientan plaza recibiendo su primera paga. Esto daba lugar a algunas triquiñuelas: los *tornilleros* eran sujetos que según recibían el dinero desaparecían, pasando de una compañía a otra para cobrar la prima de enganche. Cada capitán levantaba un promedio de unos 250 voluntarios, en ocasiones hasta 400 o 500.

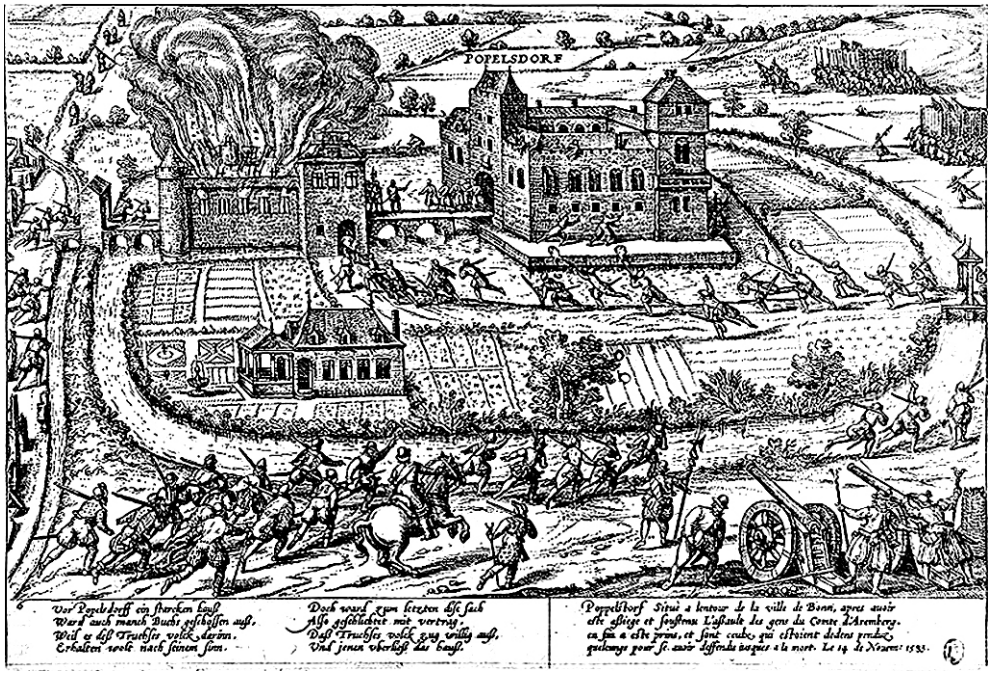


Lámina 5. Asedio de Poppesdorf 1583. Fuente: Hogenberg Poppesdorf 1583.jpg

Los capitanes presentan a las pocas semanas sus levas a un comisario de revistas especial nombrado por el rey.[28] Este examina las listas y firma una declaración dando fe

27 Los casados podían alistarse, pero no era lo deseable. Si el soldado casado dejaba la esposa en casa era más fácil que desertara, y si su mujer le acompañaba se generaban otros problemas.

28 El tiempo que se concedía para realizar una leva rara vez excedía de seis semanas.

del número de hombres presentes. El proceso finaliza con la lectura del código penal y la jura de las ordenanzas. A continuación, la compañía será conducida a su destino. Para ello, es costumbre que se reúnan en grupos de cuatro o cinco a las órdenes de un comisario, agente administrativo de la Corona que tendrá la misión de llevar a los nuevos reclutas a su destino, solventando los problemas de alojamiento, transporte y aprovisionamiento. Este reclutamiento voluntario resultaba bastante eficiente y se basaba en una relación contractual, de carácter indefinido, establecida entre el nuevo soldado y la monarquía. Había soldados quejosos de su suerte que se lamentaban de haber sido reclutados con ardides, pero los había también que superada la edad límite prolongaban su servicio activo todo lo que podían. No faltaban matasietes, aventureros y maleantes, hombres que indeseables en la paz resultaban buenos combatientes en la guerra. Incluso, menudeaban los capitanes que no pudiendo lograr un mando servían en filas como simples soldados. El enganche de voluntarios será el método más característico de la España de los Austrias. Al son de los tambores de Marte, se lograba nutrir las filas de los tercios con los afamados soldados españoles que avasallaron príncipes y dominaron naciones.

Conjuntamente con este reclutamiento, en ocasiones se recurre a la leva por el sistema de asiento. Era práctica común que los gobiernos reclutasen buena parte de sus soldados en el extranjero. Así, el Ejército de Flandes, estaba integrado por tropas de hasta seis *naciones* diferentes, aunque la mayoría de ellos súbditos del rey de España.[29] Una variopinta colección de nacionalidades: italianos, valones, tudescos, borgoñones, irlandeses… lucían con orgullo las aspas rojas de la Cruz de San Andrés, símbolo de los ejércitos de la Monarquía Hispánica. Lo mismo ocurría en otros ejércitos contemporáneos. Incluso en fecha tan tardía como 1650, solo alrededor de la mitad de los soldados de Francia eran franceses. Las levas de estos extranjeros solían encomendarse a asentistas. El asentista se comprometía a presentar un número dado de hombres dentro de un cierto plazo y en el lugar acordado. A cambio, el gobierno le pagaba una cantidad de dinero que incluía su ganancia y las pagas previstas para la fuerza reclutada. El asiento comportaba una clara privatización del reclutamiento: básicamente consistía en formalizar un contrato entre la monarquía y un particular que proporcionaba soldados al rey a cambio de dinero y otras contraprestaciones. Un negocio para el asentista que garantizaba soldados a la Corona. La principal ventaja del sistema de asiento era la rapidez, porque el asentista tenía siempre disponible el cuadro base formado por sus mejores hombres y estaba preparado para reclutar el resto cuando se presentaba la necesidad. Disponía de un equipo de expertos en recluta y adiestramiento que le permitía, cuando era contratado, nutrir rápidamente sus filas con hombres de las más variadas índoles, naturalezas y religiones. El asiento especificaba todas las condiciones: número de hombres a reclutar,

29 Parece que el número de españoles en el Ejército de Flandes no llegó nunca a superar los 10.000 hombres, poco más del 15 % de sus efectivos.

nacionalidad de procedencia, duración del enganche, armamento y equipo… Era habitual que el asentista se garantizase la exclusividad de la recluta en una determinada zona, evitando competencia. Para abaratar el negocio, solía recibir del rey *patentes en blanco*, para nombramiento de los oficiales de la unidad reclutada, que podía vender obteniendo ingresos adicionales. Incluso al armar un tercio podía lograr como principal contraprestación la plaza de maestre de campo para mandarlo. Este hecho de otorgar patentes en blanco y *suplimientos,*[30] resultaba ciertamente dañino para la organización del ejército. Suponía proveer oficios de guerra en individuos sin mérito ni experiencia, cercenando las legítimas aspiraciones de muchos veteranos y generando ácidas críticas. Permitía, con más frecuencia de la deseable, que las codiciadas plazas de capitanes en lugar de cubrirse con alféreces distinguidos, fueran adjudicadas a *paniaguados* inexpertos o *boquirrubios* con influencias. Lo que algún autor denomina *oficiales de tramoya*.

Las compañías reclutadas por asentistas se levantaban para un periodo determinado, pero, finalmente se permitió que se hicieran permanentes. Y, a diferencia de las unidades reclutadas por comisión, que eran *reformadas*[31] cuando el número de sus componentes descendía excesivamente, a los asentistas se les permitía mantener su tropa mediante el reclutamiento anual de refuerzos.

El arquetipo de contratista militar lo constituye Wallenstein.[32] En 1624, durante la Guerra de los Treinta Años,[33] se ofreció al emperador Fernando II para reclutar un ejército de 50.000 hombres en Alemania. Se comprometía a reunir, equipar y abastecer a este ejército, encargándose el emperador de aportar los fondos para su financiación. Por supuesto, Wallenstein también se ofreció para dirigirlo.

En la Monarquía Hispánica desempeñó esta labor de forma muy efectiva Ambrosio Spínola,[34] genovés que fue banquero antes que gran general, de quien se decía en el Consejo de Estado que *«con el crédito y caudal que tiene, podrá acudir con puntualidad así a la provisión de todas las cosas necesarias, como a la paga y sustento de la gente».* De hecho, anticipó grandes sumas de su propia fortuna para equipar y avituallar a su ejército.

---

30 El *suplimiento* era una licencia especial otorgada por el rey que permitía acceder a la oficialidad sin certificar la antigüedad exigida por las ordenanzas militares.

31 Disueltas, repartiendo sus efectivos para completar otras unidades. Los capitanes de una compañía reformada en muchas ocasiones, por falta de vacante, se veían obligados a servir como soldados *aventajados* o como *entretenidos* al servicio del maestre de campo general.

32 Albrecht von Wallenstein (1583-1634), militar de origen bohemio, actuó como líder mercenario al servicio del emperador Fernando II.

33 La Guerra de los Treinta Años, fue librada en Europa Central entre los años 1618 y 1648, interviniendo la mayoría de las grandes potencias europeas de la época. Produjo la devastación de amplios territorios y llevó a la bancarrota a muchas de las potencias implicadas. Finalizó con las paces de Westfalia y de los Pirineos creándose un nuevo orden mundial.

34 Ambrosio Spínola (1569-1630), uno de los últimos grandes jefes militares de la España Imperial. Su más notable hecho de armas fue probablemente la rendición de la plaza de Breda, inmortalizada por Velázquez en su famoso cuadro.

La Monarquía Hispánica utilizó el sistema de asientos para reclutar contingentes especialmente en Italia, Portugal, Franco Condado y Flandes. Aunque el territorio que más soldados aportó por esta vía fue el Sacro Imperio Germánico.

Durante mucho tiempo coexistieron ambos sistemas: el reclutamiento por comisión predominaba en territorio propio, en los demás sitios se practicaba el reclutamiento por contrato.

Esta combinación de los sistemas de comisión y asiento funcionaba razonablemente siempre que el número de reclutas necesario no fuera muy grande y no excediera las reservas de potencial humano disponibles.[35] Sin embargo, entró en decadencia cuando la crisis demográfica y económica[36] hizo que escasearan los voluntarios y se encarecieran los mercenarios. En la primera mitad del siglo XVII, los métodos tradicionales se fueron complementando con un sistema diferente de levantar soldados más expeditivo, rápido y barato: el reclutamiento dirigido por las autoridades locales, municipios y señoríos. Se transfería a señores y municipios la responsabilidad de organizar un reclutamiento anteriormente centralizado en la monarquía.

Este sistema se basaba en varios procedimientos fundamentados en la leva forzosa. Se hacían *repartimientos*, asignando a cada circunscripción una determinada cuota de soldados en proporción a su población. Los corregidores y autoridades municipales completaban los cupos alistando forzosamente, *purgando la república* de gente innecesaria. Es lo que se conoce como reclutamiento intermediario o de coacción, utilizado en España desde 1620, obligando a servir a individuos marginales: personas sin trabajo, convictos que no hubieran cometido *«crímenes atroces»*, vagabundos…[37] Las autoridades locales, demasiado a menudo, aprovechaban la ocasión para desembarazarse de sus vecinos más indeseables. Incluso se organizaban redadas en burdeles, tabernas y otros antros plagados de reclutas en potencia, que eran cargados sin contemplaciones en carretas y expedidos al frente.[38] Se llegaba a reclutar *«gente mísera y de ningún provecho en la guerra»* que en ocasiones era conducida a sus unidades, maniatada y con escolta. No era una buena solución, ya que el resultado, lamentablemente, era un ejército heterogéneo con poca preparación y soldados de escasa calidad, casi una horda de individuos desarrapados e indisciplinados.[39]

---

35 Siempre hubo altibajos, pero es en la década de 1580 cuando la disponibilidad de hombres para la guerra se redujo drásticamente.

36 Los momentos de máxima presión de las necesidades militares durante los años noventa del siglo XVI coincidieron con la existencia en España y en los Países Bajos españoles de una grave crisis demográfica.

37 Por ejemplo, Geoffrey Parker cita una conocida ocasión en que se reclutó un tercio en Cataluña entre bandoleros y bandidos que, a cambio de su alistamiento, obtuvieron completo perdón.

38 Muchos de ellos solían ser desertores.

39 I.A.A. Thompson lo considera una *desprofesionalización* del ejército.

Así, en el siglo xvii prevalecerán los soldados bisoños y forzados sobre los profesionales voluntarios, como único recurso para acudir con prisa y desordenadamente a los conflictos. Esto unido a la venalidad en la asignación de los puestos de oficial que provocaba el sistema de asientos supondrá una disminución de calidad en los tercios que coincidirá con su declive y pérdida de hegemonía en los campos de batalla europeos.

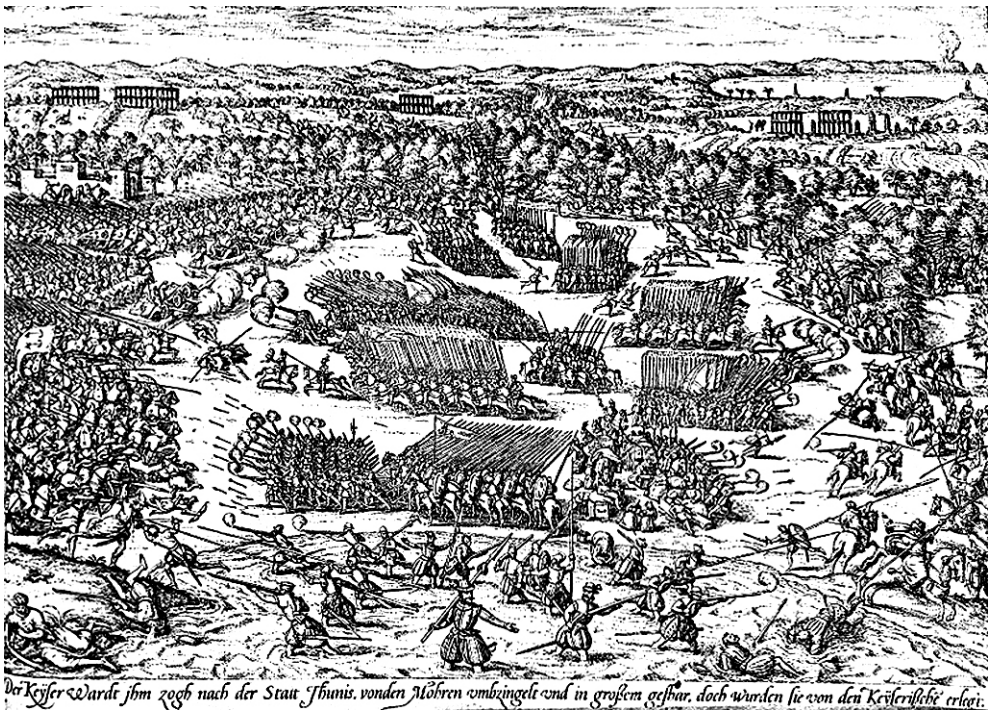


Lámina 6. El emperador combatiendo con los turcos. Fuente: Frans Hogenberg 004.jpg

En conclusión, la baja población en España hizo que el reclutamiento de los soldados necesarios fuera siempre muy complejo. Raramente las compañías alcanzaban a cubrir más de la mitad de sus efectivos teóricos.[40] I. A. A. Thompson cree que el promedio anual de soldados reclutados en España durante la época de los tercios era de unos 6.000 al año, lo que suponía casi un 10% de los nacimientos masculinos anuales.[41] Esta enorme

40 Un escritor francés, Blaise de Vigenére afirmaba en 1605 que: *«En cuanto a los españoles, no se puede negar que son los mejores soldados del mundo, pero escasean tanto que a duras penas es posible reclutar cinco o seis mil de una vez».*

41 Según I.A.A. Thompson, a comienzos del siglo XVII en Castilla se levantaba una compañía por cada 20.000 vecinos, mientras que en Aragón la proporción era de una compañía cada 38 o 40.000.

presión reclutadora era casi imposible de mantener. Se decía que *«más difícil era conseguir soldados que capitanes»*. La Corona hacía ímprobos esfuerzos por conseguir la mayor cantidad posible de soldados alistados voluntariamente. Ante la adversidad, al menos se intenta que los contingentes proyectados al exterior sean profesionales, reclutados por comisión o asiento,[42] dejando para la defensa de la España metropolitana las tropas de peor calidad, constituidas mediante levas forzosas por intermedio de las autoridades locales.

Resuelto, con mejor o peor fortuna, el problema del reclutamiento de soldados, es preciso a continuación solventar el de su sostenimiento.

Como se ha comentado, el nuevo soldado nacido de la revolución militar moderna carecía de medios propios para asegurar su sustento. Corresponderá a los nuevos estados proporcionar lo preciso para garantizar la satisfacción de sus necesidades más perentorias.

Inicialmente, se considera que esto puede lograrse proporcionando al soldado un estipendio suficiente con el que pueda sustentarse honradamente. El nuevo combatiente recibirá un salario, la *soldada*,[43] con el que deberá alojarse, vestirse y costearse equipo, armamento y municiones. Los miembros del ejército devengarán un sueldo fijo o paga sencilla más unas ventajas en atención a sus mayores molestias o responsabilidades. Este sistema, sin embargo, presenta algunas graves complicaciones.

En primer lugar, supone un ciclópeo problema administrativo proceder al correcto pago de las nóminas. En España, será la Ordenanza de Tortosa de 1496 la que establece los cimientos de la moderna administración militar. En ella se fijaba el sistema de pago, estableciendo las obligaciones de los oficiales del sueldo y la exigencia de presencia física para el cobro de las pagas.

Como manda la ordenanza, será menester recurrir a las *muestras* o *alardes*.[44] En estas revistas la tropa formaba al completo, armada y *a punto de guerra*. Este complejo mecanismo se articulaba en torno a los *oficiales del sueldo*: veedores, contadores y pagadores. Los *veedores*[45] declaraban útiles o inútiles a los soldados, comprobaban las faltas en el

---

42 Normalmente, los españoles se reclutaban por comisión mientras que los extranjeros eran contratados por intermedio de asentistas. No obstante, también se utilizó con frecuencia el asiento en territorio español.

43 Soldada era la paga del combatiente. Solía abonarse cada tres meses y habitualmente con retraso. Con ella el soldado se pagaba las armas, pólvora, vestido, comida y alojamiento.

44 Parada o formación con objeto administrativo de recuento y paga.

45 En la administración militar del Ejército de la Monarquía Hispánica el cargo de veedor era el oficio de mayor consideración y dignidad ejerciendo como una suerte de inspector general. Solían compaginar la doble condición de eficaz burócrata y militar experto.

equipo para efectuar los correspondientes descuentos en las pagas[46] y ordenaban el abono de las soldadas correspondientes a las plazas presentes. Había un *contador* encargado de llevar los libros y establecer las órdenes de pago y las nóminas, cuya concordancia con los efectivos era supervisada por el veedor. Al fin, un *pagador* liquidaba los gastos, quedando todo reflejado en el *libro de sueldo.*

Lamentablemente, era práctica común en todos los ejércitos europeos incrementar fraudulentamente el número de soldados presentes en las revistas para que capitanes, contadores y otros cómplices se repartieran los haberes de las plazas ficticias. Los inexistentes soldados, que por su fugacidad en la milicia eran conocidos como *santelmos,* figuraban en los alardes pica en mano desapareciendo a continuación con una generosa propina del capitán. En muchas unidades los que servían eran bastantes menos que los que aparecían en las muestras para cobrar. En ocasiones, incluso se llegaba a incluir nombres de soldados fallecidos o desertores en las nóminas. En los tercios, estaba tácitamente admitida la presencia de algunas *plazas muertas* en las revistas para cubrir gastos imprevistos de las compañías. Algunos documentos contemporáneos señalaban incluso que de la lista de una muestra convenía descontar hasta una cuarta parte para acercarse al número real de hombres.[47]

Además de la dificultad de efectuar el pago, era necesario que el tesoro librase puntualmente el dinero necesario.[48] Desafortunadamente, esto rara vez sucedía. La pagaduría sufría un endeudamiento crónico y abonaba las pagas con enorme tardanza. La demora de los sueldos era una realidad omnipresente que convirtió a muchos capitanes en prestamistas de sus hombres y obligaba a los soldados a vivir permanentemente endeudados.

Ni los *servicios* pagados a la Corona por los territorios, ni los gravosos impuestos, ni la producción del país, ni los préstamos de los banqueros genoveses, ni el oro y la plata llegados de América bastaban para sostener el desmedido gasto del continuo estado de guerra que vivía España. Todo era insuficiente para seguir luchando.

La paga del soldado era escasa, recibida frecuentemente con retraso y en muchos casos insuficiente para la mera subsistencia. Gráficamente describe esta situación Miguel de Cervantes, refiriéndose a los infantes del los tercios de Flandes: *«No hay ninguno más*

---

46 A veces los soldados se encontraban deficientemente armados por negligencia, deterioros, o pérdidas de armamento. Este material se reponía a costa de futuros haberes.

47 Así, comentando las muestras del ejército acantonado en Milán de 1658, el Consejo de Estado señalaba que: *«…si como el número de infantería y caballería es de pie de lista […] no era pequeño para la defensa del estado. Pero el marqués de los Balbases dice que por las noticias que tiene de aquel ejército, entiende que se puede suponer una gran baja y a lo menos de la infantería la tercia y de la caballería la cuarta parte».*

48 A los soldados españoles tradicionalmente se les pagaba en oro, algo poco habitual en otros ejércitos. Inicialmente en doblas (4,6 g) y posteriormente en escudos (3,383 g). La soldada básica eran tres escudos, el haber de una *pica seca*. El resto acumulaban diversas *ventajas* que aumentaban su sueldo.

pobre en la misma pobreza, porque está atenido a la miseria de su paga, que viene tarde o nunca […] y a veces suele ser su desnudez tanta, que un coleto acuchillado le sirve de gala y de camisa». Debido a la habitual dilación en el abono de los sueldos, la tropa malvivía con los *socorros*[49] recibidos para su sustento entre paga y paga.[50] El retraso en los pagos y la consiguiente escasez de alimento provocaba deserciones masivas[51] y motines.[52]

Lámina 7. Captura de Brielle 1572. Fuente: Capture of Brielle, April 1 1572 (Frans Hogenberg).jpg

Una de las peores consecuencias de la falta de paga eran los motines, problema que se hizo sentir especialmente en el transcurso de la Guerra de Flandes. Aunque era proverbial la templanza de los soldados que *«resistían los ataques del enemigo con el estó-*

49 Paga de subsistencia que cobraban los soldados, igual para todos.

50 En el ejército de Flandes, algunos soldados llegaron a estar más de dos años sin cobrar. Tras la conquista de Haarlem, el Duque de Alba escribió a Felipe II solicitando dinero ya que a los tercios se les adeudaban treinta meses de paga.

51 Aunque castigadas severamente por numerosas leyes y ordenanzas, las deserciones eran abundantes, debido a la crudeza de las campañas y a los rigores de la vida militar.

52 En el Ejército de Flandes, de 1596 a 1606, hubo 43 motines que limitaron enormemente sus posibilidades de victoria.

mago vacío», si la situación de escasez se prolongaba en exceso sobrevenía el temido amotinamiento. La tropa si no recibía su paga ni se le permitía resarcirse por la fuerza en la población local, ante lo insoportable de su situación, *«primero se quejaba, después se alteraba y finalmente se amotinaba»*.[53] Ocasiones había en que *«hasta faltaba el pan de munición»*. Como en febrero de 1590 en que el tercio de Manrique cansado de vivir con tanta penuria, ya que hasta del más básico sustento carecía, se amotina poniendo *a contribución* las poblaciones de los alrededores.

Los motines en el Ejército de Flandes, llegaron a convertirse virtualmente en una institución de la vida militar.[54] Iniciados habitualmente por los hombres peor pagados, las *picas secas*,[55] podían extenderse rápidamente a toda la unidad. La principal petición solía ser la exigencia de pago de los haberes atrasados adeudados a los amotinados y sus camaradas muertos. Solían terminar con el pago de parte de lo debido y una revista general para que cada soldado pudiera enrolarse en otra compañía para evitar represalias. Los españoles tenían a gala amotinarse solo después de haber obtenido una victoria para que nadie pudiera infamarles de cobardía antes del combate. Acabado el motín, se reintegraban a sus antiguas unidades con pasmosa sangre fría, para, si era preciso, entregar su vida valientemente en el próximo encuentro con el enemigo. En Flandes, estos frecuentes amotinamientos provocaron grandes retrasos y cooperaron a la imposibilidad de conseguir una pacificación definitiva.

Aun suponiendo que el soldado recibiera oportunamente su dinero, para atender a sus necesidades requería un mercado adecuado en el que adquirir todo lo preciso. Cuando las tropas estaban acantonadas en alguna población suficientemente populosa, aunque sujeto a inevitables abusos, el sistema podía funcionar razonablemente bien. Se podía organizar un mercado regular, puesto bajo la supervisión de un oficial que vigilase las condiciones, precios y calidades. Cada soldado cubría sus necesidades pagándolas de su peculio. Pero cuando el ejército operaba lejos de sus bases era distinto. Establecer un mercado lleva tiempo y no podía hacerse a menos que la fuerza se moviera muy lentamente. En un país amigo se podían adelantar comisarios para facilitar el montaje de los mercados, pero en otras circunstancias esto no era posible. Los ejércitos de la época sencillamente resultaban demasiado grandes para comprar sus provisiones sobre la marcha.

Es cierto que, habitualmente acompañaban al ejército una legión de *vivanderos*,[56] que proporcionaban a los soldados víveres, equipo o crédito. Las ordenanzas del Ejército

---

53 Cardenal Bentivoglio en su libro *Guerras de Flandes*.

54 Geoffrey Parker.

55 Los *picas secas* no solía llevar ningún tipo de protección, a diferencia de los *coseletes* que llevaban coraza y recibían una paga mayor por su coste de adquisición y mantenimiento.

56 Almirante en su *Diccionario militar* define al vivandero como paisano que sigue al ejército, o tropa en campaña, vendiendo comestibles, bebidas y géneros de mercería al pormenor.

estipulaban que solo debía haber tres vivanderos por compañía, pero este número se superaba frecuentemente. Cuando el ejército se detenía, estos buhoneros montaban sus tenderetes bajo la vigilancia del *barrachel*,[57] en el lugar que se hubiera designado, ofreciendo sus mercaderías a la tropa. El *vivandier* podía hacer buen negocio. A menudo los soldados se hacían con botín que no podían llevar consigo y se veían, por tanto, en la necesidad de venderlo barato a los vivanderos por dinero al contado. Efectivamente, algunos vivanderos no eran en absoluto proveedores de alimentos: su único fin al seguir al ejército era comprar botín y los bienes subastados de los difuntos. Por tanto, en campaña, aun disponiendo de dinero el soldado podía fácilmente sufrir graves penurias al no poder adquirir lo necesario para su subsistencia.

Además, el dinero recibido por el soldado, en ocasiones cantidades importantes por cobrar pagas atrasadas, duraba poco en sus manos. Cuando se le *remataban* los sueldos devengados, los dilapidaba en poco tiempo, de modo que el soldado solía vivir de forma precaria, andaba vestido de harapos, abrumado por las deudas y padeciendo todo tipo de escaseces.

La verdadera respuesta al miserable nivel de vida de los soldados será proveer a las necesidades de las tropas directamente y en especie. El pan, la ropa, las armas y el alojamiento acaban siendo proporcionados directamente por el Ejército; posteriormente, se dispensan también los cuidados médicos y espirituales, un fiel servicio para la ejecución de los testamentos e, incluso, se establecen pensiones para las viudas. Hacía 1630 se pagaban en especie la mitad aproximadamente de los haberes[58] de los soldados, y el resto se les entregaba en mano a ellos, no a los capitanes para prevenir abusos.

El estado tomaba a su cargo el suministro de todo lo preciso, recuperando su importe deduciéndolo de los sueldos.[59] El abastecimiento se realizaba mediante empresarios privados, conocidos como *asentistas*.[60] Así, el abastecimiento, originalmente gestionado directamente por los oficiales administrativos de la corona, fue pasando a manos de asentistas. Estos podían hacer un suculento negocio y obtener pingües beneficios al monopolizar un suministro de gran envergadura, generalmente por un periodo de un año.

---

57 El *barrachel de campaña* era un oficial del tercio que asumía funciones de capitán de alguaciles con misión de jefe de policía militar. Misión que a nivel del ejército desplegado asumía el *preboste*, que entre otros cometidos tenía el cuidado de vituallas y vivanderos.

58 Según Almirante, el término *haber* comprende todo aquello que el soldado recibe de la Hacienda, no solo dinero sino también efectos y especies.

59 En España se suele considerar a Ambrosio Spínola (1569-1630) como el iniciador de este sistema de pago en especie.

60 Asentista era el encargado de hacer asiento o contratar con el Gobierno o con el público, para la provisión o suministro de víveres u otros efectos, a un ejército, armada, presidio, plaza…

Así, a partir de 1601, la provisión de vituallas para todo el ejército quedó centralizada. Fue confiada a un solo oficial, el *proveedor de víveres*, que era en realidad un asentista que se comprometía a proporcionar el pan del año a las tropas en las mejores condiciones de precio. Normalmente los proveedores adelantaban dos meses de provisiones sin recibir ningún tipo de remuneración, poniendo su infraestructura y su crédito al servicio del Tesoro. Otra ventaja es que quedaba cerrado de antemano el precio en caso de que hubiera campaña, así el proveedor no podía aprovecharse de la situación imponiendo un importe abusivo. La competitividad y alternancia de proveedores facilitaba la obtención de condiciones más favorables. En 1643 se intentó diversificar la adjudicación entre varios proveedores, pero resultó insatisfactorio y hubo de volverse al sistema de asiento único.

No obstante, el sistema no estaba exento de desventajas. Algunas veces los proveedores caían en bancarrota, dejando a las tropas sin pan; en otras ocasiones el pan de los proveedores era tan malo que resultaba preferible quedarse sin él. También los fraudes abundaban. Se decía que la avaricia de los proveedores causaba la muerte de más soldados que las armas de los enemigos.

En cuanto al suministro de vestuario, al asentista se le mostraba un equipo de ropa, y tenía que entregar mil o más equipos del mismo modelo y medidas. No se consideraban necesarios los uniformes de un mismo color, ya que una gran parte de soldados utilizaba algún tipo de coraza que los ocultaba a la vista. Hasta la creación de regimientos permanentes, que generaban una demanda constante y predecible, no fue posible imponer la uniformidad.[61] Parecía suficiente que los ejércitos llevasen unos signos característicos tradicionalmente suyos. El rojo era el distintivo del ejército del rey católico, solía llevarse la cruz de San Andrés o aspa de Borgoña o una banda roja.[62] Los soldados del Sacro Imperio Romano de la Nación Germánica se reconocían por una cinta blanca, los franceses por una banda azul y los suecos por llevar una ramita verde en el sombrero. Los tercios italianos por el color verde y los rebeldes holandeses por el omnipresente naranja.

Cada soldado podía hacer uso de sus propias prendas y se permitía a las tropas una gran libertad en el vestir, ya que se decía que *«… las galas, las plumas y los colores son lo que alienta y pone fuerzas a un soldado…»*. Con un gran gusto por la ostentación, sus ropas eran más o menos lujosas en función de sus posibilidades, procurando no pasar desapercibidos luciendo vistosos colores y llamativos adornos. La sobria rigidez de las

61 Probablemente fueron las tropas del rey sueco Gustavo Adolfo, en la Guerra de los Treinta Años, las primeras en utilizar algún tipo de uniformidad, ya que algunos regimientos eran nombrados por el color de sus prendas.

62 De esta preferencia por este color parece que procede el actual rojo de la faja de los oficiales generales y de las divisas de cabos y soldados.

picas contrastaba con una babel de colores en los trajes. Un tercio español de la década de 1580 vestía de negro, ganándose el apodo de *tercio de los sacristanes*,[63] y los hombres de otro regimiento iban tan cargados de *«plumas, aderezos y brillantes colores»* que era llamado el *tercio de los almidonados*.[64]

Al reclutar al soldado se le suministraba un mínimo equipo de munición, compuesto de jubón, casaca, calzas y zapatos, deducido poco a poco de su paga como mandan los cánones.

La logística de vestuario se veía favorecida porque los *vestidos de munición* solo se suministraban en dos tallas, grande y pequeña. En ocasiones los soldados se veían forzados a abrir las prendas para poder utilizar ropa de una talla diferente, dando lugar a la moda muy frecuente en esta época de utilizar vestimentas *acuchilladas*. Lo que inicialmente es una necesidad militar derivará en que hasta los más encumbrados personajes aderecen sus vestidos con mangas y calzas acuchilladas.

Las armas y armaduras de las tropas eran también proporcionadas a crédito por los asentistas empleados por el gobierno. Esto era fundamental, ya que los que podían comprar sus armas de fuego eran pocos. De esta forma se aseguraba la calidad de las armas y una relativa normalización gracias a su producción en serie. Hasta este momento los nuevos soldados se hubieran incorporado armados a sus expensas o con el apoyo de sus comunidades de origen, lo que ofrecía serias dudas sobre la calidad y conveniencia de su equipo.

La cada vez más necesaria pólvora es fabricada inicialmente en molinos de titularidad regia, manteniendo una estricta política monopolística sobre su producción y venta. Sin embargo, esta elaboración centralizada se acabará mostrando incapaz de satisfacer la creciente demanda de los ejércitos y paulatinamente se encarga su suministro a particulares. Los estados se ven obligados a recurrir a contratos de aprovisionamiento con asentistas privados a los que se concedían licencias especiales para la compra de salitre y la fabricación de pólvora.[65] Estos contratistas adquirían una incómoda posición de privilegio que en ocasiones llevaba a una escalada de precios abusivos.

Además de contratar asientos con empresarios privados para la provisión de armas, pólvora, vestuario y víveres, como hemos comentado también se hizo para el suministro de hombres, delegando en manos particulares el reclutamiento, una de las facultades más importantes del Estado en cuanto a defensa.

---

63 Se trataba del Tercio de Lombardía que en cierta ocasión, a falta de otra cosa, se vio forzado a vestirse con viejas ropas negras de campesinos. Y parece que le cogió afición a este color.

64 Era el Tercio de Sicilia.

65 Se trata de pólvora negra, no muy difícil de fabricar. La fórmula más habitual era nueve partes de salitre (nitrato de potasio), una y media de azufre y otro tanto de carbón vegetal.

Lámina 8. Asedio de Alkmaar. Fuente: Beleg van Alkmaar 1573 (Frans Hogenberg).jpg

Con este sistema de pago en especie, se garantizaba la subsistencia, se reducía el descontento, se mantenía la obediencia. Los soldados, escribía un inspector general, *«con alimentos y un poco de dinero de vez en cuando se las arreglan para vivir»*. Los comerciantes, a su vez, resultaban beneficiados al no tener que vender directamente sus productos a una soldadesca a menudo soliviantada y proclive al desorden y la violencia. Por otra parte, para el Estado era más fácil y mucho más seguro contraer deudas con los comerciantes que abastecían de víveres y otras provisiones al ejército, que permitir que los furibundos soldados quedaran sin cobrar y desabastecidos.

En cualquier caso, se pagase en efectivo a los soldados o se abonase en especie una parte considerable del salario, el sostenimiento de estos grandes ejércitos resultaba enormemente gravoso. El aumento de los ejércitos excedía las posibilidades financieras de los estados. La España Imperial, el mayor poder económico de la época, fue a la bancarrota varias veces a causa de sus gastos militares.[66] Había que recurrir a algún procedimiento

66 El desembolso económico que suponía el gasto militar pasó de 847.000 ducados en 1504 a 13.000.000 en 1598 y seguiría aumentando.

que paliase, aunque fuera parcialmente, esta enorme sangría económica. Esta fórmula será el sistema de *contribuciones*.[67]

Este método, inicialmente es conocido como *brandschatzung*, el dinero del fuego.[68] Un ejército amenazaba a una comunidad con incendiarla o saquearla a menos que entregase un rescate, en dinero o especie, para el sostenimiento de las tropas. A cambio de esta contribución, el pueblo o ciudad recibía una *carta de protección*. Con el tiempo, se fue racionalizando la exacción hasta tal punto que parecía más un impuesto regular que latrocinio. Fue el primer paso hacia la creación de un completo sistema de contribuciones: un impuesto militar permanente obtenido por un ejército en todas las poblaciones situadas dentro de su radio de acción.

Para librarse de ser sometidas a pillaje, las poblaciones pagaban gustosamente la contribución al ejército asentado ante sus puertas. Se sustituían las exacciones arbitrarias e irregulares de las tropas por una cuota fija sobre la comunidad local que era entregada a los soldados legalmente. Los detalles de ejecución y las cantidades exactas de los bienes y servicios a suministrar se establecían entre los representantes de las unidades y las autoridades locales. Se avisaba con antelación para que las provisiones estuvieran preparadas con tiempo suficiente. En las zonas frecuentemente visitadas por tropas, existía entre las poblaciones situadas en la línea de marcha de un ejército un *«sistema de pronta alarma»*, para poder tener listos con tiempo suficiente los suministros necesarios.

Una ventaja de comprar cartas de protección era que favorecían la prosperidad de la localidad, ya que servían para fomentar el poblamiento del lugar. La posibilidad de establecerse en un pueblo protegido atraía a los campesinos en busca de seguridad; las cartas de protección constituían la única garantía de que podrían recoger sus cosechas y vender sus ganados, la única seguridad de que sus propiedades no serían calcinadas arbitrariamente.

Aparte de lo comentado hasta el momento, hay otros aspectos en los que se puede observar también el resurgir de la logística que es característico de esta época. Creación de nuevos cargos con responsabilidades logísticas, atención a los problemas del alojamiento, transporte, almacenamiento, asistencia sanitaria… Se analizan a continuación.

El enorme incremento del tamaño de los ejércitos requería cambios sustanciales en la maquinaria burocrática de los estados. Los Reyes Católicos en 1496 promulgaron nuevas ordenanzas designando cuatro clases de nuevos funcionarios, conocidos con los

---

67 Para José Almirante en su Diccionario militar de 1869, bajo el nombre de contribución de guerra se comprende toda exacción o requisición de un jefe militar sobre el país enemigo. No es fácil establecer el límite para que la contribución no pase a depredación porque siempre usará el primer nombre quien la imponga y el segundo quien la pague.

68 Se suele considerar a Albrecht von Wallenstein (1583-1634), el comandante imperial, como el iniciador de este sistema.

nombres de: *«veedores», «contadores», «pagadores»,* y *«tenedores de bastimentos»*.[69] Estamos ante el encuadramiento, por vez primera, de personal exclusivamente logístico. En cierto modo se profesionalizan algunos servicios, estableciéndose una relación directa entre la complejidad y coste del apoyo a las empresas bélicas y el crecimiento de la administración estatal.

Para el alojamiento en campamentos de invierno y ciudades de guarnición se construyen barracas.[70] Se edifican, de manera sistemática, cuarteles para albergar con comodidad a las unidades militares. Esto alivia en parte la presión sobre las poblaciones en las que se asienta una fuerza militar. No obstante, cuando un contingente se desplazaba seguía siendo habitual alojar a oficiales y tropa en casas particulares, asignando a cada vivienda un número de soldados proporcional a las dimensiones del inmueble. De la distribución se encargaba el furriel mayor del tercio, con los furrieles de las compañías,[71] emitiendo unos vales, denominados *boletas*, en que se consignaba para cada casa el nombre de los soldados asignados. Los dueños de las casas estaban obligados a suministrar agua, sal, aceite,[72] vinagre[73] y asiento a la lumbre. En la distribución de alojamientos se solían respetar las *camaradas*,[74] grupos de cinco o seis soldados vinculados por especiales lazos de amistad y compañerismo, que compartían la vida en común y juntaban el rancho. Estos alojamientos de la tropa entre la población suponían una pesada carga, provocando numerosas quejas y problemas de orden público.[75] Diversas ordenanzas del siglo xvi trataron de regular la forma en que la tropa debía comportarse durante su estancia en casas particulares, intentando evitar tensiones entre paisanos y soldados.

Cuando el camino discurría por despoblado, se pernoctaba al raso, agrupadas las camaradas ante una fogata o guareciéndose en improvisadas chozas o barracas.[76] Los

---

69 Bastimento: Provisión para el sustento de un ejército. En la época el término se entendía en un sentido amplio, no solo las provisiones sino también aquellos artículos relacionados con la preparación de los alimentos y su transporte, como leña, pipas de madera, serones de esparto y muchos otros. El Tenedor de bastimentos era la persona encargada de los víveres para su pronta distribución.

70 Cada barraca solía tener acomodo para cuatro personas y su modesto mobiliario era proporcionado por los magistrados locales.

71 El *furriel mayor* del tercio y los *furrieles* de las compañías eran los aposentadores de las unidades, encargándose del reparto de los alojamientos. El furriel mayor repartía el alojamiento entre compañías y los furrieles aposentaban a los soldados, repartiendo las *boletas*.

72 Necesario para el mantenimiento de las armas.

73 Utilizado como desinfectante contra los piojos y para endurecer los pies llagados.

74 Soldados que vivían, comían y luchaban juntos, poniendo en común sus haberes para sacar de ellos el mayor partido posible.

75 Alojar a los soldados del rey era una obligación de los súbditos, que provocaba constantes y graves quejas y era fuente de numerosos incidentes.

76 En campo abierto las barracas eran humildes cabañas improvisadas con ramaje o materiales procedentes de casas abandonadas. Cuando las tropas se marchaban les prendían fuego. En guarnición, como se ha comentado, las barracas tenían un carácter más permanente y se confeccionaban con tablas y adobe.

hombres dormían vestidos, arrebujados en sus capas y apoyada la cabeza en el hatillo donde guardaban sus mejores galas y más preciadas posesiones.

Durante las marchas, los vivanderos suministraban los víveres necesarios, adelantándose al ejército para conseguir los alimentos precisos. En tiempos de paz, se procuraba que la impedimenta fuese en vanguardia, para que cuando el grueso finalizará la marcha no tuviera que esperar la llegada de sus pertenencias. Cada grupo de soldados se encargaba de su *rancho*, guisado en un puchero común por un paje o alguna mujer contratada que se ocupaba también de lavar y zurcir la ropa. Sin cubiertos ni vajilla, cada soldado usaba su daga para servirse directamente de la olla que compartían por el procedimiento de *cucharada y paso atrás*.

Lámina 9. Ciudad renana 1583. Fuente: Franz Hogenberg, Belagerung von Hülchrath 1583 (Stich).png

Otro aspecto relevante de esta época es el problema del transporte. No basta con acumular los recursos necesarios para abastecer a las unidades, es preciso llevarlos hasta donde estas se encuentren.

El transporte terrestre, basado en carros tirados por animales, resulta muy poco eficiente. Solo barcos y barcazas están en condiciones de abastecer la guerra. Embarcando

los suministros, resulta mucho más fácil transportarlos sobre el agua que desplazarlos por tierra. Un mercante de buen porte podía acarrear muchas toneladas, mientras un caballo de carga soporta solo unos noventa kilogramos, pero consumiendo nueve kilos diariamente, de tal modo que se come en diez días su propia carga. Un carro, por otra parte, puede portar una tonelada solamente. Indudablemente, el transporte naval era mucho más rentable. El aprovisionamiento desde largas distancias solo será posible por mar, el transporte terrestre a distancias superiores a los 400 km resultaba prácticamente inviable por su elevado coste.

El transporte fluvial, por canales o ríos navegables, será ampliamente utilizado, muchas campañas de la época se desarrollarán a caballo de estas vías. Este transporte no crea servidumbres logísticas adicionales, al contrario que el uso de animales de tiro, pero limita la movilidad estratégica de los ejércitos a los cursos de agua.[77] Siempre que era posible se intentaba utilizar este tipo de transporte para aprovisionar a un ejército sitiador. Así, durante el asedio de Amberes, Alejandro Farnesio[78] mandó construir un canal desde la ciudad de Gante hasta el campo católico para asegurar el suministro mediante gabarras.[79] Además, las riberas fluviales suelen presentar más riqueza que el resto del territorio permitiendo una mejor manutención. Paradójicamente cuanto mejor organiza un mando sus abastecimientos, más atado se halla a las corrientes de ríos y canales.

Si las campañas se desarrollaban lejos de la costa o vías navegables, se estaba en manos exclusivamente del transporte terrestre y se precisaban interminables convoyes difíciles de defender,[80] lo que generaba no pocos problemas. Para un ejército de unos 30.000 hombres, solo el transporte de la harina para una semana, los hornos para panificarla y la leña necesaria para encenderlos precisaría 250 carros con sus correspondientes caballerías. Todo un problema de transporte.

Para solucionar en parte esta contrariedad, resurge y se generaliza el empleo de almacenes, ya empleados por romanos y cruzados. Para el diseño de estos almacenes se utiliza un concepto nuevo hasta la fecha; la determinación de necesidades de abastecimientos para cada miembro del ejército.[81] Se introduce el concepto de «cálculo de necesidades» en

---

77 El transporte, delimitado por canales y ríos, resulta determinante en la elección de las direcciones de marcha, condicionando la estrategia.

78 Alejandro Farnesio, duque de Parma (1545-1592), sobrino de Felipe II, participó en la batalla de Lepanto. Fue nombrado gobernador de los Países Bajos, sustituyendo a Juan de Austria, obteniendo importantes victorias contra los rebeldes holandeses. Entre ellas destaca la toma de Amberes en 1585.

79 Se abrió una zanja de cinco *leguas* (unos veintisiete kilómetros) entre una zona previamente inundada y el río Moere, para desviar por ella las aguas y establecer una segura línea de comunicaciones.

80 Como muy bien precisa Almirante en su diccionario militar, un convoy no es un mero transporte de pertrechos, municiones o víveres. Un convoy exige disposiciones tácticas de defensa y conducción para prevenir las ofensas del enemigo, tratándose por tanto de una auténtica operación de guerra.

81 Dando reglas acerca de qué cantidad de comida y otros abastecimientos había que asignar a cada miembro del ejército Los números eran muy variables, al comandante era normal asignarle 50 o 100

función del consumo unitario (hombre, cabeza de ganado, arma) sobre el que se calculará el número de almacenes necesarios. El ejército abona a los vivanderos las cantidades acordadas que deben entregar en los depósitos. A sus convoyes se les exime de peaje, se les proporciona escolta, están protegidos contra los excesos de la soldadesca y si es menester se compensan las pérdidas que puedan sufrir. La responsabilidad del transporte de las provisiones desde el almacén al campamento suele ser de los mismos proveedores que solían estar autorizados para la requisa de vehículos, pagando las tasas normales. En algunas partes de Europa se llega incluso a construir canales para transportar con rapidez materiales de guerra críticos desde los lugares de producción a los depósitos del ejército.

Los almacenes, convenientemente situados y fortificados, serán utilizados en caso de emergencia cuando los recursos de la zona se hayan agotado. Pero no más de un diez por ciento de las necesidades de un ejército se almacenaba y se movía con convoyes. El resto debía obtenerse en la zona, porque era imposible almacenarlo y conservarlo por un plazo largo, como la comida de los hombres, o porque era demasiado voluminoso para que su transporte fuera ni remotamente posible, como el forraje para los animales. No se conoce ningún caso de una fuerza en movimiento únicamente abastecida por convoyes que van y vienen entre el ejército y su base. Pero sí podían hacerlo durante los sitios, en los que se organizaba un genuino *cordón umbilical* que comunicaba la inmovilizada fuerza con sus almacenes. Estos no se constituían para apoyar una guerra de movimiento, pero eran precisos cuando el ejército se detenía, como inevitablemente sucedía en un asedio. Como se puede comprobar en estas palabras de Marlborough:[82] *«puesto que vamos a permanecer aquí algún tiempo, nos preocupamos del asunto de los almacenes»*. El problema del acopio de víveres era agravado por las dificultades para conservar alimentos en una época anterior al almacenamiento en frío y las conservas. Adquiría también, en este momento, suma importancia la seguridad de almacenes y convoyes.[83]

Aunque los almacenes pudieran satisfacer parte de las necesidades, su aportación es limitada y la consigna sigue siendo *«vivir de aquello que pudieran hallar en su camino»*. Por tanto, la mayor parte del tiempo se sigue subsistiendo de los recursos del país, sentenciados los ejércitos a vagar de un lugar a otro. Se intenta llevar la guerra al corazón del territorio enemigo, extrayendo contribuciones del país invadido y viviendo a su costa. Incluso, podían iniciarse guerras con el único propósito de hacer vivir al ejército a expensas del vecino.

---

raciones por día, a un maestre de campo dieciséis, cinco a un capitán mientras que al soldado se le asignaba solo una ración, algo similar ocurría con los caballos de los oficiales y los ayudantes.

82 John Churchill, duque de Marlborough (1650-1722), general inglés. Se distinguió en la Guerra de Sucesión Española. La célebre canción popular «Mambrú se fue a la guerra» procede de una deformación de la fonética de su apellido.

83 Por ejemplo, en el asedio de Breda (1625), Ambrosio Spínola encomienda la organización de los convoyes de víveres al conde Hendrik van den Bergh, asignándole la mayor parte de la caballería para escoltar la vital línea de suministros del ejército sitiador.

Otra innovación es el *tren de víveres,* vehículos que acompañaban al ejército en campaña haciendo las veces de almacén rodante, con reservas para unos pocos días. Esto proporciona cierta autonomía logística, permitiendo a un ejército atravesar una zona carente de recursos.

Otro aspecto que tuvo un notable desarrollo en esta época fue la asistencia sanitaria. Se organiza todo un sistema para facilitar las necesarias atenciones médicas al personal del Ejército. El cuidado que se proporcionaba a los soldados españoles no tenía parangón con cualquier otro ejército de la época. La asistencia sanitaria se articulaba en tres escalones: compañía, tercio y ejército. Cada tercio disponía de médico y cirujano,[84] y en cada compañía había un barbero al que se encomendaban los primeros auxilios. Los barberos eran personas con escasos conocimientos, de ordinario adquiridos con la experiencia en campaña, pero capaces de sangrar enfermos y vendar heridas. La primera asistencia médica la recibían los soldados de sus propios camaradas, seguida por el barbero de la compañía y el médico o cirujano del tercio, en los casos más graves.

En ocasiones, los ejércitos establecían hospitales de campaña que acompañaban a las tropas durante la acción.[85] Se organizaba un hospital para todo el ejército, pero si la dispersión de las tropas lo aconsejaba se podían establecer varios hospitales secundarios. El responsable del hospital era el administrador general, puesto muy habitualmente ocupado por clérigos. Este administrador designaba al personal adscrito al hospital, que podía alcanzar más de cien personas entre sanitarios y otros oficios.[86] El tratamiento para los soldados era casi gratuito y las medicinas necesarias se obtenían a través de boticarios de las poblaciones próximas. Los hospitales españoles se financiaban con el *real de limosna*, un descuento que se hacía a los miembros del ejército de sus pagas, completado con la almoneda de los efectos de los soldados muertos, las penas pecuniarias de algunas sanciones disciplinarias impuestas por los *oidores*,[87] la venta de elementos inútiles y donaciones de diversa procedencia. Además de este sistema que acompaña al ejército en campaña, se establecen los primeros hospitales permanentes. En 1585 en Malinas, Países Bajos, España crea el primer hospital militar permanente, con 330 camas.[88]

---

84 Mientras el médico disponía de una sólida formación adquirida en alguna de las universidades existentes en la época, el cirujano, de probada habilidad y experiencia, no tenía conocimientos teóricos, formándose exclusivamente de modo práctico mediante la observación.

85 Un práctica, al parecer iniciada en la batalla de Toro de 1476, donde se instalaron seis tiendas con camas para los heridos que atendían físicos y cirujanos con instrumental y medicinas costeados por la reina Isabel la Católica.

86 Gracia Rivas cita un hospital de campaña, con motivo de las alteraciones de Aragón de 1591, de doscientas camas para atender a una fuerza de 15.000 combatientes.

87 Auditores.

88 Fundado por Margarita de Parma con el nombre de Hospital Real de los Países Bajos, durante cerca de un siglo fue el único establecimiento de este tipo en Europa.

En estas instalaciones, se trataban heridas diversas, enfermedades venéreas, como el llamado *mal gálico*[89] un azote de todos los ejércitos, y también muchas licencias por «mal de corazón», posiblemente lo que mucho después se conoció como neurosis o psicosis de guerra,[90] lo que constituía un adelanto para la época. Las heridas más complejas de tratar eran las provocadas por las nuevas armas de fuego: el proyectil penetraba profundamente, causando hemorragias internas y provocando una mayor incidencia de las infecciones.

También se empieza a atender a las familias de los combatientes: por ejemplo, las esposas seguían recibiendo el salario de los prisioneros en cautiverio.[91] La mayoría de los soldados prisioneros eran repatriados a cambio de un rescate pagado por la tesorería militar. Se pensionaba a las viudas y huérfanos de los fallecidos en combate, pues cuando un soldado moría se estimaba preciso poner remedio al desamparo en que quedaba su viuda y prole. Esto era un considerable quebranto para la hacienda real, como el Rey decía en sus ordenanzas, había que sostener dos ejércitos*: «uno de vivos, que me sirven, y otro de los muertos, que me sirvieron, en sus mujeres e hijos»*.[92] Se ejecutaban las últimas voluntades, ya que el soldado de los tercios gozaba del privilegio de otorgar testamento en campaña, sin necesidad de los servicios de un notario.[93] Hay también alguna iniciativa para ayudar a los soldados tullidos en la guerra: en 1640 se crea la Guarnición de Nuestra Señora de Hal, un hogar para los veteranos mutilados del ejército de Flandes. Este ejemplo se siguió en otros países, como en Francia con la creación del famoso *Hôtel des Invalides*.[94] Una idea de este afán regulador lo encontramos en que el ejército reglamentaba incluso el abastecimiento y salud de las prostitutas. Por cada compañía había entre cuatro y ocho, disimuladas de lavanderas u otro oficio honesto, y esto figuraba claramente regulado en las ordenanzas.[95]

---

89 Se conocía como mal gálico, enfermedad de los franceses, a la sífilis. Obviamente, los franceses la denominaban mal español. Según Geoffrey Parker, hubo momentos en Flandes en que una cuarta parte de los soldados padecía sífilis: una enfermedad incurable en esta época, muy dolorosa y que provocaba la muerte o espantosas secuelas.

90 Actualmente diagnosticado como trastorno de estrés postraumático (TEPT).

91 Durante ese tiempo las esposas recibían el alimento de cada día y el dinero de servicio a que los soldados hubieran tenido derecho, descontado el importe de la *hospitalidad* recibida en cautiverio, que se entregaba al captor en el momento de la liberación.

92 Ante este problema, la ordenanza de 1632 prohibió expresamente que los soldados se casaran. Sin embargo, los matrimonios seguían dándose con el beneplácito de los capellanes de las compañías, que preferían ver a los soldados casados que amancebados.

93 En 1596 se organizó un Depositario General para la administración y ejecución de los testamentos de los soldados que morían en acto de servicio.

94 Los Inválidos (*Hôtel des Invalides*), un imponente edificio del siglo XVII (1671-1676) situado en el séptimo distrito de París que alberga hoy en día el museo del Ejército. Fue construido por orden del Rey Luis XIV de Francia para los veteranos inválidos de guerra que quedaban sin hogar.

95 En las ordenanzas de la época podemos leer: *«…débese permitir que haya al menos ocho mujeres por cien soldados, que pues las republicas bien ordenadas permiten tal género de gente por excusar mayores daños, en ninguna república es tan necesario permitirle, como entre hombres libres robustos, que en los pueblos ofenderían a los moradores, procurando sus mujeres, hijas y hermanas».*

La asistencia religiosa también se cuidaba mucho, no en balde al Ejército de Flandes se le conoció siempre como «el Ejército Católico». Había un «teólogo» en el tercio y un capellán por cada compañía que suministraban servicios religiosos regulares que sostenían la moral de la tropa.

Ejército sin vituallas, vencido sin armas.
Gonzalo Fernández de Córdoba[96]

Vituallas, forraje y pelotería

Para un ejército actual hay tres clases de abastecimientos que resultan vitales en el sostenimiento de una operación bélica: subsistencias, carburante y municiones. Sin embargo, para un ejército de la Edad Moderna sus prioridades logísticas resultaban ligeramente diferentes. Veamos la equivalencia en la época de los tercios de estos tres recursos.

Subsistencias (vituallas)

Los tratadistas de la época enfatizan el papel que jugaban las vituallas,[97] dándoles absoluta prioridad sobre los demás suministros. Como afirmaba Diego de Salazar, contar con víveres suficientes, junto con la observancia del orden, eran los pilares básicos de la victoria.[98] O como comentaba otro autor, Diego Montes, *«muchas veces se ha visto retirarse los ejércitos teniendo victoria conocida contra sus enemigos por falta de la vitualla»*.[99] Ya que el hambre era el mayor de los inconvenientes en *«…la guerra y en los Ejércitos»*.[100] Y, *«más veces consume un ejército la penuria que el combate, y más cruel es el hambre que el hierro»*.[101] Así, el principio que debía prevalecer era procurar que *«a los amigos sobre la comida y a los enemigos falte»*.[102]

Normalmente se utilizaban dos procedimientos para abastecer de víveres un ejército. En el primero de ellos, las vituallas se hacían llegar desde depósitos o almacenes constituidos mediante asientos concertados con proveedores particulares. En el segundo, los combatientes los adquirían directamente a los vivanderos que siempre acompañaban a los ejércitos. Se prefería este segundo sistema ya que como afirma I. A. A. Thompson*: «De lo único que la corona se ocupaba directamente era del aprovisionamiento de las fuerzas a las que no podían llegar los avitualladores privados y de los artículos que no se podían*

---

96 Gonzalo Fernández de Córdoba y Aguilar (1453-1515), conocido por su excelencia en el arte de la guerra como el Gran Capitán. En sus campañas concedió gran relevancia al avituallamiento de su ejército, ya que era consciente de que: *«Mejor es vencer al enemigo con el hambre que con el hierro».*

97 Término más habitual en la época con el que se conocen los víveres, bastimentos y municiones de boca, es decir, las subsistencias.

98 En su «*Tractado de Re militari*» (1536), obra impregnada de las ideas de Maquiavelo sobre el arte de la guerra, al que Diego de Salazar conoció cuando servía en Italia a las órdenes del Gran Capitán.

99 *Instrucción y regimiento de guerra,* obra impresa en 1537.

100 Luis de Ávila y Zúñiga en su «*Comentario de la guerra de Alemania*» de 1548.

101 Sancho de Londoño, en su «*Discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar a mejor y antiguo estado*» de 1596.

102 «*Doctrina militar*» (1598) de Bartolomé Scarión de Pavía.

obtener localmente».[103] En estos casos, se recurría al primer sistema: se suscribían acuerdos con empresarios privados para hacer acopio de víveres que se almacenaban en depósitos para ser posteriormente distribuidos. Incluso, para ello los reyes solían reservarse el derecho de confiscar mercancías, normalmente pagando las tarifas vigentes. Como es fácil imaginar, esta costumbre dio lugar a numerosos abusos. Había muchas quejas contra este derecho de provisión del rey, que en esencia solo era un derecho de compra preferente con precios bajos fijados por la corona y considerables retrasos en los pagos. Cuando las tropas estaban de guarnición solía bastar con la compra directa a los comerciantes de la localidad.

Cobraba mucha importancia velar por la seguridad de los mercaderes que vendían sus provisiones a los soldados. Se debían vigilar los caminos para evitar que fueran asaltados y había que controlar a las tropas para que no les hicieran *«ultraje ni villanía ni injuria alguna»*.

Las necesidades de alimentación de los grandes ejércitos que se despliegan son enormes. Nuestro ejército modelo de 30.000 combatientes requeriría diariamente unos 13.500 kilos de carne, que supondrían el sacrificio de unas 1.500 cabezas de ganado ovino o 150 de vacuno, y unas 20 toneladas de pan, que precisan para su elaboración unos 45.400 kilos de harina.

Carburante (forraje)

A pesar del declive de la caballería siguen siendo muchos los animales que acompañan al ejército. Aproximadamente un diez por ciento de las fuerzas desplegadas lo constituyen unidades de caballería.[104] Se necesitan también animales para transportar la *impedimenta*[105] y el *bagaje*.[106] Un ejército podía tener un carro tirado por dos o cuatro caballos por cada quince hombres. Incluso, en determinadas ocasiones, cuando se requería una fuerza autosuficiente durante cierto tiempo la proporción podía ser del

---

103 Cita de su libro *Guerra y decadencia.*

104 Son los *caballos ligeros*, los *reiters* o herreruelos, coraceros o *caballos coraza,* arcabuceros a caballo y otros.

105 El término militar *impedimenta* proviene del latín *impedimentum* (en plural *impedimenta*): obstáculo, estorbo. Designaba el conjunto de pertrechos y enseres que portaban los legionarios romanos durante las marchas. Modernamente se mantuvo el término por lo embarazoso que resultaba su transporte.

106 Aparte de pertrechos y vituallas, había que prestar consideración también a las propias pertenencias de los soldados. Este equipaje particular constituía el bagaje del ejército, que se transportaba en carros o a lomos de acémilas. Había que protegerlo con sumo cuidado, ya que, no solo constituía todo lo que los soldados poseían, sino que era un símbolo de la dignidad del propio ejército. La pérdida del bagaje era un grave motivo de deshonra.

doble o más.[107] También requiere el uso de muchos animales de carga la nueva artillería de la que se dotan los ejércitos. Las dimensiones de los trenes de artillería de la época resultan abrumadoras. Cristóbal Lechuga, en su tratado sobre artillería y fortificación,[108] hace un minucioso estudio de *«qué cosas son necesarias para sacar la artillería en campaña, y cómo se marcha con ella»*. En su disertación calcula lo necesario para mover cuarenta piezas, que supondrían un tren de artillería usual para un ejército de la época.[109] Estas necesidades, como veremos, son más que considerables. Entre gentilhombres, artilleros, conductores, gastadores, herreros y demás, calcula nada menos que 736 personas para servir los cañones. Pero, todavía más asombroso es el cómputo de animales necesarios. Para tirar de las piezas son precisos 1.596 caballos, para municiones[110] y otras cosas precisas se requieren 659 carros y para el resto de personal otros 105 carros más. En el prolijo cálculo hace también la observación de qué debe tenerse en cuenta si se sustituyen los caballos que tiran de los carros por bueyes, como se hacía con frecuencia. Surgen varios problemas: aunque los bueyes son más fuertes, solo pueden utilizarse *«por país llano»* y son menos prestos por lo que *«…es mucho hacer medias jornadas»*. Y además *«…al tomarlos queda destruida la labranza»*. Como todos estos medios de transporte necesarios no son orgánicos del ejército, será preciso contratarlos, aconsejando Lechuga que se haga mediante empresarios ya que *«…por cuenta de Su Majestad, se gasta doble con menos efecto»*.[111]

Incluso, entre los infantes, quien podía permitírselo, como mínimo los oficiales, disponía de un caballo para desplazarse durante las marchas.

Con estas consideraciones, un ejército tipo de 30.000 combatientes precisaría una cantidad aproximada de 20.000 caballos y mulos para portar su bagaje, impedimenta y un modesto tren de artillería de unos treinta cañones. Dar de comer a la enorme cantidad de animales precisa constituía un gran quebradero de cabeza, el forraje[112] necesario debe obtenerse localmente ante lo poco rentable de su transporte.

---

107 En 1602, Mauricio de Nassau reunió no menos de tres mil carruajes para acompañar a una fuerza de veinticuatro mil hombres.

108 *«Discurso del Capitán Cristóbal Lechuga, en que trata de la Artillería y de todo lo necesario a ella con un tratado de fortificación y otros advertimientos»*, publicado en Milán en 1611.

109 Veinte cañones, catorce medios y seis cuartos.

110 En el cálculo considera una dotación de 200 balas por cañón, 300 para los medios y cuartos cañones y las balas, pólvora y mechas necesarias para quince mil tiradores de arcabuz y mosquete.

111 El transporte solía ser el servicio más costoso. El alquiler de un equipo de 80 caballos, sus caballerizos y los carruajes para cada cañón del ejército de Flandes costaba en 1579, la importante cantidad de 25 escudos diarios. (El escudo era la unidad que se utilizaba para las monedas de oro desde el reinado de Felipe II. Su peso era de 3,4 gramos y en esa época equivalía a 350 maravedís).

112 Militarmente comprendía todo género de granos, cereales, semillas y víveres para el sustento animal. 20.000 animales consumirían diariamente 90 toneladas de pienso o el pasto de unas 160 hectáreas.

Sucede además que, paradójicamente, alimentar a los caballos y mantenerlos sanos era mucho más difícil que hacerlo con los hombres. Un caballo come diez veces más que un hombre (necesita al día unos 15 kilos de pasto, 5 de cereal y al menos 35 litros de agua). El forraje es lo primero que se termina cuando el territorio del que se vive comienza a agotarse. Y, por su volumen y dificultad de transporte, resulta lo más difícil de adquirir a grandes distancias. Además, los caballos experimentan los efectos de una alimentación insuficiente mucho antes que los hombres y mueren en masa.[113] Por eso, Clausewitz afirmaba que una caballería y artillería excesivamente numerosas, se pueden convertir en una carga y un elemento de debilidad de un ejército.

Los sufridos soldados subsisten con poca cosa: *pan de munición*[114] a cuenta del rey, aderezado con algo de vino, aceite, ajos, alguna legumbre y quizá un poco de queso, tocino salado, carne en salazón o pescado seco. Sin embargo, un animal debe ser correctamente alimentado. Hay una anécdota, aunque de época posterior, que refleja con cierto humor el problema de la alimentación de los animales: el mariscal Murat[115] después de la Batalla de Borodino[116] reprendió severamente a sus generales porque las cargas de la caballería no se habían efectuado con el habitual vigor, a lo que su jefe de caballería, general Nansouty replicó irónicamente: *«Es culpa de los caballos. No son lo bastante patriotas. Nuestros soldados combaten bien, aun sin tener pan, pero los caballos no quieren hacerlo si no se les da heno».*

Se puede asimilar por tanto el forraje en este periodo al carburante actual. Los animales eran los vehículos de la época, y al igual que estos si no se llenaban sus depósitos de combustible, el forraje, se negaban a moverse. El propio general Patton,[117] al ver detenido su avance en la Segunda Guerra Mundial por falta de carburante, expreso esta necesidad de forma contundente: *«Mis hombres pueden comerse hasta las cartucheras, pero a los tanques hay que ponerles gasolina».*

---

113 Por ejemplo si se ven forzados a comer pasto verde pueden sufrir cólicos que los debiliten llegando incluso a provocarles la muerte.

114 Pan de munición: Mezcla de trigo y centeno en piezas de una, dos o tres libras. El pan mezclado se prefería porque era más barato y duraba más. La ración mínima diaria era de libra y media por soldado, en piezas de tres libras repartidas cada dos días. Una libra son 453,6 gramos.

115 Joachim Murat (1767-1815), noble y militar francés al servicio de su cuñado Napoleón, gran duque de Berg y Cleves, mariscal de Francia y rey de Nápoles entre 1808 y 1815.

116 La Batalla de Borodino tuvo lugar el 7 de septiembre de 1812. Es también conocida como la Batalla del río Moscova, y fue el mayor y más sangriento combate de todas las Guerras Napoleónicas, enfrentando a cerca de un cuarto de millón de hombres.

117 George Smith Patton, Jr. (1885-1945), General del Ejército de los Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial. En Francia mandó el III Ejército estadounidense situado al oeste de las fuerzas aliadas. Pensaba que si hubiese recibido los suministros adecuados, podía haber cruzado el Rin en otoño de 1944 y dispuesto de un corredor directo, abierto y sin oposición hasta Berlín.

En definitiva la comida de hombres y animales será la gran preocupación logística de los comandantes de la época. Como reflejaba claramente el maestre de campo[118] Sancho de Londoño*: «todo se puede remediar salvo la falta de vitualla para los hombres y pasto para los animales»*.

Munición (pelotería)

Para un ejército actual en campaña, posiblemente el recurso que produzca más quebraderos de cabeza a los logistas sea la munición. No solo por el enorme volumen que supone, sino también por la complejidad de su gestión. En la época de los tercios, las armas de fuego irrumpieron con fuerza en los escenarios bélicos. Fueron los arcabuceros los que pusieron fin a los dos modelos hasta entonces dominadores de los escenarios bélicos: la caballería pesada francesa y los piqueros suizos. La reposición de la munición consumida por arcabuceros, mosqueteros y bombardas supondrá una nueva necesidad logística. Sin embargo, según Van Creveld, la munición en este tiempo constituye solamente un dos por ciento de las necesidades totales de una fuerza, no representando todavía una gran problema logístico. Esto se debe a dos factores: su bajo consumo y su relativa facilidad de obtención.

La baja cadencia de tiro de las armas, debido al engorroso procedimiento de recarga, hacía que hiciesen un número muy limitado de disparos.[119] Por ejemplo, las primeras bombardas pesadas, habituales a partir del siglo XIV, podían efectuar un máximo de ocho disparos al día, pues sus operaciones de carga y apuntado eran muy lentas y enojosas. Un mosquetero experto podía hacer un disparo cada dos minutos, pero como el alcance eficaz era de apenas unos cien metros, normalmente solo podía disparar una o dos veces antes de llegar a la lucha cuerpo a cuerpo. Un tratadista de la época afirmaba incluso que *«el arcabucero no tiene más del primero tiro, si le enviste la caballería»*.[120]

Un mosquete tenía un alcance de unos cien metros, para un arcabuz el alcance teórico era todavía menor, unos cincuenta metros. No obstante al tratarse de armas de ánima lisa y poca precisión,[121] era menester aproximarse a unos veinte o treinta metros para obtener algún efecto. Además, las densas nubes de humo que oscurecían el campo de batalla restringían la visión de los tiradores y aumentaban la imprecisión. Incluso a veces se

---

118 Jefe del tercio, elegido entre los capitanes de más fama y experiencia, puede asimilarse al cargo de coronel de un regimiento.

119 Los primeros sistemas de mecha implicaban una veintena de operaciones para cargar y efectuar el disparo, utilizando dos tipos diferentes de pólvora: una común para cargar el arma y otra más fina para cebar la cazoleta.

120 Ante un ataque de caballería, el arcabucero solo tenía tiempo de disparar una vez. Martín de Eguiluz en su *Milicia, discurso y regla militar* (1592).

121 Carecían de elementos de puntería.

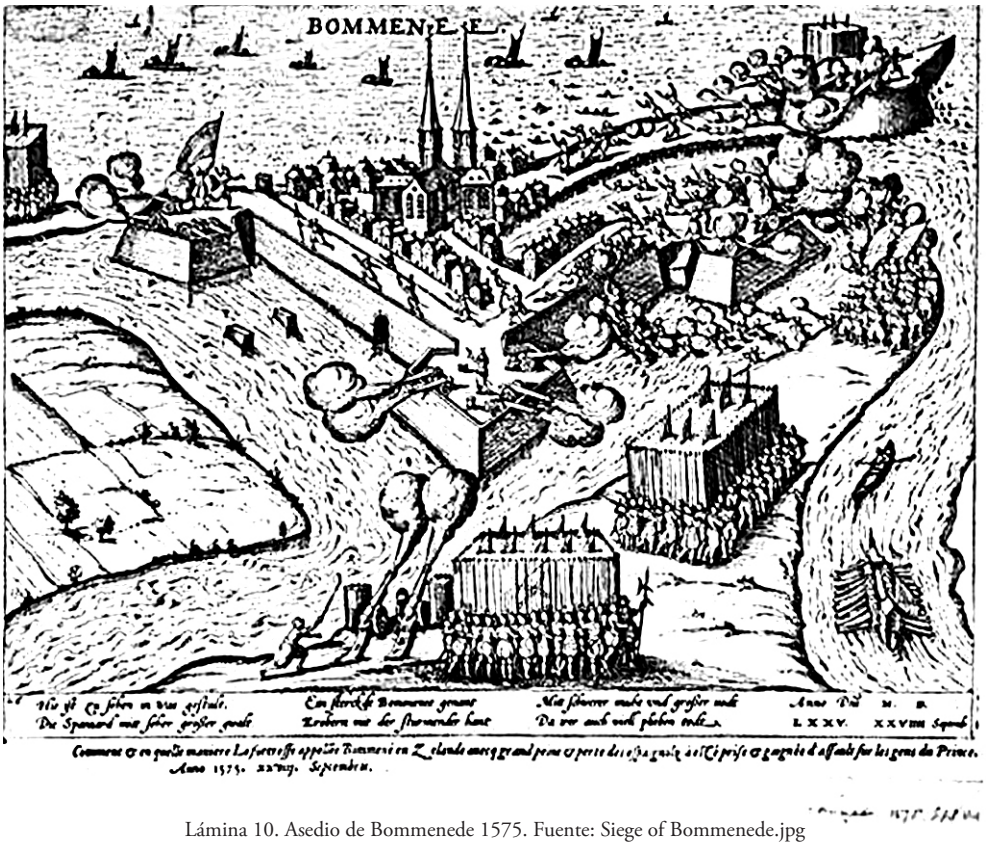


Lámina 10. Asedio de Bommenede 1575. Fuente: Siege of Bommenede.jpg

disparaba a más corta distancia: en Ingolstadt (1546), el Duque de Alba prohibió a sus infantes disparar a más de… ¡dos picas de distancia![122] Cegados por el negro humo de la pólvora y aturdidos por el estrépito del combate, los arcabuceros disparaban prácticamente sin apuntar, necesariamente a muy corta distancia. Hubo casos de arcabuceros que para tirar se metían casi debajo de las picas enemigas. Además, debía hacerse fuego pausadamente, con cuidado de no hacer más de cuatro disparos seguidos, para evitar que el arma se recalentase y fundiese dentro del cañón el plomo de la bala. Incluso, a los cinco o seis disparos el tirador debía ponerse a resguardo para limpiar meticulosamente el arma ya que los restos de pólvora llegaban a obstruir el ánima de la boca de fuego. En las batallas, cientos de arcabuces vomitando fuego a quemarropa producían un demoledor efecto. Las rociadas realizadas a bocajarro resultaban devastadoras, causaban gran impacto psicológico y un enorme número de bajas, pero se consumían pocos disparos.

122 La pica en los tercios debía medir al menos la altura de tres hombres, es decir 5,5 metros.

En Ceriñola,[123] donde por primera vez se mostró el devastador poder de las nuevas armas de fuego portátiles, los gendarmes,[124] la caballería medieval del Duque de Nemours, y sus piqueros suizos fueron destrozados por solo siete salvas del millar de espingarderos[125] con que contaba el Gran Capitán. Un consumo que desde una óptica actual parece irrisorio, siendo sin embargo el factor decisivo en la victoria española en la batalla ante un enemigo cuatro veces más numeroso. En el combate, muchas veces a un tirador le era suficiente con los *doce apóstoles*, una docena de pequeños recipientes de madera que contenían la cantidad de pólvora necesaria para un disparo y solían llevarse en bandolera.[126]

Además, la munición era muy simple y podía fabricarse sobre el terreno con sencillas herramientas. Cada arcabucero debía fundir sus propias balas o pelotas,[127] dada la falta de normalización del armamento. Con el arcabuz se entregaba una *turquesa*, molde a modo de tenaza para dar forma a las balas. A los arcabuceros se les proporcionaba plomo en pasta que fundían en un recipiente, cogiendo con estas turquesas la cantidad justa, enfriando rápidamente la pelota en agua para abrir la tenaza, dejarla caer y coger otra cantidad de plomo para repetir el proceso. Es más, cuando la incipiente artillería se componía fundamentalmente de *pedreros*, que utilizaban bolaños de piedra,[128] bastaba con algunos picapedreros y una cantera cercana para resolver el problema de su municionamiento. Las balas o pelotas se elaboraban fundiendo plomo, un metal fácil de obtener. Podía incluso fabricarse pelotería con otros metales, como el de las campanas de una población tomada a sangre y fuego. Se cuenta, incluso, que en vísperas de la batalla de Pavía, un afamado arcabucero español fundió una bala de oro destinada al rey francés Francisco I. Además, las balas de metal se recogían después del combate para reutilizarlas.

El propulsor utilizado por estas primeras armas de fuego era la clásica pólvora negra. La fórmula más habitual era nueve partes de salitre (nitrato de potasio), una y media de azufre y otro tanto de carbón vegetal. Estos dos últimos componentes eran fáciles de obtener, no así el salitre. Sin embargo, la gran ventaja, desde el punto de vista logístico, de esta pólvora era su intercambiabilidad. Todos los ejércitos utilizaban una fórmula

---

123 La batalla de Ceriñola en 1503, marcó el inicio de la hegemonía española en los campos de batalla europeos.

124 Gendarmes: *gens d'armes,* hombres de armas, caballeros cubiertos con armadura completa y montados en caballos de gran talla.

125 La espingarda es una de las primeras armas de fuego portátiles, progresivamente sustituida por el más manejable arcabuz, desarrollado en Alemania hacia finales del siglo xv. En Ceriñola, los espingarderos hicieron tres salvas sobre la caballería pesada y otras cuatro sobre los piqueros suizos.

126 Con ellos la carga del arma era más rápida y se controlaba la cantidad exacta de pólvora utilizada.

127 El proyectil disparado por el arcabuz era una bala o pelota de plomo que pesaba alrededor de una onza (28,7 gramos).

128 Un *bolaño* es una bola de piedra que disparaban algunas antiguas piezas de artillería, como bombardas y pedreros.

similar, de mejor o peor calidad, por lo que una fuerza podía perfectamente abastecerse de la pólvora obtenida como botín de guerra, como contribución de alguna población o adquirida a empresarios privados.

Como anécdota, diremos también que se fomentaba el ahorro de munición desde el gobierno, cuando la mayoría de las veces los gastos para su adquisición corrían por cuenta del propio mosquetero o arcabucero. Precisaban cuerdas (mechas), plomo para fabricar sus balas y pólvora, que adquirían con parte de su sueldo, que era algo superior al de un piquero.[129] Las mechas,[130] pólvora y plomo eran suministradas por el Ejército a cuenta de la soldada. Obviamente, cuando el tirador pagaba sus disparos tenía tendencia a escatimarlos. En ciertas ocasiones, como en caso de asedio, se podía obtener pólvora gratuitamente de almacenes o polvorines de artillería y entonces se tiraba con *pólvora del rey* y por lo tanto no se tenía tanto cuidado y se disparaba más alegremente. De esta situación proviene el dicho «*con pólvora del Rey bien se tira*». Esta expresión ha llegado hasta nuestros días, y se dice que se dispara con pólvora del rey cuando no se tienen en cuenta los gastos o esfuerzos, porque corren por cuenta de otro.

En definitiva, el bajo consumo de proyectiles, tanto de artillería como de armas portátiles, y su relativa facilidad de obtención, hace que los trenes de munición normalmente no se vean en la necesidad de reponer a lo largo de toda una campaña.[131] Solo esporádicamente se daba alguna situación en que la munición escaseara, como sucedía en los más prolongados asedios. Por tanto, claramente las prioridades logísticas de la época serán las vituallas y el forraje.

Obtenerlos no resultaba fácil, en muchas ocasiones los ejércitos se veían obligados a marchar a donde sus estómagos les ordenaban. En campaña la vida del soldado era una lucha constante por la supervivencia. Un ejército hambriento es menos fiable y pierde disciplina y cohesión. Para conseguir estos recursos, la habilidad del comandante radicaba en combinar adecuadamente todos los sistemas. Los ya comentados de contribuciones, uso de asentistas y almacenes, y también el forrajeo e incluso el saqueo.

El *forrajeo* consistía en dispersar partidas por el territorio para obtener alimento, tanto para animales como para hombres. Se trataba de una operación siempre difícil y, en muchas ocasiones, peligrosa. Suponía la dispersión de las tropas, ralentizaba la marcha y las partidas de forrajeo resultaban muy vulnerables, siendo grande el riesgo de emboscadas.

---

129 Arcabuceros y mosqueteros tenía algún *escudo de ventaja* en el sueldo para pólvora, cuerda y plomo.

130 Mecha: cuerda retorcida hecha de filamentos combustibles de cáñamo o algodón, bañados en salitre.

131 Los ejércitos normalmente realizaban un único suministro para toda la campaña, efectuándose un reaprovisionamiento solo en raras ocasiones.

Finalmente, no debemos olvidar el saqueo como forma de obtención. Siempre que se puede se intenta vivir a costa del enemigo y se obtiene por la fuerza lo que se precisa en las plazas fuertes tomadas al asalto o en cualquier pueblo que ofrezca resistencia. Con frecuencia, los generales toleraban el pillaje y la rapiña ante la imposibilidad de satisfacer las necesidades de sus soldados por otros medios. Durante la Guerra de los Treinta Años, el general imperial Wallenstein constituye un claro ejemplo de esto último. Ante las dificultades financieras del Emperador, permitía a su tropa resarcirse de la falta de haberes saqueando libremente en pleno campo y en las ciudades. Además, para ello se contaba con el beneplácito de las leyes de la guerra: los soldados estaban en su derecho de saquear las poblaciones durante tres días si estas no se habían rendido antes de que se terminase de emplazar la artillería sitiadora. Por eso la tropa no veía con buenos ojos que una población capitulase, rindiéndose con condiciones, ya que así perdía la oportunidad del saqueo.[132] Si el general sitiador concedía el saqueo, los soldados entraban en la ciudad saco al hombro arramblando con todo: dinero, joyas, alimentos… hasta enseres de cocina. Inevitablemente los saqueos iban acompañados de abusos y atropellos que ocasionalmente eran severamente castigados. El ejemplo más conocido de *saco* provocado por la falta de pagas se produjo en 1526, cuando los *lansquenetes*[133] del ejército imperial de Carlos V asaltaron Roma. El descontrolado ejército transformado en un cuerpo de bandidos cometió todo tipo de abusos que escandalizaron a toda la cristiandad: profanaciones de templos, violaciones, matanzas indiscriminadas, incendios y pillajes sin cuento. Fue uno de los acontecimientos más sangrientos de todo el Renacimiento.[134]

Además del saqueo, los soldados se beneficiaban también del *despojo*, los *rescates* y el *botín*. Las pertenecías de los enemigos caídos en combate eran expoliadas por los propios soldados o por los mochileros. Los enemigos agonizantes o malheridos eran rematados con pocas consideraciones y aligerados de cualquier objeto de valor que portaran. Conviene recordar que los soldados de la época llevaban sobre sí toda su fortuna escondida en la vestimenta. Los vencidos o heridos de valía hacían costar su condición para evitar una muerte segura. Por los prisioneros pudientes se pedían importantes rescates que beneficiaban a su captor. Los generales, para evitar el desorden que implicaba el despojo de los caídos, procuraban que se juntara todo el botín capturado tras un enfrentamiento para repartirlo después de la batalla. El reparto del *monte*, como también se conocía el botín, estaba perfectamente regulado.[135]

---

132 La capitulación solía conceder a la guarnición el derecho a salir con banderas desplegadas, arma al hombro, arcabuces con mechas encendidas, los oficiales con su equipaje y la tropa con sus mochilas.

133 Nombre derivado del alemán *landsknetch*, seguramente en el sentido de *hombre de las llanuras* en contraposición a *hombre de las montañas* como eran conocidos sus principales adversarios, los suizos. Organizados en regimientos reclutados por un empresario militar, sirvieron habitualmente en los ejércitos de la monarquía hispánica.

134 Manuel Fernández Álvarez, *Carlos V, el César y el Hombre.*

135 Para el rey solía reservarse el quinto real, el resto se distribuía equitativamente. La regulación del reparto del botín figuraba ya en el *Código de las Siete Partidas* de Alfonso X el Sabio.

> Es un milagro que hayan podido alguna vez llegar a los Países Bajos soldados españoles.
>
> Geoffrey Parker

El Camino Español

Finalmente, y como aspecto destacado de la logística de este periodo, para facilitar el movimiento de los ejércitos se establecen corredores militares. Se trata de itinerarios reconocidos que conectan a un ejército en servicio activo con las lejanas tierras donde ha de ser reclutado. Regulan el desplazamiento de tropas, haciendo posible la preparación por adelantado de los servicios básicos. Con este ingenioso sistema se conseguía trasladar, en un tiempo relativamente corto y en buenas condiciones, a grandes contingentes para las batallas que se disputaban a muchos kilómetros de las zonas de reclutamiento. Se trataba de un auténtico sistema logístico eficaz e integral, pues cubría varias funciones logísticas de las que actualmente consideramos: Abastecimiento, Movimiento y Transporte, Administración…

La existencia de estos corredores militares se justificaba en la costumbre de fomentar un sistema de expatriación militar, alistando tropas en una zona para combatir en otra. La eficacia militar de la mayoría de los soldados aumentaba en proporción directa de la distancia entre el teatro de operaciones y su tierra de origen. La experiencia demostraba que el soldado es mejor *«en las patrias ajenas que en las propias».* Así, mermaban las temidas deserciones, verdadera lacra de los ejércitos de la época.

El corredor militar más famoso fue el conocido como Camino Español, un auténtico prodigio logístico. A continuación veremos con más detalle en qué consistía. Nos situaremos en la Guerra de los Ochenta años o Guerra de Flandes.[136] Un conflicto que enfrentó a las siete provincias unidas de los Países Bajos españoles, actual Holanda, contra su señor el rey de España, con el fin de conseguir su independencia. Flandes supuso un verdadero muro de contención que salvaguardó a España de algunos de sus principales enemigos, por ello la monarquía procuró siempre enviar ahí a sus mejores y más fiables soldados. En aquellas inhóspitas tierras se vivieron algunas de las más impresionantes gestas de los ejércitos españoles. El principal problema que presentaba esta guerra era la enorme distancia que separaba el Teatro de Operaciones de la Metrópoli. Y el dilema que se le presentaba al Rey era la elección de itinerarios seguros para el envío de tropas y suministros a la zona. Tropas que debían ser adecuadamente sostenidas durante el largo viaje. En estas circunstancias, la distancia constituía el mayor enemigo de España. El territorio, el clima y las primitivas estructuras agrarias de Europa eran factores que

136 La rebelión contra la monarquía española comenzó en 1568 y finalizó en 1648 con el reconocimiento de la independencia de las siete Provincias Unidas, hoy conocidas como Países Bajos u Holanda.

obstaculizaban el desplazamiento. Este difícil problema fue satisfactoriamente resuelto, consiguiendo trasladar tropas *«… por donde jamás se oyó que otro pasase: y lo que más es de maravillar, sin que se sintiese falta, ni se hiciese desorden alguno»*.[137]

El Camino no discurría por un itinerario fijo y único, era un complejo dédalo de rutas y pasos alpinos que se utilizaban a conveniencia. Las condiciones climáticas, las circunstancias políticas o las exigencias de suministro imponían el derrotero a utilizar.

Se iniciaba en Italia, ya que sus presidios eran los semilleros en que se formaban los indómitos tercios.[138] Era recorrido normalmente por soldados veteranos, los *bisoños*[139] servían de guarnición en Italia algunos años antes de desplazarse a Flandes. Las guarniciones de Italia servían para que los soldados nobeles se acostumbraran a la vida militar sin exponerse a los riesgos de los campos de batalla. Los hombres se alistaban en España, se instruían en los presidios italianos y llegaban a Flandes como *soldados viejos*. Esta política militar se resumía en esta sombría coplilla de la época: *«España mi natura, Italia mi ventura, Flandes mi sepultura».*

Todo comenzó el año 1567. El Duque de Alba[140] tiene sesenta años cuando es elegido comandante del Ejército de Flandes. En este momento de su vida, agotado y con la salud muy quebrantada, habrá de embarcarse en la campaña militar más decisiva de su carrera. Recibe del rey Felipe la encomienda de sofocar la rebelión de sus súbditos flamencos, restaurando el orden y erradicando la herejía, y para ello debe desplazar un gran ejército hasta esas lejanas tierras. Al Duque le avala su reputación de primer general del emperador Carlos, ganada en innumerables campañas, pero esta misión supone un desafío especialmente exigente, ya que, a las dificultades tradicionales de la guerra en su época, se suman las exigencias de índole logística que una operación de este tipo comporta. La prohibición de Carlos IX de Francia de paso por su territorio, para evitar enfrentamientos con los hugonotes franceses que andaban soliviantados, y la inseguridad de la travesía marítima[141] no dejaban más que una opción: el desplazamiento de su

---

137 La cita es de Sancho de Londoño, maestre del tercio viejo de Lombardía y autor del conocido tratado militar *Discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar a mejor y antiguo estado,* publicado en Bruselas en 1589.

138 Se conocía como *presidios* a la red de castillos y fortalezas situados en los territorios bajo control hispano. Y también aquellas localidades donde se acantonaban unidades de forma continua.

139 Por bisoño se conocía al soldado novel, no adiestrado. La voz procede del italiano *ho bisogno*, primera palabra que aprendían en Italia los reclutas españoles para pedir las muchas cosas de las que andaban necesitados.

140 Fernando Álvarez de Toledo (1507-1582), militar y político español, tercer Duque de Alba de Tormes. En 1566 hubo revueltas y desórdenes en los Países Bajos, para atajarlas Felipe II envió al duque de Alba al mando de un poderoso ejército.

141 Además de los riesgos propios de un mar tempestuoso, el canal de la Mancha y el Mar del Norte estaban infestados de peligros: los perros del mar, piratas ingleses; los pordioseros del mar, filibusteros holandeses; los corsarios hugonotes franceses…

ejército debía hacerse por tierra desde Italia. El problema no era baladí. Había que trasladar una fuerza de unos 10.000 combatientes a través de media Europa.[142] El Duque de Alba se encontraba no solo ante una empresa erizada de dificultades sino ante un inmenso reto logístico, pues logísticos iban a ser los principales problemas que le acuciaran.

Las tropas del Ejército de Flandes debían viajar por tierra utilizando la famosa ruta conocida a partir de entonces, y aun ahora en algunos sitios como «*le chemin des espagnols*», el Camino Español. Ideado en 1563 por el cardenal Granvela,[143] cuando Felipe II pensaba visitar los Países Bajos, discurría desde Lombardía hasta Flandes, pasando por Piamonte, Saboya, Franco Condado y Lorena, con la importante característica de extenderse en buena medida por territorios bajo dominio español. Recorría una multitud de países de distintas lenguas, culturas y soberanías.

Lámina 11. Batalla de Heiligerlee 1568. Fuente: BattleOfHeiligerlee.jpg

142 Se trataba de 8.780 veteranos, procedentes de los tercios viejos de Nápoles, Lombardía. Sicilia y Cerdeña, a los que se sumaban 1.200 jinetes, entre caballos ligeros y arcabuceros a caballo.

143 Antonio Perrenot de Granvela (1517-1586), político español de origen francés, hijo del borgoñón Nicolás Perrenot de Granvela, secretario de Carlos V, al que sucedió como consejero imperial en 1550.

Cuando había que atravesar regiones ajenas se hacía necesario concertar pacientemente estrechas alianzas que garantizasen el paso, en un antecedente claro de lo que hoy llamamos apoyo de nación anfitriona.[144] Si bien España gozaba de una firme amistad con la mayoría de los estados que jalonaban su camino hasta los Países Bajos, cada vez que las tropas tenían que pasar por ellos debían realizarse respetuosas proposiciones diplomáticas, venciendo las justificadas reticencias de las autoridades locales que no veían con agrado el paso de una fuerza de consideración por tierras propias. Así se hizo solicitando permiso para el paso del ejército de Alba, primer usuario de este itinerario, enviando emisarios reales a Lorena, Saboya y los cantones suizos.

Desde entonces esta ruta se conoció como Camino Español y durante más de ochenta años fue la que tomaron regularmente los ejércitos españoles que se dirigían hacia el norte. El trayecto era ya conocido por comerciantes y viajeros de distintas naciones que hacía años que lo transitaban, pero nadie había imaginado que todo un ejército pudiera desplazarse por él. Trasladar un gran contingente de soldados por unas regiones potencialmente hostiles entrañaba problemas evidentes. El camino tenía que afrontar desfiladeros, vadear ríos, penetrar en espesos bosques. Era necesario acondicionar caminos, montar puentes, contratar guías y exploradores. Con su acostumbrada minuciosidad el Duque envío, previamente, un ingeniero especializado y 300 zapadores para construir *esplanadas*, caminos ensanchados, en los valles más empinados y realizar otras obras. Les acompañaba un pintor para dibujar la región a fin de hacer los planes con mayor eficacia. Gracias a estos preparativos, la expedición cruzó las montañas fácilmente a pesar del mal tiempo.

Si considerables eran los problemas de transporte, resultaban pequeños ante los que representaban el alojamiento y alimentación de los ejércitos en marcha. Como se lamentaba un jefe español «*no es negocio de burla dar a comer dos meses a ocho mil hombres*». Para los ejércitos de la época, cuando utilizaban con mucha frecuencia un itinerario, se solía establecer una cadena permanente de almacenes de víveres para facilitar su apoyo. No era este el caso del camino español, que no representaba una demanda constante, ya que se utilizaba solo una vez cada uno o dos años. Sin almacenes fijos el método de aprovisionamiento solía resultar mucho más simple, y en ocasiones brutal: todo lo que necesitaban los soldados se requisaba en el lugar mismo por donde pasaban, con o sin indemnización. El resultado era tremendamente dañino para las comunidades rurales con economía de subsistencia por las que se pasaba. Sin embargo, para un ejército del tamaño del que nos ocupa, resultaba prácticamente imposible encontrar poblaciones a lo largo del camino lo suficientemente grandes como para asumir su abastecimiento. Se

144 La doctrina militar define el concepto de Apoyo de Nación Anfitriona (HNS, Host Nation Support) como: Ayuda civil y militar proporcionada en situaciones de paz, crisis o conflicto por una nación anfitriona a las fuerzas y organizaciones aliadas que están localizadas, operan o transitan por su territorio.

utilizaba entonces una nueva institución conocida en la época como *etapa militar*.[145] Se trataba de centros adonde los comerciantes acudían en la seguridad de que podrían hacer allí sus transacciones y donde se almacenaban mercancías para su venta y distribución. Además de víveres era habitual que las etapas proporcionaran a las tropas, medios para transportar la impedimenta.[146] Los carros, caballos de tiro, mulas y conductores eran objeto de arriendo por el tiempo necesario, ejecutando el transporte por su cuenta y riesgo, reduciendo el coste.

En los valles alpinos el transporte se hacía con acémilas, pudiendo necesitar un ejército hasta la importante cantidad de quinientas o seiscientas mulas. Más adelante, superados los Alpes, los bagajes se portaban en carretas de cuatro ruedas, entre dos y cuatro por compañía, lo que hacía un total de unas 150 para una expedición como la de Alba, cantidad no siempre fácil de reunir.

El sistema de etapas era simple. Cada expedición que utilizaba el Camino Español era precedida por un comisario especial que determinaba con las autoridades locales los lugares en que habían de detenerse, la cantidad de víveres y otros medios que habían de proporcionarles y su precio. Cada gobierno local pedía ofertas de aprovisionamiento. Los asentistas[147] cuya oferta era aceptada firmaban una capitulación que fijaba la cantidad de alimentos que tenían que proveer y los precios que podían exigir por ellos. Normalmente el gobierno español adelantaba una parte del dinero con el que se adquirían provisiones para almacenar. Cuando llegaban las tropas se presentaba en el almacén un solo oficial por cada compañía a recoger todas las raciones que correspondían a sus hombres y firmaba un recibo que posteriormente se presentaba al comisario que había rubricado la capitulación. Finalmente, en la oscuridad de la oficina de cuentas del ejército algunas semanas más tarde, un empleado calcularía laboriosamente el coste total de los víveres suministrado a cada soldado y oficial y lo deduciría de su soldada.[148] El sistema resultaba beneficioso para todos: el gobierno aseguraba la manutención de las tropas, de tal modo que a ningún soldado faltase el *pan de munición*, verdadero carburante que movía los ejércitos de la época, los soldados recibían sus raciones sin retraso y a crédito

145 El término *etapa* procedía del francés *étape*, palabra de carácter mercantil, derivada a su vez de la voz neerlandesa *stapel* que significa depósito. Aunque actualmente tiene otros significados, inicialmente se incorporó en 1884 al DRAE con la acepción: *«cada uno de los lugares en que ordinariamente hace noche la tropa cuando marcha».*

146 Si el camino era seguro, la impedimenta solía colocarse en vanguardia para que al acabar la jornada los soldados no tuvieran que esperar a sus criados y pertenencias.

147 Los asentistas, empresarios privados, eran los encargados de abastecer de víveres, armas, uniformes y material a una serie de almacenes en los distintos pueblos elegidos a lo largo del camino para su utilización por el ejército. También se ocupaban de proporcionar los medios para transportar la impedimenta y el bagaje.

148 En la expedición de Alba, el paso por los distintos puntos se dispuso muy burocráticamente, por ejemplo en el Franco Condado las deudas contraídas ocupaban 411 densos folios.

y los asentistas pagaban con prontitud a los campesinos los alimentos que entregaban. De este modo se conseguía atender a las necesidades de las tropas sin causar un quebranto excesivo a las poblaciones por las que discurría la marcha, evitando destrucciones y privaciones, normalmente asociadas al paso de un ejército. Además permitía que el coste de las expediciones fuera asombrosamente reducido.[149] Este sistema de etapas puede considerarse precursor de la externalización[150] del apoyo logístico a una operación militar que tanto se comenta en la actualidad, ya que regulaba de una forma clara la participación del sector privado en el apoyo a los ejércitos.

Teniendo organizado el aprovisionamiento, las tropas podían iniciar la marcha. El ejército de Alba se reunió en Milán, juntando las tropas procedentes de Italia con las llegadas desde la península en las abarrotadas galeras mediterráneas a través de Génova. Lo describe magistralmente Cervantes en El Quijote, poniéndolo en boca de su personaje Ruy Pérez de Viedma:

> Embarquéme en Alicante, llegué con próspero viaje a Génova, fui desde allí a Milán, donde me acomodé de armas y de algunas galas de soldado, de donde quise ir a asentar mi plaza al Piamonte; y, estando ya de camino para Alejandría de la Palla, tuve nuevas que el gran duque de Alba pasaba a Flandes. Mudé propósito, fuime con él, servíle en las jornadas que hizo...

El dos de junio hubo una gran revista en Alejandría della Palla e, inmediatamente, la columna se puso en marcha. En vanguardia, salió el tercio de Nápoles; después el grueso o *batalla* con el tercio de Lombardía, cuatro compañías de caballos ligeros y todo el bagaje; a retaguardia, los tercios de Sicilia y Cerdeña y dos compañías de jinetes albaneses. Como reseñó un observador, los soldados de Alba *«iban arrogantes como príncipes, y tan apuestos que todos parecían capitanes»*.[151] Se calcula que el contingente constaba de unos diez mil combatientes, la mayoría infantes.[152] El movimiento de este ejército por Europa causó una tremenda impresión.

Varios meses antes, los comisarios del ejército y los gobiernos locales habían estado atareados en acondicionar caminos y construir puentes, organizar las etapas, almacenar víveres, alquilar bestias de carga, comprar forraje y todo tipo de provisiones. Una gran

---

149 Se viajaba con mucho dinero. El salario de los soldados iba en la propia comitiva: Alba llevaba quinientas mulas cargadas de dinero en efectivo. El importe de los efectos suministrados se abonaba sobre la marcha o, en ocasiones, se descontaba de los impuestos que las localidades debían pagar.

150 También conocida como *outsourcing* se puede definir como el procedimiento mediante el cual las empresas u organizaciones delegan o contratan alguna actividad, que no forme parte de sus habilidades principales, a un tercero especializado.

151 Pierre de Bourdeille, Señor de Brantôme.

152 Naturalmente, los combatientes marchaban seguidos por una heterogénea multitud de sirvientes, mujeres, mercachifles y gentes de toda laya. Entre ellos los *mochileros* o *pajes de rodela*, chiquillos contratados por los soldados más rumbosos. Albi de la Cuesta se atreve a aventurar una cifra para el número de bocas de la expedición: 16.000 personas y 3.000 caballos.

actividad económica y mercantil se desarrollaba en las zonas de paso, se trabajaba a destajo para preparar el tránsito del duque y sus tropas.

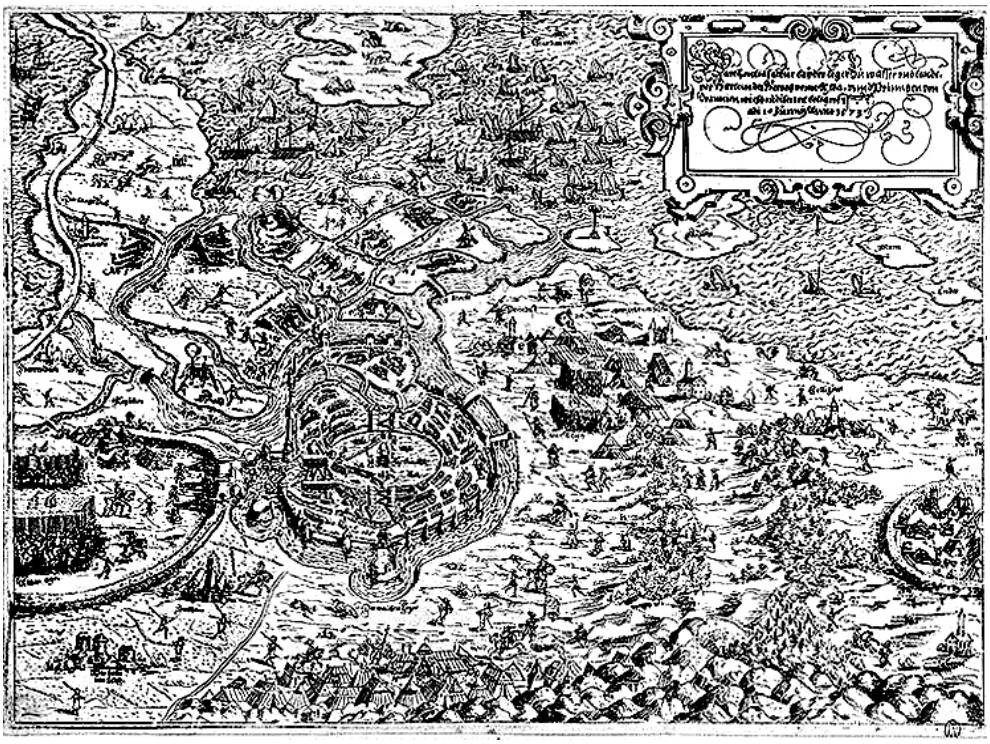


Lámina 12. Asedio de Haarlem 1573. Fuente: Beleg van Haarlem in 1573 - Siege of Haarlem in 1573 (Frans Hogenberg).jpg

Durante los meses de verano el tiempo debía ser seco, ideal para el desplazamiento de tropas, caballos y artillería, pero fue al contrario y llovió copiosamente durante gran parte del recorrido. Para evitar que los hombres durmieran sobre suelo mojado hubo que buscar alojamientos en las localidades que jalonaban las rutas.[153] El clima desapacible complicó la empresa, haciendo que durara más de lo previsto. A finales de junio, las tropas habían cruzado la parte montañosa de la ruta, descendiendo a las fértiles llanuras de Saboya. En la primera semana de julio se llegó por fin a suelo propio con la entrada

153 Cuando era necesario alojar a la tropa a cubierto, los encargados de la *étape*, junto con los furrieles, emitían unos vales, llamados *billets de logement*, que determinaban el número de personas y caballos que habían de acomodarse en cada casa. Después que partían las tropas, los dueños de las casas podían presentar los *billets* de las tropas al recaudador de contribuciones local y exigir su pago contra obligaciones por impuestos, pasadas o futuras.

en el Franco Condado, atravesando tupidos bosques. La última semana del mes se alcanzó Lorena y la tarde del viernes 22 de agosto, Alba llegó finalmente a Bruselas a la cabeza de las unidades de su ejército.

La preparación de caminos, provisiones y transporte por adelantado aumentaba la rapidez de traslado de una fuerza, siendo la velocidad normal de los ejércitos que utilizaban el Camino de unas doce millas por día. Como el Camino Español se extendía sobre unos 1.100 kilómetros se necesitaban por término medio unos 48 días para recorrerlo.[154] 56 días tardó el duque de Alba, siendo la mejor marca de velocidad la establecida por Lope de Figueroa en 1578 cuando, con 5.000 veteranos, lo atravesó en 32 días, a pesar de hacerlo en pleno invierno.[155]

En una época en que la estrategia se basaba esencialmente en el arte de orquestar marchas, contramarchas y amagos, la velocidad del movimiento de un ejército resultaba esencial. Además, la velocidad con la que se desplaza un ejército puede ser una buena muestra de la bondad de su sistema logístico. Como afirmaba el tratadista militar británico Liddell Hart:[156] *«La movilidad es la verdadera prueba de un sistema de suministro»*. La velocidad de marcha sostenida de un ejército se puede utilizar como indicador de su capacidad logística.[157] La duración media del tránsito del Camino Español era, como ya se ha dicho, de cuarenta y ocho días. Esto equivale a algo más de veinte kilómetros diarios. Con los parámetros actuales nos puede parecer una velocidad escasa. Pero debemos tener en cuenta las circunstancias de la época. La velocidad de marcha estaba limitada por varios factores. Los soldados, cargados de acero, debían transitar por un único itinerario, lo que hacía que se formasen columnas de gran longitud. Las vanguardias debían partir varias horas antes que la retaguardia, exigiendo un escrupuloso control de marcha. Los caminos eran muy poco transitables, por lo que debían ser preparados por los gastadores que precedían al grueso del ejército. Si llovía, algo nada inusual en los territorios atravesados, las sendas y veredas quedaban casi impracticables. En ocasiones, ante la proximidad de territorio enemigo, debía adoptarse un orden de marcha táctico, desplegando exploradores y flanqueos, que ofrecía seguridad pero hacía más enojoso el movimiento. Aunque el sistema de etapas permitía aligerar al ejército, al no tener que llevar un voluminoso tren de víveres, este debía mover su bagaje e impedimenta que lastraban y entorpecían su movimiento. Además, la artillería tardaba en cubrir una determinada

---

154 Mucho más que por vía marítima. Desde los puertos del Cantábrico se podía llegar a Dunquerque, Mardick u Ostende en unos quince días.

155 Lo hizo con su unidad, el Tercio de Figueroa o Tercio de Granada, origen del actual Regimiento de Infantería Mecanizada Córdoba N.º 10.

156 Sir Basil Henry Liddell Hart (1895-1970), historiador militar, escritor y periodista británico. Importante teórico militar, es autor de textos tan influyentes como *El otro lado de la colina* o *Estrategia de la aproximación indirecta*.

157 No en balde la primera definición de logística, debida a Henri de Jomini en su *Compendio del Arte de la Guerra* publicado en 1838, fue *«arte práctico de mover un ejército»*.

distancia el doble de tiempo que el grueso del ejército, creando complejos problemas de control de marcha. Con caminos poco aptos para movimientos pesados, las columnas se hacían interminables y muy vulnerables. Y cada cierto tiempo, se hacía necesario programar etapas de descanso, que servían fundamentalmente para recuperar rezagados.

Con estas premisas, la velocidad obtenida en el Camino Español se puede considerar excelente, sensiblemente superior a la habitual en su época, que no pasaba de unos dieciséis kilómetros diarios. De los ejércitos que han utilizado para desplazarse lo que Van Crevel denomina «*los medios de locomoción de los tiempos del honor: las piernas de los hombres y las bestias*», los tercios solo se ven superados por la falange macedónica de Filipo y Alejandro (unos 25 km/día) y por las legiones romanas de la época de más apogeo del Imperio (unos 30 km/día). Ejércitos ambos que dominaron abrumadoramente los escenarios bélicos de su tiempo. Posteriormente, esta velocidad de marcha también sería superada por las tropas napoleónicas, que llegaban a sobrepasar los cuarenta kilómetros diarios de velocidad sostenida. Pero, forzoso es reconocer que estas lo hacían en unas condiciones muy diferentes. Había mejores caminos, se disponía de excedentes agrícolas mucho mayores y su sistema logístico, basado en vivir sobre el terreno, resultaba mucho más dañino para los territorios por los que transitaban.

Parece por tanto que, del análisis de la velocidad de marcha obtenida por los Tercios, se puede concluir que su logística resultaba bastante eficiente.

Hacer el camino español suponía un esfuerzo de organización y un gasto tremendo, por eso solo se abría cuando se daban unas circunstancias imperativas. Su uso estaba condicionado a la necesidad de refuerzos del ejército de Flandes y al estado de las arcas de la Monarquía. Si pintaban bastos en Flandes se podía apostar que muy pronto se oiría el fragor de la infantería española marcando el paso con marcial fiereza por el Camino Español.

Mantener el camino abierto fue una necesidad tan imperiosa que vertebró toda la política exterior española durante casi un siglo. El camino se siguió utilizando hasta 1633. Pero la continua intromisión francesa obligaba con frecuencia a variar el itinerario, llegando un momento en que quedó a merced de su buena voluntad. La ocupación de Lorena por Luis XIII en 1633 cortó definitivamente el camino, ya que este dependía totalmente del derecho de paso por este ducado.

El cierre del Camino Español supondrá un duro golpe, pero el envío de españoles a Flandes no cesará, aunque la empresa será cada vez más complicada, al tenerse que realizar por mar con mucha dificultad. El Ejército de Flandes se vio obligado a depender aún más de las tropas reclutadas sobre el terreno, perdiendo algunas de sus más acendradas virtudes.

En el pasado como hoy, la proyección de una fuerza expedicionaria a un escenario lejano comporta un sinfín de problemas que en buena medida son el principal quehacer

de los logistas militares. Hoy con medios muy diferentes a los de antaño, se afrontan cuestiones similares: llevar a cabo todo lo necesario para planear y ejecutar el movimiento y sostenimiento de fuerzas. Así se hizo con los, tercios españoles que, con la pica clavada en tierra y a la sombra de sus estandartes con la cruz de Borgoña dominaron los campos de batalla europeos. Justicia a este esfuerzo ha hecho la sabiduría popular dando origen al conocido dicho «*poner una pica en Flandes*»,[158] expresión de un hecho costoso y de enorme complejidad, que fue el lema de la antigua Escuela de Logística, antecedente de la actual Academia de Logística del Ejército de Tierra.

158 Llevar una pica, es decir un soldado, a Flandes

El peso de las armas no puede llevarse sin el buen gobierno de las tripas.
Miguel de Cervantes[159]

Conclusiones

Los cambios en la composición de los ejércitos y en la forma de combate, como resultado de la revolución militar moderna, llevaron a un auténtico renacer de la logística. Métodos olvidados durante siglos se recuperaron y se establecieron nuevos procedimientos para satisfacer las enormes necesidades logísticas que surgen.

Aunque el sistema logístico imperante distaba mucho de ser perfecto, fue un factor clave para llevar a buen fin las campañas militares. Los soldados se veían obligados a servir en condiciones muy rigurosas, demostrando una resistencia estoica ante las penalidades y el hambre, que pocos ejércitos tolerarían hoy. Sufrían, como magistralmente describe Cervantes, *«el frío de las centinelas, el peligro de los asaltos, el espanto de las batallas, el hambre de los cercos, la ruina de las minas»*. Los medios disponibles, propios de la época, con demasiada frecuencia resultaban insuficientes para proporcionar el apoyo requerido.

Las nuevas necesidades llevaron a adoptar métodos novedosos, que muchas veces constituirán un anticipo de formas modernas de apoyo habituales hoy. La Monarquía Hispánica, siempre falta de hombres y dinero, y sobrada de enemigos, debió aguzar el ingenio. El sistema de etapas, utilizado en el Camino Español, es un ejemplo de *externalización* del apoyo logístico y supone un notable esfuerzo de *reducción de la huella logística*.[160] Requería un meticuloso cálculo de *determinación de necesidades*,[161] precursor del DOS,[162] y se basaba en el *apoyo de nación anfitriona*, proporcionado por los territorios que atravesaba. Los trenes de víveres cumplían un papel similar a las actuales *dotaciones*,[163] se recurría con frecuencia a la *explotación local de recursos*[164] y, para facilitar la vida del

159 Es conocida la faceta militar de Miguel de Cervantes, su participación en Lepanto y la pérdida de una mano en combate. Lo que quizá sea menos conocido es que, truncada su carrera militar por las heridas recibidas, ejerció como logístico en el apresto de la Gran Armada en 1588, concretamente como comprador de trigo para la empresa de Inglaterra.

160 Por huella logística entendemos el conjunto de medios humanos y materiales que acompañan a las unidades de combate para garantizar su sostenimiento. El objetivo es siempre reducir la huella logística sin perder capacidades.

161 Primera parte del ciclo logístico, proceso ordenado de toda acción logística resolutiva completa, es la acción de definir y calcular los recursos logísticos (personal, material y servicios), que una Fuerza necesita, para llevar a cabo una acción.

162 El DOS (Day Of Supply) es la cantidad total de abastecimientos necesaria para apoyar a una Fuerza determinada durante un día de combate medio.

163 Cantidad específica de un recurso, normalmente fungible, que el Mando dispone que esté en poder de cada Pequeña Unidad, para proporcionarle cierto grado de autonomía.

164 Obtención local de recursos mediante pago directo o documento de crédito.

soldado y su familia, se adoptan medidas de *apoyo social*[165] y se desarrolla todo un sistema de *asistencia sanitaria*. En definitiva, formas de apoyo habituales en los ejércitos actuales fueron ya esbozadas con éxito en la Edad Moderna.

Miguel de Cervantes, en su doble faceta de militar y logista,[166] es el más indicado para resumir en perfecto castellano el mensaje de este texto: «*El peso de las armas no puede llevarse sin el buen gobierno de las tripas*». Si España se mostró como una potencia superior fue en buena medida por la atención que presto a sus soldados. Los anónimos y fieles infantes de los Tercios; sufridos y mal pagados; en guerra con todos; temidos, pero también respetados incluso por sus más enconados enemigos, que tanta gloria dieron a nuestras armas, no hubieran podido lograrlo sin el apoyo de un oscuro y poco valorado, pero siempre presente, esfuerzo logístico. Y este apoyo, teniendo en cuenta las difíciles circunstancias de la época, no parece una exageración calificarlo de notable.

165 Conjunto de acciones, encaminadas a la aplicación sobre el personal y sobre sus familias de un sistema de bienestar social.

166 Miguel de Cervantes, desde 1572 sirvió en el Tercio de Lope de Figueroa.

> Una de las cosas más intrigantes de la historia militar es su casi absoluto silencio respecto al problema de los abastecimientos
>
> Coronel G. C. Shaw[167]

Bibliografía

A continuación se reseñan los libros y artículos consultados para la elaboración de este texto.

Libros

ALBI DE LA CUESTA, Julio: *De Pavia a Rocroi. Los tercios de infantería española en los siglos XVI y XVII.* Madrid: Balkan Editores, 1999.

— *Arcabuces, mosquetes y fusiles.* Madrid: Ollero y Ramos Editores, 2013.

ALMIRANTE, José: *Diccionario militar.* Madrid: Ministerio de Defensa, 2002.

CANALES, Carlos; DEL REY, Miguel: *Las reglas del viento.* Madrid: EDAF, 2010.

CANALES, Francisco M.: *Ceriñola 1503. Las guerras de Nápoles, tomo I.* Madrid: Almena Ediciones, 2006.

— *Garellano 1503. Las guerras de Nápoles, tomo II.* Madrid: Almena Ediciones, 2007.

CARNICER, Carlos J.: *El asedio de Haarlem 1572/73. Guerra de los ochenta años.* Madrid: Almena Ediciones, 2012.

CLAUSEWITZ, Carl von: *De la guerra.* Madrid: Colección Ediciones Ejército, Servicio de publicaciones del EME, 1980.

DÍAZ GAVIER, Mario: *Breda 1625. El duelo final entre Spínola y Nassau.* Madrid: Almena Ediciones, 2007.

— *Pavía 1525. La tumba de la nobleza francesa.* Madrid: Almena Ediciones, 2008.

— *Bicoca 1522. La primera victoria de Carlos V en Italia.* Madrid: Almena Ediciones, 2009.

— *Mühlberg 1547. El apogeo de Carlos V.* Madrid: Almena Ediciones, 2011.

ESTEBAN RIBAS, Alberto Raúl: *Gravelinas 1558. Los tercios de Felipe II conquistan la supremacía continental.* Madrid: Almena Ediciones, 2010.

— *Batalla de la Montaña Blanca 1620. Guerra de los Treinta Años.* Madrid: Almena Ediciones, 2012.

— *La batalla de Fleurus 1622. Guerra de los Treinta Años y del Palatinado.* Madrid: Almena Ediciones, 2013.

FULLER, J. F. C.: *Batallas decisivas del mundo occidental y su influencia en la historia.* Madrid: Ediciones Ejército, Servicio de publicaciones del EME, 1985.

GIMÉNEZ MARTÍN, Juan Francisco: *Tercios de Flandes.* Madrid: Ediciones Falcata Ibérica, 1999.

GÓMEZ-CENTURIÓN JIMÉNEZ, Carlos: *La Armada Invencible.* Madrid: Grupo Anaya, 1987.

---

167 Autor de *Suply in modern war.*

GONZÁLEZ CASTRILLO, Ricardo: *El arte militar en la España del siglo XVI.* Madrid: Edición personal, 2000.

HERNÁNDEZ, Ricardo J.; CORDERO, Javier: *Operación Gran Armada. La logística invencible.* Madrid: Ediciones Díaz de Santos, 2011.

HERNÁNDEZ GARVI, José Luis: *Glorias y miserias imperiales*. Madrid: Editorial EDAF, 2012.

JÖRGENSEN, Christer; PAVKOVIC, Michael F.; RICE, Rob S.; SCHNEID, Frederick C.; SCOTT, Chris L.: *Técnicas bélicas del mundo moderno 1500-1763.* Madrid: Editorial LIBSA, 2007.

KAMEN, Henry: *El Gran Duque de Alba. Soldado de la España Imperial.* Barcelona: RBA, 2004.

— *Poder y gloria. Los héroes de la España Imperial.* Barcelona: Austral, 2010.

KONSTAM, Angus: *La Armada Invencible.* Madrid: Editorial LIBSA, 2011.

— *Lepanto. La gran victoria cristiana.* Barcelona: RBA, 2011.

LECHUGA, Cristóbal: *Tratado de la Artillería y de Fortificación.* Madrid: Ministerio de Defensa, 1990.

LONDOÑO, Sancho de: *Discurso sobre la forma de reducir la Disciplina Militar a mejor y antiguo estado.* Madrid: Ministerio de Defensa, 1992.

LOSADA, Juan Carlos: *Batallas decisivas de la historia de España.* Barcelona: RBA, 2006.

MARTIN, Colin; PARKER, Geoffrey: *La Gran Armada.* Barcelona: Planeta, 2011.

MARTÍN GÓMEZ, Pablo: *El Ejército español en la guerra de los Treinta Años.* Madrid: Almena Ediciones, 2006.

MARTÍNEZ DE CAMPOS, Carlos: *España bélica.* Madrid: Editorial Aguilar, 1966.

MARTÍNEZ LAÍNEZ, Fernando: *Una pica en Flandes*. Madrid: Editorial EDAF, 2007.

— *La guerra del Turco.* Madrid: Editorial EDAF, 2010.

— *Pisando fuerte.* Madrid: Editorial EDAF, 2012.

MARTÍNEZ LAÍNEZ, Fernando; SÁNCHEZ DE TOCA, José María: *Tercios de España. La infantería legendaria.* Madrid: Editorial EDAF, 2006.

— *El Gran Capitán. Gonzalo Fernández de Córdoba.* Madrid: Editorial EDAF, 2008.

MARTÍNEZ TEIXIDÓ, Antonio *et al.: Enciclopedia del arte de la guerra.* Barcelona: editorial Planeta, 2001.

MARTÍNEZ RUIZ, Enrique: *Los soldados del rey. Los ejércitos de la Monarquía Hispánica (1480 - 1700).* Madrid: Actas, 2008.

MENDOZA, Bernardino de: *Teoría y práctica de guerra.* Madrid: Ministerio de Defensa, 1998.

MESA GALLEGO, Eduardo de: *La pacificación de Flandes. Spínola y las campañas de Frisia (1604-1609).* Madrid: Ministerio de Defensa, 2009.

PARKER, Geoffrey: *El ejército de Flandes y el Camino Español.* Madrid: Alianza Editorial, 2000.

— *La revolución militar.* Madrid: Alianza Editorial, 2002.

— *Historia de la guerra.* Madrid: Akal Universitaria, 2010.

QUATREFAGES, René: *La revolución militar moderna. El crisol español.* Madrid: Ministerio de Defensa, 1996.

REYES BLANC, Luis: *El camino español.* Sevilla: rd editores, 2006.

RIBOT, Luis *et al.: Historia Militar de España. Tomo III, Edad Moderna. Volumen II, Los Austrias. Escenario europeo.* Madrid: Ministerio de Defensa 2013.

ROCHA, Carlos de la; CAÑETE, Hugo A.; GONZÁLEZ MARTÍN, Javier: *El Ejército de Alsacia 1633/1634.* Madrid: Sátrapa Ediciones, 2010.

SÁNCHEZ TARRADELLAS, Víctor Javier: *Logística, arte sin gloria*. Madrid: Ministerio de Defensa, 2013.

STRACHAM, Hew: *Ejércitos europeos y conducción de la guerra.* Madrid: Colección Ediciones Ejército, Servicio de publicaciones del EME, 1985.

THOMPSON, Julian: *La savia de la guerra: La logística del conflicto armado.* Buenos Aires: Instituto de Publicaciones Navales, 2000.

VAN CREVELD, Martin: *Los abastecimientos en la guerra.* Madrid: Colección Ediciones Ejército, Servicio de publicaciones del EME, 1985.

Artículos

ALBI DE LA CUESTA, Julio: «La batalla de Jemmingen». *Desperta ferro. Historia moderna,* n.º 1, 2012.

ANDÚJAR CASTILLO, Francisco: «La privatización del reclutamiento en el siglo xviii: el sistema de asientos». *Studia Historica. Historia Moderna,* n.º 25*,* 2003.

CARTAYA BAÑOS, Juan: «La alimentación de la Armada española en la Edad Moderna. Una visión distinta de la batalla de Trafalgar». *Historia, instituciones, documentos,* n.º 35, 2008.

CONTRERAS GAY, José: «El siglo xvii y su importancia en el cambio de los sistemas de reclutamiento durante el Antiguo Régimen». *Studia histórica: historia moderna,* n.º 14, 1996.

ESTEBAN ESTRÍNGANA, Alicia: «La ejecución del gasto militar y la gestión de los suministros: el abastecimiento de pan de munición en el ejército de Flandes durante la primera mitad del siglo xvii». *Le forze del principe: recursos, instrumentos y límites en la práctica del poder soberano en los territorios de la monarquía hispánica: actas del Seminario Internacional, Pavia*, 2000.

— «Gestión de tesorería y control de contabilidad militar: un balance para el ejército de Flandes en la primera mitad del siglo xvii». *Investigaciones históricas,* n.º 26, 2006.

GARCÍA HERNÁN, David: «El IV Centenario de la Armada contra Inglaterra. Balance historiográfico». *Cuadernos de Historia Moderna,* n.º 10, 1989-90.

GRACIA RIVAS, Manuel: «El apoyo sanitario a las tropas del Ejército Real en Aragón (1591-1592)». *Revista de historia Jerónimo Zurita,* n.º 65-66, 1992.

MENA GARCÍA, Carmen: «Nuevos datos sobre bastimentos y envases en armadas y flotas de la Carrera». *Revista de Indias,* vol. lxiv, n.º 231, 2004.

MESA GALLEGO, Eduardo de: «¿Revolución o evolución militar? Los ejércitos de la Monarquía Hispánica en la Guerra de los Treinta Años». *Desperta ferro,* número especial 1*,* 2012.

O'DONNELL, Hugo: «Los bastimentos de la Armada Invencible: su escasez como causa del fracaso». *Revista de historia naval,* año n.º 14, n.º 55, 1996.

PAZZIS PI CORRALES, Magdalena de: «Los Tercios en el mar». *Cuadernos de Historia Moderna. Anejos,* n.º 5, 2006.

QUATREFAGES, René: «Génesis de la España militar moderna». *Militaria, Revista de cultura militar,* n.º 7, 1995.

RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ, Antonio José: «Poner una pica en Flandes». *Desperta ferro. Historia moderna,* n.º 1, 2012.

SALAS ALMELA, Luis: «Baluartes, mosquetes y reclutas: Cuestiones en torno a la historiografía militar modernista (siglos XVI-XVIII)». *Gladius, XXI*, 2001.

SÁNCHEZ GOMEZ, Julio: «Abastecimiento y desabastecimiento de pólvora en España en el siglo XVI». *Studia histórica: historia moderna,* n.º 3, 1983.

SWART, Erik: «Estrategia, tácticas y organización de las tropas rebeldes holandesas (1566-1590)». *Desperta ferro. Historia moderna,* n.º 1, 2012.

THOMPSON, I. A. A.: «El soldado del Imperio: una aproximación al perfil del recluta español en el Siglo de Oro». *Manuscrits,* n.º 21, 2003.

WHITE, Lorraine: «Los Tercios en España: el combate». *Studia histórica: historia moderna,* n.º 19, 1998.

— «Guerra y revolución militar en la Iberia del siglo XVII». *Manuscrits,* n.º 21, 2003.

APORTACIÓN DE CALATAYUD Y COMARCA

Víctor Javier Sánchez Tarradellas
Teniente Coronel
Profesor de la Academia de Logística

Si bien el Camino Español discurría por las distantes tierras que enlazaban Milán con Flandes y los afamados tercios que lo recorrieron labraron su leyenda en lejanos campos de batalla europeos, no es imposible rastrear su estrecha relación con territorios del interior peninsular. Varios elementos nos permiten vislumbrar la conexión de la villa de Calatayud en los siglos XVI y XVII con la logística de los tercios y el Camino Español. En primer lugar, Calatayud constituía una importante encrucijada de caminos por el que transitaban armas y tropas. Por otra parte, en la comarca de Calatayud se encontraba uno de los más importantes centros de producción de pólvora de la época, elemento clave en la nueva forma de combate imperante, desde el que se abastecía el Ejército Real. Y finalmente, un elemento fundamental en el uso de las nuevas armas de fuego portátiles, las cuerdas o mechas de arcabuz, era producido en Calatayud como parte de su floreciente industria del lino y el cáñamo. Por otro lado, la evolución del arte de la guerra demandaba una gran cantidad de armas, proliferando las factorías para su producción, entre las que destacará Calatayud como notable centro armero.

Encrucijada de caminos

Calatayud era en el siglo XVI un enclave estratégico, siendo por su situación fronteriza entre Aragón y Castilla un punto de paso obligado de mercancías y viajeros. Ubicada en el centro de uno de los caminos de tránsito tradicionales de la Península Ibérica, la ciudad controlaba las comunicaciones que se efectuaban entre el noroeste y el sureste, y entre el centro y la depresión del Ebro.

Constituía, por tanto, un elemento sustancial en el trasiego de tropas y pertrechos que alimentaban la distante guerra de Flandes. Los bisoños soldados, reclutados por comisión en el principal semillero de tropas que eran los pueblos de Castilla, eran embarcados en el puerto de Barcelona. Les esperaba una corta aunque incómoda travesía a través del Mediterráneo hacinados en las galeras de Rey. Su destino, la república aliada de Génova y de ahí a Milán, punto de partida del Camino Español. Hasta Barcelona, tenían desde los puntos de reclutamiento un dilatado recorrido por los polvorientos caminos de España. En el corredor del Jalón que ponía en comunicación Castilla y

Aragón, Calatayud suponía un alto en el camino, lugar de reposo y reavituallamiento para los fatigados contingentes. La población de la villa había de cumplir debidamente con la exigencia real que obligaba a sus súbditos a alojar a los soldados, proporcionándoles agua, sal, aceite, vinagre y asiento a la lumbre.

Las tropas para llegar a Barcelona utilizaban el Camino Real de Aragón, que unía Castilla y el sur de España con Aragón y Cataluña.[1] Pistas polvorientas, convertidas en lodazales con la menor lluvia y con un accidentado firme por el que traqueteaban penosamente los pesados carros de la impedimenta.

Asedio de Breda, 1625. Fuente: Siege of Breda.jpg

Durante la marcha, las tropas se sustentaban con la comida que adquirían a los lugareños; se alojaban en las casas de las poblaciones por las que pasaban y su bagaje era transportado en carros contratados a los arrieros locales. Tras las largas y esforzadas jornadas que implicaba el viaje, Calatayud, la población más importante entre Madrid y

1 El Camino Real que discurría por Ariza, Calatayud, Zaragoza y Fraga. En Marranchón había una bifurcación con una ruta más meridional que transitaba por Daroca y Cariñena.

Zaragoza permitiría a los nuevos reclutas disfrutar de las comodidades que la villa podía ofrecer, reponiendo fuerzas para afrontar las siguientes etapas.

No solo las tropas recién reclutadas utilizaban Calatayud como etapa de su trabajoso viaje. Existe constancia documental de que Calatayud era punto importante de paso de armas. Como las Reales Cédulas expedidas por Felipe II para facilitar el paso fronterizo entre Castilla y Aragón de picas y arcabuces, fabricados en la provincia de Guipúzcoa y el Señorío de Vizcaya.[2]

La producción de armas había adquirido una gran importancia en las provincias Vascongadas desde fines del siglo xv. Se había desarrollado la manufactura de armas defensivas (arneses de caballería, coseletes...) en la zona de Markina, de armas blancas en el Duranguesado y en la zona de Tolosa, y de armas de fuego portátiles en la cuenca del Deba, convirtiendo la zona de Placencia de las Armas en uno de los principales centros armeros de Europa.[3]

Ferrerías, fraguas, montes para carbón, medios de transporte, técnicas de fabricación, todo esto y más elementos que eran precisos para poder fabricar armas se juntaban en una zona muy localizada. Unas poblaciones se especializaron en picas, otras en morriones y coseletes, y las más cercanas a Placencia en arcabuces y mosquetes. Esta actividad, que se mantuvo floreciente durante siglos, permitía que en esta zona se hicieran miles de armas para abastecer a los ejércitos de la Monarquía Hispánica.

La Monarquía de los Austrias intentará monopolizar el ejercicio de la guerra, controlando todo lo relacionado con armas y recursos. Así sucederá con la fabricación de armas. El veedor, representante de la corona encargado de velar por la calidad de las armas, seguía todos los pasos del proceso, desde las condiciones de fabricación hasta su posterior examen y puesta en ruta rumbo al destino programado. Los asientos con los armeros se formalizaban a través del veedor, auxiliado por un contador que se encargaba de los pagos y un escribano que redactaba los contratos.

La capacidad de la zona de Vizcaya y Guipúzcoa, quizá eclipsada por la mayor fama de Toledo, era más que considerable. Uno de los veedores afirmaba que podían hacerse dieciocho o veinte mil arcabuces al año, dos o tres mil mosquetes y quince o veinte mil picas.[4] Tampoco andaba muy a la zaga de otros centros de producción europeos la calidad de las armas fabricadas.

---

2 Permiso a Calatayud (Zaragoza) para sacar armas de Guipúzcoa y Vizcaya (Servicio Histórico Militar [AGMM, Depósito Histórico, Signatura 6657.393]) y Licencia a Calatayud (Zaragoza) para comprar arcabuces y picas (AGMM, Depósito Histórico, Signatura 6657.207).

3 En 1573, el monarca Felipe II elevó la fabricación tradicional de la zona al rango de Real Fábrica de Armas.

4 El más conocido de estos veedores, Lope de Elio, nombrado en Marzo de 1576 y que se mantuvo en el puesto durante quince años, afirmaba que «*La fábrica de las armas está puesta en tan buen punto que si fuese nesçesario se pueden azer diez y ocho o veynte mill arcabuzes al año, y dos o tres mill mosquetes y quince o veynte mill picas*».

El transporte de estas armas, montadas bajo estricto control de los veedores reales, se hacía usualmente en mulas. Enormes reatas de acémilas que discurrían esforzadamente por los caminos en penosas jornadas. Sin embargo, cuando había que transportar picas se hacía preciso el concurso de pesados carros, debido a la gran longitud que alcanzaba la piquería que hacía imposible su acomodo a lomos de caballerías. Entorpecidos por estos voluminosos carros, los convoyes de armas progresaban con ingentes apuros por las incómodas vías de la época.

A las dificultades propias de los viajes en carro, se añadían las que se podían presentar por problemas jurisdiccionales, lo que suponía demoras suplementarias y los consiguientes gastos. La salida de armas hacia Aragón ofrecía, según se traduce de la documentación notarial, más trabas de las habituales, ya que se hacía preciso proporcionar «licencias de paso». Por el corredor del Jalón se regulaba gran parte del tránsito de mercancías entre Castilla y Aragón, constituyendo Calatayud un puesto fronterizo. La aduana de Calatayud se encontraba situada junto a las murallas de la ciudad y cerca de su puerta de acceso. De las cuatro principales puertas de la ciudad: Soria, Alcántara, Zaragoza y Terrer, sería esta última la que permitiría controlar el tráfico de mercancías procedente de Castilla. Un lugar estratégico desde el que no era difícil controlar a los individuos que salían y entraban portando productos para comerciar. En ella se cobraban dos gravámenes, el impuesto de generalidades, que administraba la Diputación del Reino,[5] y el de peaje, que se pagaba al Rey.[6] Para la recaudación de estos impuestos se instalan en las zonas fronterizas de Aragón unas aduanas denominadas *collidas*, agrupadas en seis circunscripciones superiores o *sobrecollidas*. Una de las principales era la sobrecollida de Tarazona-Calatayud.

Las Reales Cédulas anteriormente comentadas iban dirigidas a «*diezmeros, aduaneros, portazgueros y a otros ministros que están en la guarda de los pasos que hay entre los Reinos de Castilla y el de Aragón*», con el objeto de agilizar los trámites, evitar escollos burocráticos y facilitar el paso de las armas. Calatayud constituía por tanto un enclave fundamental en el trasiego de estas armas hacia sus puntos de destino, principalmente unidades de guarnición peninsular y tropas en tránsito.

Pero el tráfico de armas por Calatayud era preponderantemente exportador. Se enviaban a Castilla diversas armas, ofensivas y defensivas, y sus accesorios. Ya en el siglo xv, se citan como objetos principales de este comercio: ballestas, arcos, dardos, puñales y

5 Como *derecho del general, dreytos de las Generalidades* o denominaciones similares se conoce el impuesto de aduanas sobre la importación y exportación. El nombre alude a la ausencia de exenciones fiscales, pues como impuesto indirecto alcanza a todos los estamentos y personas.

6 Se trataba del *portazgo*, recogido en los fueros de Calatayud otorgados por Alfonso I en 1131, impuesto con el que se gravaban las mercancías o ganados en aquellos lugares aduaneros situados en las puertas terrestres de las poblaciones. En Calatayud también se cobraba la *quema*, impuesto que gravaba los flujos comerciales entre Castilla y Aragón.

espadas; también salen piezas de armadura: manoplas, guardabrazos, mallas, guantes, hebillas de coraza y toda una serie de materiales auxiliares: aljabas, cuerdas para arco, guarniciones de espada, hierro de dardos, hierro de Flandes, vainas y tablas de espada, pólvora de Chipre…[7]

Calatayud, cuna de armeros

Pero, además de punto de tránsito de estas armas, Calatayud destaca también como centro productor. Numerosos artesanos locales vinculaban su actividad a la fabricación de armas. Enrique de Leguina compara la producción en Calatayud con la legendaria de Toledo, citando incluso algunos prestigiosos maestros espaderos, como Andreas Munsten[8] y Luis de Nieva, que labraron en ambas ciudades.[9] Antonio García Llansó en su *Armas y armaduras*[10] cita, entre los lugares en que las espadas labradas gozaban de general estimación, a Calatayud, donde también forjaron espaderos toledanos. Félix de Latassa Ortin[11] habla de los famosos artífices cuchilleros y espaderos de Calatayud, citando de nuevo como más afamados en el siglo XVI a Nieva y Munester.

Otro celebre espadero que trabajó en Calatayud y Toledo, según afirma Peláez Valle, fue el converso Julián del Rey, cuya marca denominada del *perrillo* se encuentra en armas célebres, como el estoque de justa del emperador Carlos y una espada atribuida a Hernán Cortés, ambas depositadas en la Real Armería.[12] Vicente de la Fuente, en una descripción de la ciudad de Calatayud en el siglo XVI, cita entre los oficios más en boga el de espadero.[13]

Una buena espada necesitaba ser ligera, nada quebradiza, dura y flexible. Estas condiciones tan dispares solo las puede reunir un acero convenientemente tratado. El temple, el tiempo de inmersión medido en avemarías en el agua adecuada, era crucial. Y parece que las aguas del Jalón reunían para ello unas condiciones excepcionales. De Calatayud se decía que *«Fue de antiguo también muy celebrada esta ciudad por el excelente temple que sus aguas dieron al acero, del cual metal hubo grandes oficinas y armerías…».*[14]

---

7 María del Carmen García Herrero, *La aduana de Calatayud en el comercio entre Castilla y Aragón a mediados del siglo XV.*

8 También citado como Andrés Munester.

9 En sus obras: *Los maestros espaderos*, de 1897 y *Glosario de voces de armería*, de 1912.

10 Barcelona, 1895.

11 En su *Biblioteca antigua de los escritores aragoneses que florecieron desde la venida de Cristo hasta 1500*, de 1796.

12 José María Peláez Valle, que también considera a Calatayud un importante centro espadero, en el artículo citado en la bibliografía.

13 Vicente de la Fuente Alcántar, *Historia de Calatayud*, 1880.

14 *Discursos de medallas y antigüedades* de Martín de Surrea y Aragón, Duque de Villahermosa, escrito en 1902.

En 1568, Ximénez de Urrea, que sirvió a Carlos V en sus campañas de Flandes, Italia y Alemania, cantaba el fino temple de las armas de los celtíberos conseguido en las frías aguas del Jalón en Calatayud:

> Y aquellos habitantes de la antigua
> Y celebrada Bílbilis armígera
> En cuyas aguas dan a los metales
> De fino acero, duro, eterno temple[15]

Bartolomé Leonardo de Argensola, el poeta oscense, loaba también esta fama al afirmar de la augusta Bilbilis (en la que hacen *«tus preciosos arroyuelos fuertes las armas con el noble baño»*) que era:

> Terreno, en cuyos sacros manantiales
> Suele Marte bañar yelmos y arneses
> Y de altas picas las ferradas mieses
> Para volver diamantes sus metales[16]

Efectivamente, data de época prerromana la fama de las factorías de armas ubicadas a orillas del Jalón. La habilidad de los artesanos celtíberos de la zona de Calatayud en la fabricación de armas, encuentra un notable ejemplo en los cascos de tipo hispanocalcídico expoliados en el término de Aranda de Moncayo. Son obras de gran belleza, procedentes de la ciudad celtibérica de Aratikos,[17] realizados en un bronce ternario, rico en estaño y pobre en plomo. Estos cascos metálicos constituyen una rareza, serían utilizados exclusivamente por una élite guerrera como un claro elemento de ostentación y prestigio.

Esta tradición de fabricación de armas, iniciada por el pueblo celtíbero, tendrá su continuación durante la dominación romana. En España eran famosas las *espadas Bilbilis* (Calatayud) y *Turisona* (Tarazona), ya que tenían un temple excelente, debido a la pericia de los herreros de aquella época.

Esto es corroborado por el propio Marcial cuando se refiere a *«…mi querida Bilbilis, soberbia por su oro y por su hierro»* y *«famosa por sus caballos y sus armas»,* diciendo del Jalón que *«…congela y endurece al mismo hierro».*[18] En otra ocasión, afirma que el duro metal de la encumbrada Bilbilis[19] superaba en dureza y mejor temple a otras factorías de

15 Gerónimo Ximénez de Urrea, *Canto al fino temple de las armas de los celtíberos*, 1568.

16 *Rimas del doctor Bartolomé Leonardo de Argensola,* Ramón Fernández, 1786.

17 Aratikos jugó un papel importante en la guerra entre celtíberos y romanos que culminó con la toma de Numancia en el año 133 a. C.

18 *Epigramas,* Marco Valerio Marcial.

19 Bilbilis, nombre de la ciudad celtíbero-romana asentada en el cerro de Bámbola a unos seis kilómetros de Calatayud.

hierro célebres de su tiempo. También Plinio se hace eco cuando, hablando del valor del agua donde es sumergido el hierro cuando está candente, cita como lugares célebres a Bilbilis y Turiaso, comparándolas con la italiana Como.[20]

> Sin embargo, la mayor diferencia está en el agua en la que con frecuencia se sumerge el hierro candente. Esta más eficaz fama del hierro ha dado a conocer en todas partes lugares como Bilbilis y Turiaso en Hispania y Como en Italia, aunque en estas zonas no haya minas de hierro.[21]

Justino, compendiador de Trogo Pompeyo, elogia también esta industria afirmando de los habitantes de la actual Galicia que no admitían dardo ni venablo que no se hubiera templado en las aguas de Bilbilis.[22] El mismo Justino afirma que el admirable temple de las espadas españolas se lo daban las aguas de los ríos Birbilis y Cálibe.[23]

> Estos tienen, sin duda, un mineral de hierro excelente, pero más fuerte que el propio hierro es el agua, como que, templado con ella, el hierro se vuelve todavía más duro, y entre ellos no se considera buena ninguna arma que antes no ha sido sumergida en el río Birbilis o en el Cálibe. Por ello son también llamados cálibes los ribereños de este río y se dice que son superiores a los demás por la calidad del hierro.[24]

Esto es corroborado por los hallazgos de las excavaciones realizadas en el valle de Campiel, en las proximidades de Calatayud, en las que entre otros restos arqueológicos, medallas y restos de estatuas, se hallaron hojas de espada.[25]

Estas instalaciones férreas de los romanos serán las precursoras de las industrias de armas medievales. Ya en el siglo xv, las excelentes condiciones de Calatayud propiciaron la proliferación de oficios relacionados con el tratamiento de los metales. Francisco Javier García Marco[26] hace referencia al potente gremio de herreros moros de Calatayud en el siglo xv, en el que destacaban ballesteros (Mahoma el Ruvio, Farach el Ruvio, Mahoma Farax…) armeros (Brahem de Aytona…), herreros (Muça de Medina, Muça Almatar, Brahem de Medina, Hali el Rasçoso…) y guarnecedores, indicando una fuerte especialización profesional y un mercado potente para dar salida a la producción.

En el siglo xvi, la producción local de armas obedecía en primera instancia a la necesidad de proporcionar una panoplia adecuada al cupo de hombres con el que Cala-

---

20 Citado en el *Diccionario geográfico-histórico de la España antigua, tarraconense, bética y lusitana* de Miguel Cortés López, 1836.

21 Gayo Plinio Cecilio Segundo, conocido como Plinio el Viejo, *Historia Naturalis* XXXIV, 144; este texto de Plinio es citado por San Isidoro de Sevilla en sus *Etimologías*.

22 Cortés López, *op. cit.*

23 *Birbilis* sería el nombre celtibérico del río Jalón, que daría nombre a la ciudad de Bilbilis. y *Cálibe* se referiría al actual Queiles, que pasa por Tarazona.

24 Marco Juniano Justino, *Epitoma historiarum Philippicarum Pompei Trogi,* XLIV, 3, 8.

25 Información procedente de *Los maestros espaderos*, Enrique de Leguina, 1897.

26 *Las comunidades mudéjares de la comarca de Calatayud en el siglo xv.*

tayud y su comarca estaban obligados a servir al rey. Antonio Vallecillo, en el tomo XIII de la Legislación Militar de España proporciona un documento, extraído de un legajo de la Biblioteca Nacional,[27] con una relación de hombres y armas que había el 10 de noviembre de 1577 en el Reino de Aragón para el servicio de su majestad. Las listas libradas en el entorno de Calatayud reflejan una cantidad importante: 1.400 hombres para Calatayud y 5.508 para el total de la comarca. El cómputo de armas disponibles para dotar a estos potenciales soldados es de consideración: 3.467 arcabuces, 1.375 ballestas y 2.093 picas. Este importante arsenal da fe de la relevancia que la industria armera tenía en Calatayud y su Comunidad en esta época.

Había más de quince puñaleros y espaderos que confeccionaban armas blancas y varios escopeteros que suministraban arcabuces, pedreñales,[28] pistolas y escopetas.[29] Pero la manufactura armera que más fama dio a Calatayud era una pieza defensiva, el capacete. Un casco sin cresta ni visera, a veces terminado en punta, parecido al morrión, aunque de forma más esférica, chata o aplanada.[30] Carecía de protección para el rostro, pero permitía una visión sin obstáculos al frente, por lo que fue muy utilizado por los ballesteros y más tarde por arcabuceros y mosqueteros. De origen morisco, inicialmente eran de cuero reforzado con hierro sobre un capuchón de malla. Posteriormente, se empezaron a confeccionar en acero. Los progresos alcanzados en la metalurgia permitían formas más evolucionadas, adoptando un aspecto más apuntado para eludir al máximo los golpes directos.

La infantería española lo utilizo frecuentemente durante los siglos XVI y XVII, llevándolo asegurado con un barboquejo. También lo adoptaron muchos caballeros, que lo preferían al yelmo por ser más ligero, especialmente en paradas, justas y torneos. Esto justificaría la rica decoración de algunos de los ejemplares conservados, en los que suele figurar una banda con inscripciones religiosas o divisas nobiliarias.

Es habitual encontrar en las fuentes cristianas del Medievo alusiones a los excelentes y famosos yelmos elaborados en Calatayud, manufactura que parece estuvo en manos musulmanas hasta la época del rey Fernando el Católico.[31]

Los capacetes que tradicionalmente, aunque no siempre con pruebas concluyentes, se atribuyen a los centros de producción aragoneses de Castejón de las Armas y Calata-

---

27 Biblioteca Nacional, Códice D, 78, f. 4.

28 Arma de fuego, corta y manejable, que empleaba llave de chispa y fue utilizada en los siglos XVI y XVII.

29 Algunos de estos maestros armeros eran oriundos del Bearne, como un personaje conocido de la época, Leonardo Chavasier, abuelo del pintor Jusepe Leonardo.

30 Definición procedente del *Glosario de voces de armería,* de Enrique de Leguina y Vidal, de 1912.

31 A ello hace referencia la danesa Ada Bruhn de Hoffmeyer, prestigiosa especialista en la historia de las armas, en su *Arms and Armour in Spain. A short survey,* de 1982.

yud solían llevar unas características marcas en forma de huella de palmípedo y se describen como de calva cónica y ala caída.[32] Estos capacetes de guarniciones metálicas constituyen la producción hispana más característica de la época de los Reyes Católicos.[33] Combinaban la plasticidad que proporcionaban sus sencillas guarniciones con un evidente carácter funcional. Muy utilizado en el siglo xv, se alude, por ejemplo, al *capacete de Calatayud* como parte del equipo de jinete de las tropas concejiles movilizadas en Córdoba para la Guerra de Granada.[34] Matthias Pfaffenbichler menciona un taller de yelmos en Calatayud, como uno de los más destacados de la Península Ibérica en época medieval, que tenía como marca de fábrica una pata de cuervo.[35] José María Marchesi, en su catálogo de la Real Armería de Madrid, atribuye a tres ejemplares de la colección origen bilbilitano, afirmando que los capacetes se hacían en varios puntos de España; pero la mejor fábrica era al parecer la de Calatayud.[36]

En el Kunsthistorisches Museum de Viena existe un soberbio ejemplar, atribuido a Fernando el Católico y con inscripciones alusivas a la conquista de Granada, que por sus marcas es considerado de origen bilbilitano.[37] Este capacete está datado en 1490 y es que los ejemplos más notables, verdaderas obras de orfebrería que dieron fama a Calatayud, se enmarcan fundamentalmente en el último tercio del siglo xv.

Otro notable ejemplar está depositado como trofeo en la Catedral de Toledo. Corresponde a la armadura del alférez Duarte de Almeida, portador del pendón real de Alfonso V de Portugal en la batalla de Toro en 1476. Atribuido a Calatayud, presenta las características marcas de huella de palmípedo.

La Monarquía Hispánica nació en 1479 de la unión dinástica de la Corona de Castilla y de la Corona de Aragón gracias al matrimonio de sus respectivos soberanos, Isabel y Fernando.[38] Desde entonces fue incorporando progresivamente territorios en Europa, Asia y América, hasta constituir un imperio universal. Esta enorme expansión llevo a un estado de guerra casi permanente. Parecía que todas las naciones habían de levantar sus ejércitos para acabar con su supremacía. *Todos contra Nos y Nos contra todos*.[39] La hege-

---

32 Información procedente del texto publicado por la Real Academia de la Historia, *Antigüedades medievales* de Jorge A. Eiroa Rodríguez.

33 Ya Paul Martin en *Armes y armures. De Charlemagne a Louis XIV* (1967), destaca los *chapel de fer* que se fabricaron en Calatayud desde comienzos del siglo xv.

34 Citado en el texto de la Universidad de Córdoba, *Los servicios sustitutivos en la Guerra de Granada: el caso de Córdoba (1460-1492)*, de José Luis del Pino García y Ricardo Córdoba de la Llave.

35 En su libro *Armeros (artesanos medievales).*

36 *Catálogo de la Real Armería*. José María Marchesi, 1849.

37 Imagen: capacete.jpg.

38 Isabel y Fernando habían contraído matrimonio diez años antes (19 de octubre de 1469), siendo todavía herederos de los tronos de Castilla y Aragón.

39 Divisa que figuraba en las medallas del rey Felipe IV.

monía militar precisa para mantener tan enorme imperio disparó la demanda de armas para equipar al gran número de soldados necesarios. Es en este marco de expansión en que la producción de armas en Calatayud encontrará la oportunidad de sobresalir. No solo se requería una gran cantidad de armamento, sino también una adecuada calidad. El armamento de la época además de su función de combate aportaba un importante componente de distinción. Esto hacía que todo aquel que se lo pudiera permitir, soldado, capitán o maestre de campo, adornara su panoplia con los elementos más finamente labrados y mejor ornamentados. Por ello, los capacetes de Calatayud, con grabados al ácido y vistosas florituras tuvieron una gran aceptación como magníficas obras de orfebrería. Así, ya en el siglo xv, a Calatayud se le conocerá como centro de importancia en la fabricación de capacetes y morriones. Y más adelante, gozará de fama internacional en el mundo, particularmente entre los lansquenetes de Maximiliano I de Austria y otros reyes y príncipes de Europa, que compraban capacetes (*Spanische Helme, Spanische Cabassets*) en los famosos talleres de Calatayud.[40]

Capacete, casco español de infantería del siglo xv, probablemente fabricado en Calatayud hacia 1490. Fuente: Capacete.jpg

40 Ada Bruhn de Hoffmeyer, *Las armas en la historia de la reconquista*, 1988.

Tan popular eran estas armas fabricadas en Calatayud que se citan en algunas obras literarias, como en estos versos del canto épico *Las naves de Cortés destruidas*, de Nicolás Fernández de Moratín:

> Adornados de bandas y plumeros
> tremolaban galanes y animosos
> de oro en bilbilitanos capacetes
> garzotas[41] entre blancos martinetes.

En estos otros del literato decimonónico Ángel de Saavedra, Duque de Rivas, en su poema romántico *La lid*:

> Con un bilbilitano capacete,
> de rojas plumas el crestón ornado,
> demuéstrase destrísimo jinete…

Y en *La Celestina,* donde se nombran junto a los broqueles de Barcelona y los casquetes de Almazán:

> Si mi espada dijese lo que hace, tiempo le faltaría para hablar. ¿Quién sino ella puebla los más cimenterios? ¿Quién hace ricos los cirujanos de esta tierra? ¿Quién da contino quehacer a los armeros? ¿Quién destroza la malla muy fina? ¿Quién hace riza de los broqueles de Barcelona? ¿Quién rebana los capacetes de Calatayud, sino ella, que los casquetes de Almacén así los corta como si fuesen hechos de melón?[42]

Pero las armas confeccionadas en Calatayud, capacetes morriones, espadas o picas, no son la única aportación que la zona hará para equipar adecuadamente a guardas, milicias o tercios. La utilización de armas de fuego, que se impone progresivamente, requiere el suministro de un nuevo artículo en grandes cantidades, la pólvora.

Producción de pólvora

En el transcurso del siglo XVI el uso de las armas de fuego va ganando paulatinamente terreno hasta constituir un elemento clave en el combate. Esto hará que la pólvora pase de ser un producto inusual a convertirse en uno de los artículos primordiales en la práctica de la guerra. El nuevo ejército surgido de la revolución militar moderna incrementara la demanda de pólvora al ritmo de la participación creciente de España en los conflictos bélicos europeos.

Para hacer frente a estas necesidades de pólvora se crearán varios centros de fabricación por cuenta del Rey y una serie de molinos en manos de particulares. Ya hemos

---

41 Plumaje o penacho que se usa para adorno.

42 *Tragicomedia de Calisto y Melibea* o *La Celestina*, de Fernando de Rojas, 1502.

comentado el control que se realizaba sobre la producción de armas, otro de estos monopolios será la fabricación de pólvora, sometida a estanco y convertida en una regalía de la Corona.[43] Esta regalía implicaba reservarse en exclusiva, no solo el proceso de elaboración, almacenaje, adjudicación y venta de pólvora, sino también la extracción de sus ingredientes: salitre, carbón vegetal y azufre.[44]

Tratado militar alemán de 1597. Fuente: Fotothek df tg 0002868 Kriegskunst ^ Feuerwerk.jpg

Esto implicaba agrupar la producción en centros controlados por la administración. Estos eran los de Burgos,[45] Cartagena y, muy especialmente, el de Málaga. Durante el

43 Ya desde el reinado de los Reyes Católicos.

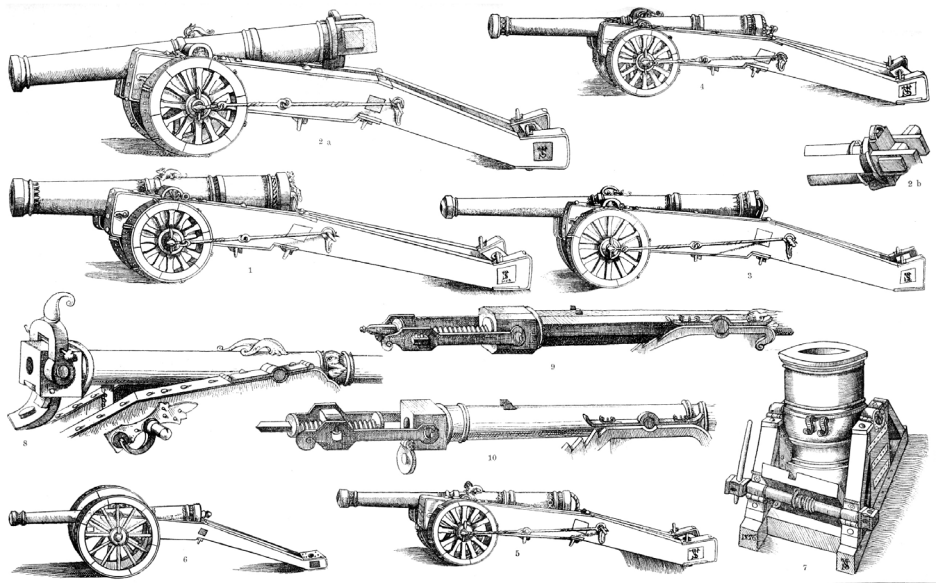
44 La fórmula empleada más habitualmente en la fabricación de pólvora, denominada «de buena pólvora», es una composición de nueve partes de salitre (nitrato de potasio), una y media de azufre y una y media de carbón vegetal.

45 La más antigua Real Fábrica, databa de 1520 según algunos autores.

siglo xvi la institución encargada de inspeccionar la fabricación, almacenamiento y abastecimiento de pólvora era la Capitanía General de Artillería, órgano que rendía cuentas directamente al Consejo de Guerra.

Ante la imposibilidad de atender la demanda únicamente con estos molinos de titularidad regia se tendrá que recurrir a los contratos de aprovisionamiento con asentistas privados a los que se concedían licencias especiales para la compra de salitre y la fabricación de pólvora para la administración real en exclusividad.

Entre estos centros destaca el complejo de molinos de fabricación de pólvora existente en Villafeliche,[46] un lugar de señorío del Marquesado de Camarasa en las proximidades de Calatayud. Aunque las primeras pruebas documentales de su existencia datan del siglo xvii, parece que la producción de pólvora en esta villa es muy anterior, remontándose al siglo xv ligada a la presencia de población mudéjar.[47]



Artillería del siglo xvi. Fuente: 16th Century Artillerie.jpg

A diferencia de otras fábricas la gestión era mixta. Los molinos eran de propiedad privada, pertenecientes a varios titulares. La acequia que los movía era comunal y todo

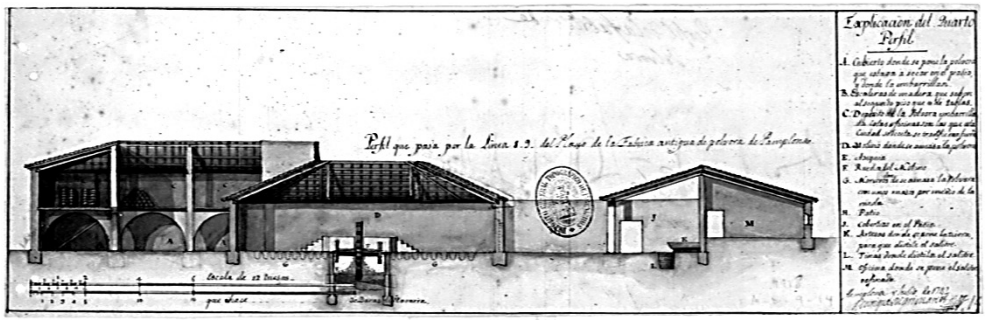
46 Conocido como «el pueblo de la pólvora».

47 Álvaro Zamora, María Isabel, *La alfarería y producción de pólvora en Villafeliche (Zaragoza): su interrelación y proyección hacia América (Nueva España).*

el conjunto era gestionado por la administración real que controlaba la producción, abastecimiento de materias primas y concesión de licencias.[48] Ya en el siglo xvii recibirían la denominación de Reales Fábricas de Pólvora.

La producción de pólvora en territorio nacional atendía principalmente la demanda de las guarniciones en defensa de las fronteras. Los ejércitos españoles acantonados en territorios europeos se nutren fuera de España, principalmente en los territorios que ocupan, con preferencia en los dos grandes centros de producción que constituían Flandes y Milán. Parece por tanto que, salvo en ocasiones excepcionales, las tropas que transitaban por los caminos de Aragón hacia el escenario bélico de Flandes no se proveerían de pólvora en su paso por Calatayud. Avala esta hipótesis el hecho de que los soldados recién reclutados solían portar como único armamento espadas, suministrándose picas y armas de fuego al embarcar o incluso al llegar a Flandes. No obstante, está documentado que ocasionalmente las necesidades del Ejército de Flandes no se cubrían con la pólvora adquirida en Flandes o Milán. No parece descabellado, por tanto, afirmar que esporádicamente la pólvora fabricada en los molinos de Villafeliche podría complementar el suministro de los tercios en sus actuaciones en los campos de batalla europeos.

Villafeliche llegaría a ser, junto a Granada, Murcia y Manresa, el principal centro productor de pólvora de España. En el siglo xviii se afirmaba que la Real Fábrica de pólvora de Villafeliche era la más importante de España en su género.[49] Se elaboraba una pólvora de excelente factura originando el dicho popular de *«arde mejor que la pólvora de Villafeliche».* Tal era su calidad que era utilizada en las cacerías reales e incluso Felipe V se la enviaba a Nápoles al futuro Carlos III.[50]



Plano de la Fábrica antigua de pólvora de Pamplona. Cartoteca del AGMM, signatura NA-2/16

48 Este modelo de explotación resultó tan rentable que fue exportado a las fábricas coloniales de América y Filipinas.

49 Miguel López, Isabel, *El sector manufacturero aragonés en el censo de 1784*.

50 *Catálogo de Arcabucería Madrileña (1687-1833): Real Armería de Madrid*, Álvaro Soler del Campo, 2006.

La producción se basaba en el aprovechamiento de la fuerza motriz del río Jiloca, el salitre procedía de Épila, el azufre de las minas de Villel y Libros en Teruel y el carbón vegetal era elaborado por los propios lugareños a partir de sarmientos de vid, ramas de sauce y el muy abundante cáñamo. Las Reales Fábricas llegaron a contar, en su época de mayor apogeo, con casi 200 molinos, siendo clausuradas definitivamente en 1830 por el rey Fernando VII, después de haber jugado un importante papel en la Guerra de la Independencia. La producción continúo de forma marginal y clandestina hasta bien entrado el siglo xx.

En lugar de fabricar la pólvora en un recinto cerrado, lo habitual en otros lugares, en Villafeliche se adoptó un procedimiento original. La producción se hacía al aire libre, aprovechando un valle cerrado a resguardo del viento, mediante un sistema de pequeños molinos en serie. Los molinos eran independientes entre sí para evitar detonaciones en cadena. Eran de construcción muy sencilla para disminuir todo lo posible los estragos de una explosión. Pequeñas estructuras de planta rectangular, ocupaban una superficie de unos seis metros cuadrados con una cubierta a un agua, de cañizo y tejas árabes. En sus muros de mampostería se encajaba un eje que era movido por una acequia, alimentada mediante un azud de las aguas del Jiloca, que conectaba todos los molinos. El proceso de fabricación duraba unos ocho días, en los cuales se batía en un mortero de piedra con mazas de madera la mezcla del salitre, carbón y azufre humedecidos. Posteriormente se cribaba el resultado secándolo al sol. Finalmente la pólvora obtenida era envasada en vasijas de barro, fabricadas en el propio lugar. Además de alfareros, la fabricación de pólvora mantenía en la localidad la actividad de otros oficios, como tejedores de lienzos que utilizaban el cáñamo para obrar sacos para embalaje, cereros que producían el papel de estraza preciso para el empapelado de la pólvora, carboneros y trajineros para su transporte.

Con la generalización del uso de armas de fuego portátiles se hará preciso proveer, además de pólvora, otro nuevo elemento: las mechas o cuerdas de arcabuz.

Abastecimiento de cuerdas de arcabuz

Aparece por primera vez documentado el uso de armas de fuego en España en 1343, en el sitio de Algeciras por Alfonso XI de Castilla. Los sitiadores refirieron haber recibido bolas de hierro y proyectiles ardientes disparados por unos artefactos a los que denominaron truenos.

Uno de los primeros usos de estas nuevas armas documentados en España corresponde al sitio de Calatayud en 1362, durante la cruenta guerra entre Pedro I de Castilla y Pedro IV de Aragón. Progresivamente se fue adoptando el uso de estas nuevas armas, hasta que a lo largo del siglo xv se generalizó su empleo, multiplicándose sus formas y tamaños.

Más adelante, se da un gran paso con el invento de un mecanismo que permite sujetar la mecha encendida al arma. Estas llaves de mecha hacen posible que surjan las primeras armas portátiles. Mediante una pieza en forma de S, el serpentín o sierpe, se sujetaba la mecha encendida lejos del fogón permitiendo mantener el arma dispuesta para el disparo. Oprimiendo una palanca el serpentín acercaba la mecha a la cazoleta y el arma disparaba.[51] Este sencillo mecanismo permitía el funcionamiento de los primeros arcabuces, arma de fuego de la infantería hasta mediados del siglo xvii. La llave de mecha seguiría utilizándose hasta el posterior invento de la llave de rueda, que sustituía la mecha por un pedernal.[52]

Arcabucero disparando con un arma de llave de mecha. Fuente: Mouscetair2.jpg

51 Al contacto con la mecha, la pólvora fina que había en la cazoleta se encendía con un vivo fogonazo y, a través del oído, llegaba hasta el interior del cañón provocando el disparo.

52 No fue hasta la década de 1670 cuando la más moderna llave de pedernal sustituyó a la llave de mecha, más sencilla y económica, aunque de uso más farragoso y peligroso.

Los primeros arcabuces, y también los posteriores mosquetes, requerían el uso de cuerdas, trozos de mechas de combustión lenta que se fijaban en el extremo del serpentín para provocar la ignición de la pólvora. Estas mechas se confeccionaban con cuerda de lino o de cáñamo empapada en una solución de salitre y puesta a secar.

Se gastaba mucha cuerda ya que, cuando se discurría por territorio hostil o se barruntaba la proximidad del enemigo, los arcabuceros llevaban las cuerdas prendidas para poder hacer fuego con prontitud. En las centinelas era común medir el paso del tiempo por las pulgadas de cuerda que se quemaban.[53] El consumo era tan importante que la cuerda de arcabuz se suministraba por quintales.[54]

Mosquetero colocando una cuerda encendida. Fuente: Aanwijzing 14 voor het hanteren van het musket - V lont afneemt (Jacob de Gheyn, 1607).jpg.

53 Se calculaba que un soldado de ronda en la muralla podía consumir en un día hasta una libra de cuerda, que sería unos diez metros.

54 Un quintal, 100 libras castellanas, es una medida de peso equivalente a algo más de 46 kilogramos.

En 1579, durante el asedio de Maastricht, una salida de los sitiados sorprendió a los soldados españoles en las trincheras con las cuerdas de los arcabuces muertas (apagadas). Esta circunstancia costó la vida a muchos de ellos. El hecho parece que no se debió a descuido de los arcabuceros, sino a que andaban escasos de cuerda debido a que no se les había entregado, a cuenta de su soldada, en cantidad suficiente. Hechos como este corroboran que el adecuado suministro de estas mechas resultaba vital para el uso de arcabuces y mosquetes, armas cruciales en las nuevas tácticas que otorgaron la primacía a los tercios españoles.

Para confeccionar las mechas de arcabuz en la cantidad requerida se necesitaba una producción importante de su principal materia prima, el cáñamo.[55] Este cultivo gozó de enorme importancia en Calatayud. La existencia en la ciudad de numerosos oficios relacionados con el cáñamo, como alpargateros, cordeleros o sogueros, da fe de la gran implantación de esta planta. Su cultivo en Calatayud era muy antiguo, lo prueba el hecho de que una sentencia arbitral de 1342 condenase a los moriscos de Terrer a pagar un diezmo en este género. Y es que, las tierras de Calatayud y del Jiloca hasta Villafeliche eran excelentes para el cultivo del cáñamo, pues se habían formado de las descomposiciones de montes de yeso. Alrededor de una veintena de talleres se dedicaban a la producción de cuerdas y sogas. Se daba mucha importancia a la calidad del producto, como lo demuestra que el concejo designase dos veedores de cáñamos para velar porque se cumpliesen las condiciones de confección y venta estipuladas por los diputados de la ciudad.

La industria del cáñamo en Calatayud permitía diversos usos. Los más conocidos se relacionan con la fabricación de lonas y maromas que requerían en enormes cantidades los buques de la época, y con los que se hacía un floreciente comercio. Menos conocido es su uso en la confección de cuerdas de arcabuz, pero existen documentos que acreditan la adquisición de importantes cantidades de este producto en Calatayud.[56]

En definitiva, puede concluirse con estos ejemplos que una villa de la importancia que tenía Calatayud en los siglos xvi y xvii,[57] y con su estratégica situación en uno de los principales ejes de paso peninsulares, sin duda tenía que aportar una contribución notable al sostenimiento de los grandes ejércitos que precisaba la enorme maquinaría bélica de la Monarquía Hispánica.

---

55 El cáñamo (Cánnabis sativa), es una planta textil de la familia de las urticáceas, que se cultivaba por su fibra larga, suave y fuerte, para ser utilizada en la confección de tejidos o para la fabricación de cuerdas.

56 Dos Reales Cédulas de Felipe II (AGMM, Depósito Histórico, Signatura 6657.314 y 6657.315) destinadas a facilitar el paso de un cargamento de 200 quintales de cuerda de arcabuz comprada en Calatayud.

57 Según el fogaje de 1495, Calatayud era la segunda ciudad en importancia de Aragón con 1.031 fuegos, solo por detrás de Zaragoza (3.983 fuegos) y por delante de Tarazona (732), Alcañiz (705) y Huesca (616).

Bibliografía

ÁLVARO ZAMORA, María Isabel: «La alfarería y producción de pólvora en Villafeliche (Zaragoza): su interrelación y proyección hacia América (Nueva España)», *Artigrama,* 5, p. 167-184, 1988.

AZPIAZU, José Antonio: «Fabricación y comercialización de armas en el valle del Deba (1550-1600)», *Cuadernos de Sección. Historia-Geografía,* 22, p. 9-72, 1994.

BRUHN DE HOFFMEYER, Ada: «Las armas en la historia de la reconquista», *Gladius,* vol. esp., 1988.

CARRIÓN ARREGUI, Ignacio María: «La crisis del siglo XVII y la producción de armamento en Gipuzkoa», *Revista de dirección y administración de empresas,* 7, 1998.

FUENTE ALCÁNTARA, Vicente de la: *Historia de la siempre augusta y fidelísima ciudad de Calatayud*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1988.

GARCÍA MARCO, Francisco Javier: *Las comunidades mudéjares de la comarca de Calatayud en el siglo XV: Orígenes, condiciones socioeconómicas y marcos políticos de su permanencia*, Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 1993.

PÉLAEZ VALLE, José María: «La espada ropera española en los siglos XVI y XVII», *Gladius* XVI, 1983.

SÁNCHEZ GOMEZ, Julio: «Abastecimiento y desabastecimiento de pólvora en España en el siglo XVI», *Studia histórica: historia moderna*, 3, 1983.

URZAY BARRIOS, José Ángel; IBARRA CASTELLANO, Isabel; SANGÜESA GARCÉS, Antonio: «El Camino Real de Madrid a Zaragoza a su paso por Calatayud en el último tercio del siglo XVI», *V Encuentro de estudios bilbilitanos,* p. 275-282, 1997.

URZAY BARRIOS, José Ángel; IBARRA CASTELLANO, Isabel; SANGÜESA GARCÉS, Antonio: *Calatayud a finales del siglo XVI y principios del XVII (1570-1610). La configuración de una sociedad barroca.* Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 2001.

ANEXOS

RELACIÓN DE PIEZAS DE ARMERÍA IDENTIFICADAS DE FABRICACIÓN ATRIBUIDA A CALATAYUD

Armería Real	Observaciones
D-26	Capacete latonado con leyenda
C-8/1	Capacete
C-6/1	Capacete
Pendiente de catalogar	Capacete
Pendiente de catalogar	Barbote

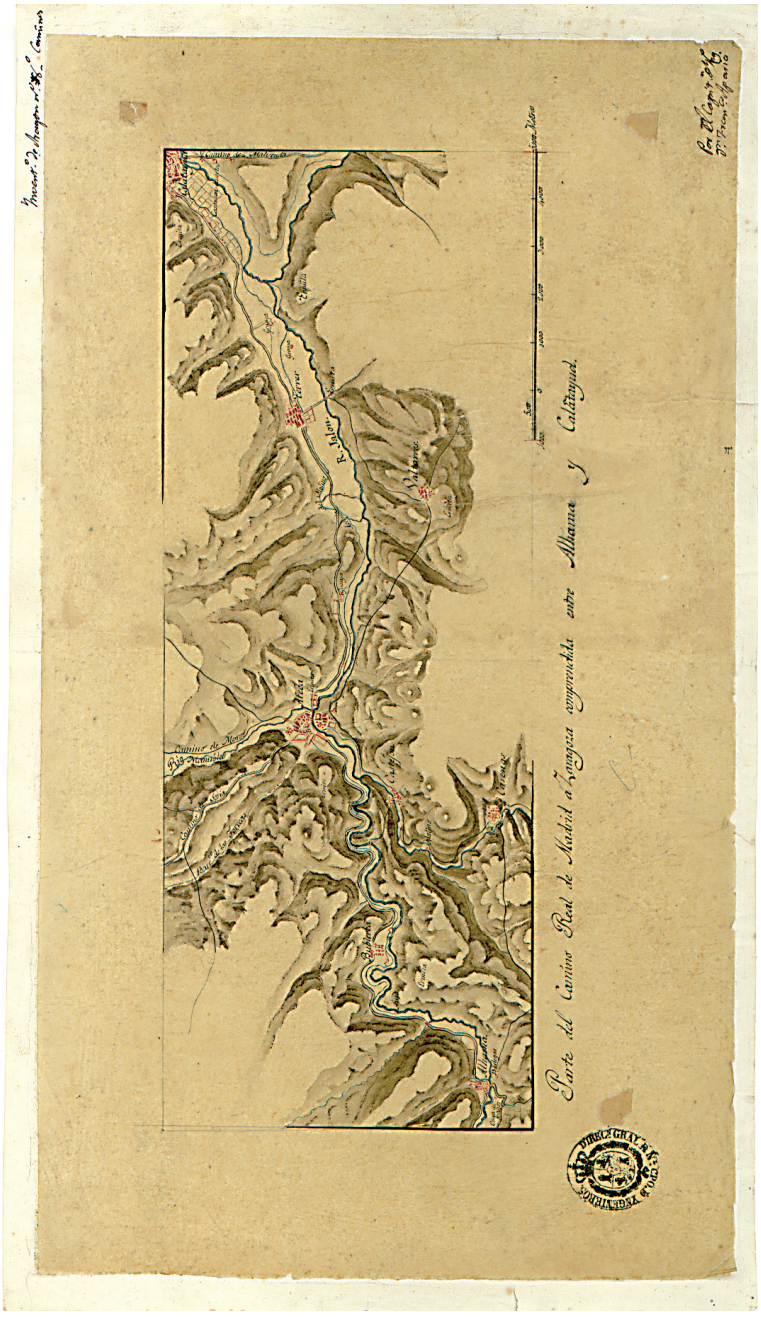
Museo del Ejército	Observaciones
35.192	Capacete latonado, procedente del Ducado de Medinaceli
35.115	Peto atribuido a Carlos V

Real Academia de la Historia	Observaciones
—	Capacete latonado

Ayuntamiento de Jaca	Observaciones
—	Capacete latonado

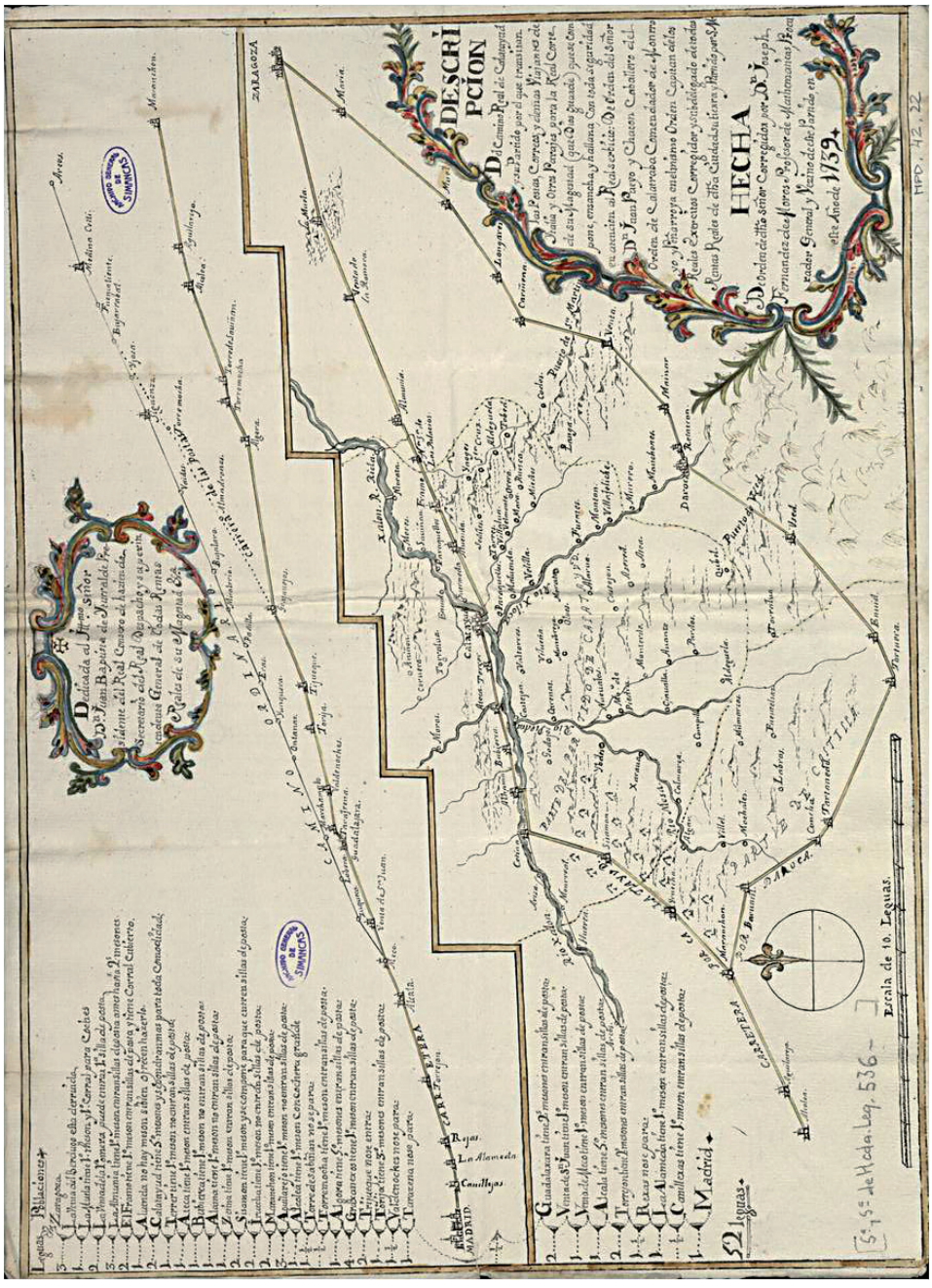
Catedral de Toledo	Observaciones
—	Capacete perteneciente al alférez Duarte de Almeida, portaestandarte real de Alfonso V de Portugal

Historisches Museum (Viena)	Observaciones
—	Capacete latonado y dorado, atribuido a Fernando el Católico



Parte del Camino Real de Madrid a Zaragoza comprendida entre Alhama y Calatayud, por el Capitán de Ingenieros Franco Aparici, 1830.

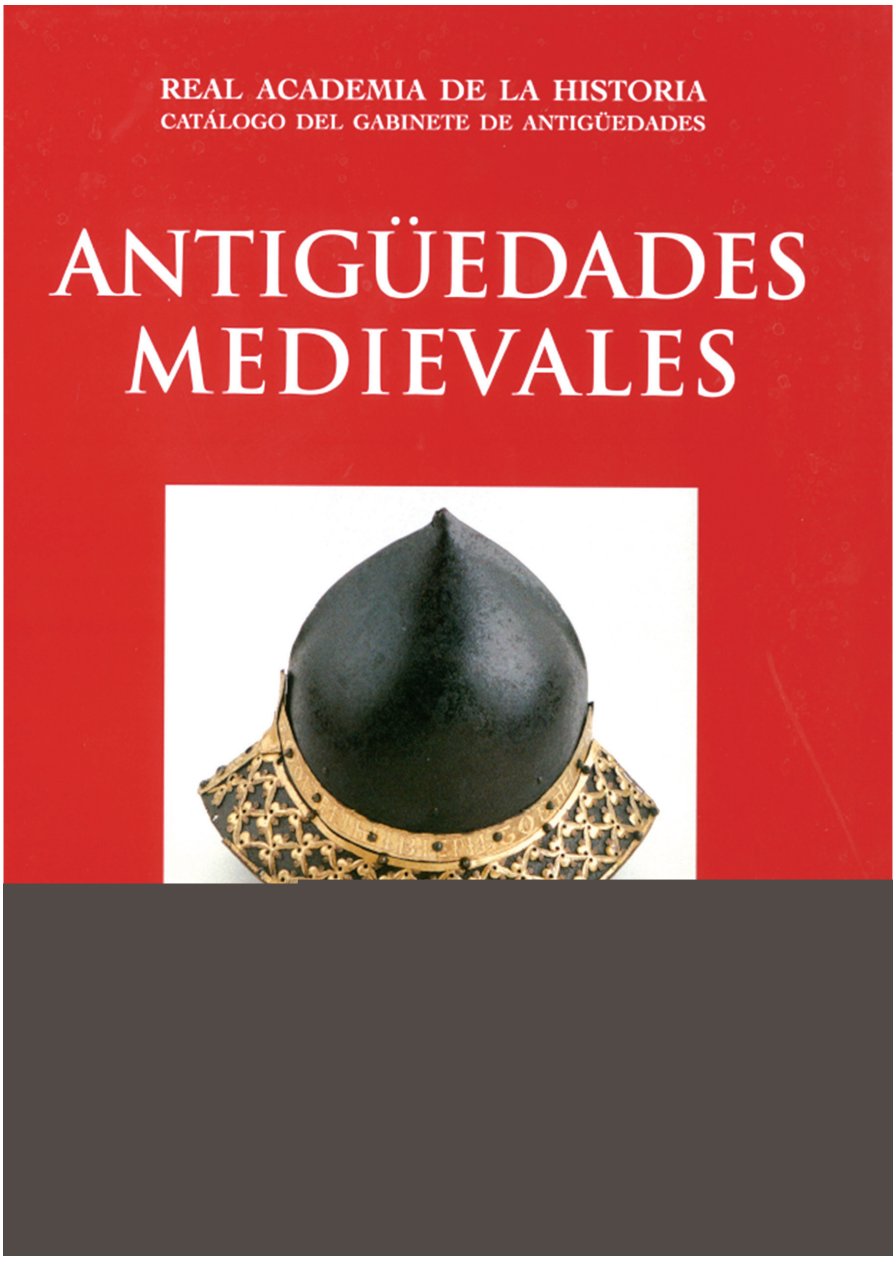
Descripción del Camino Real de Calatayud y su Partido,
de Joseph Fernandez de Moros, 1738 (Archivo General de Simancas).



Descripción del Camino Real de Calatayud y su Partido, de Joseph Fernandez de Moros, 1738 (Archivo General de Simancas).

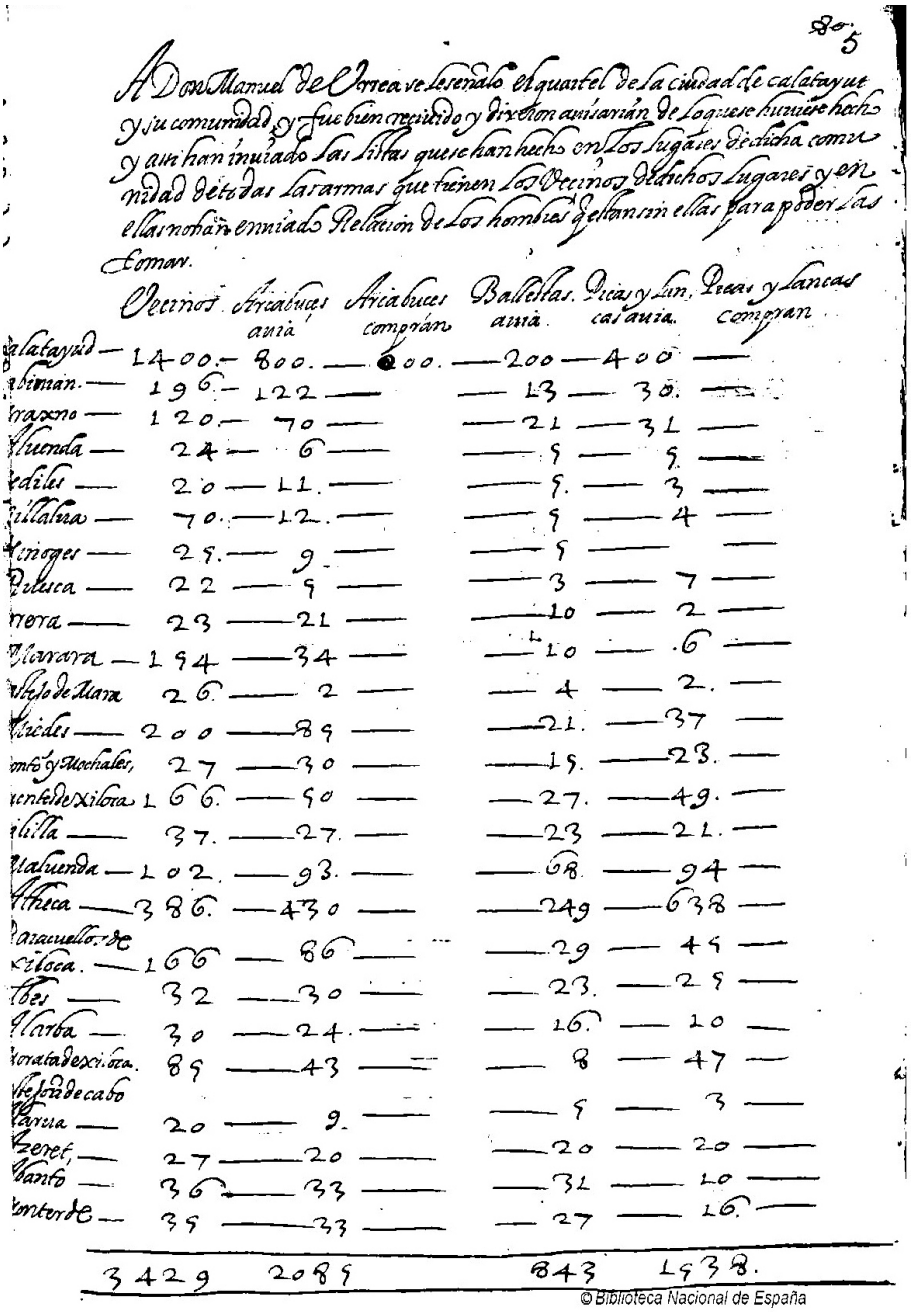
Este capacete es típico del armamento de los reinos de la península Ibérica a finales del siglo xv y principios del xvi, y por tanto característico de los tiempos de la Guerra de Granada.
Los capacetes se solían usar junto con barbotes que protegían el cuello y el mentón, o incluso todo el rostro. En este último caso, el barbote estaba dotado de aberturas para permitir la visión.
(N.º de Inventario: 35192; Museo del Ejército, Toledo).

En el Kunsthistorisches Museum de Viena está depositado este soberbio ejemplar de 1490, atribuido a Fernando el Católico y con inscripciones alusivas a la conquista de Granada, que por sus marcas es considerado de origen bilbilitano.

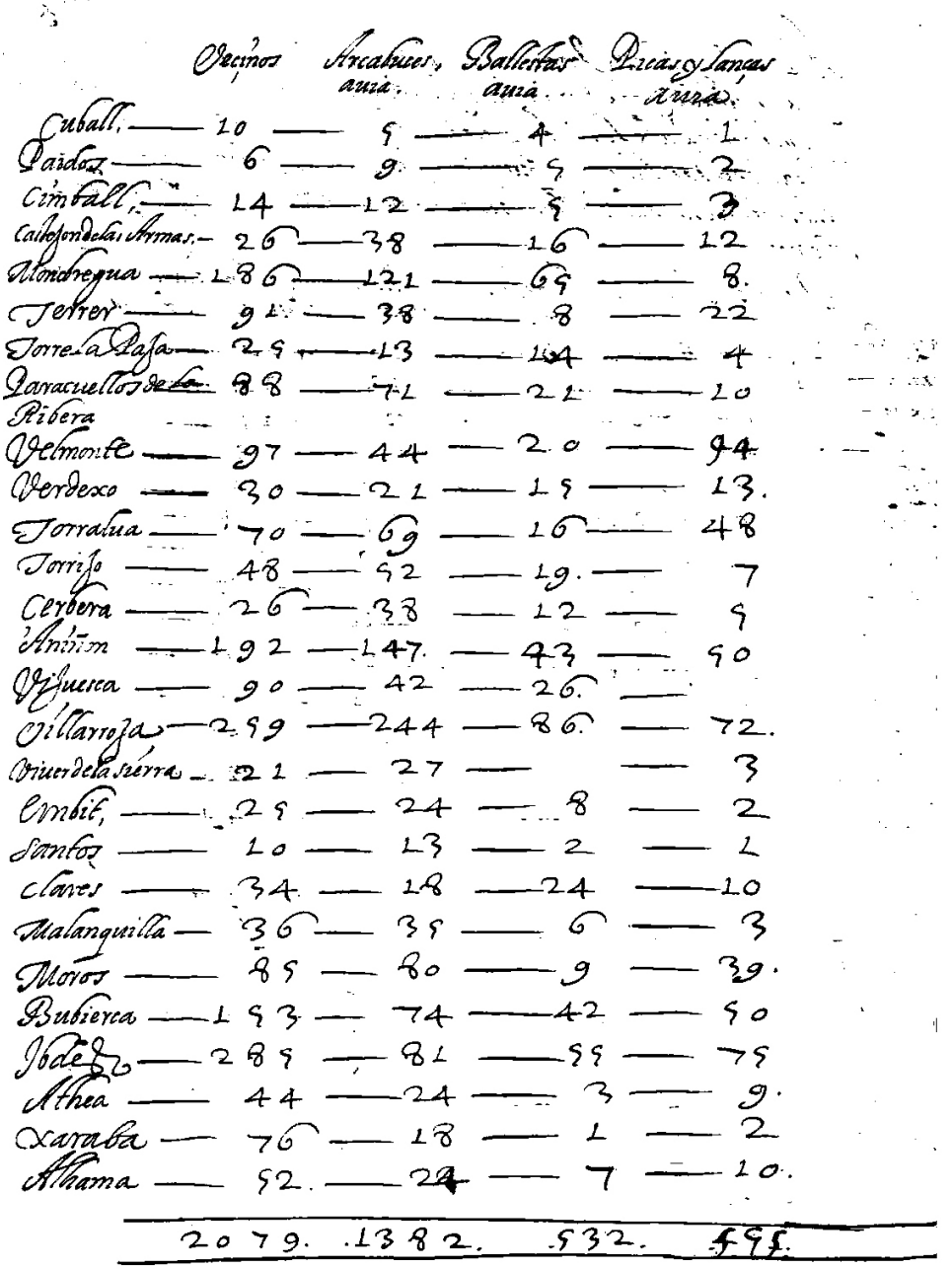


Catálogo de la Real Academia de la Historia, en el que figura este excepcional capacete. Destaca por la guarnición de latón que decora el ala y la base de la calva. Tiene una banda que alberga la enigmática expresión: «Las letras de aqueste asiento dicen mi bien y mi tormento». Sus punzones de armas apuntan a un origen bilbilitano.

Calatayud con iglesias y castillos. Croquis de Agustín Sanmiguel.

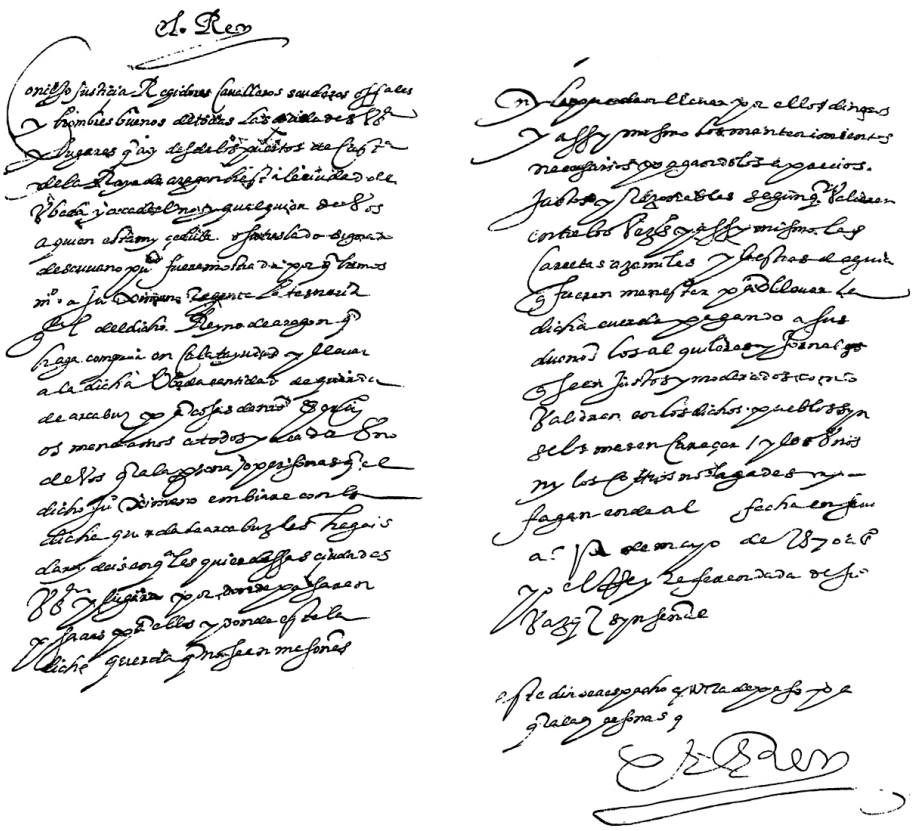


Relación de hombres y armas que había el 10 de noviembre de 1577 en el Reino de Aragón para el servicio de Su Majestad (Biblioteca Nacional, Códice D, 78, f. 4).

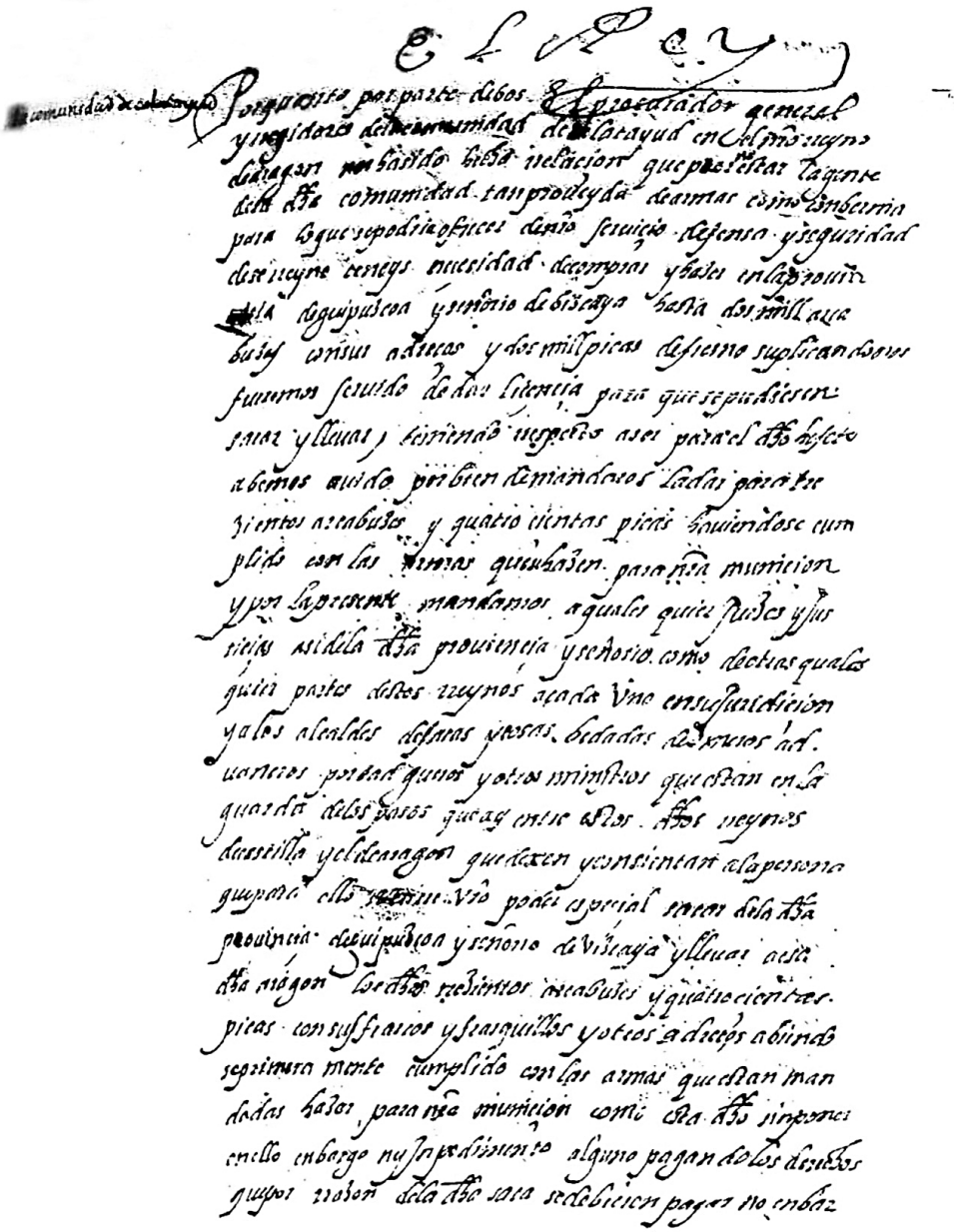


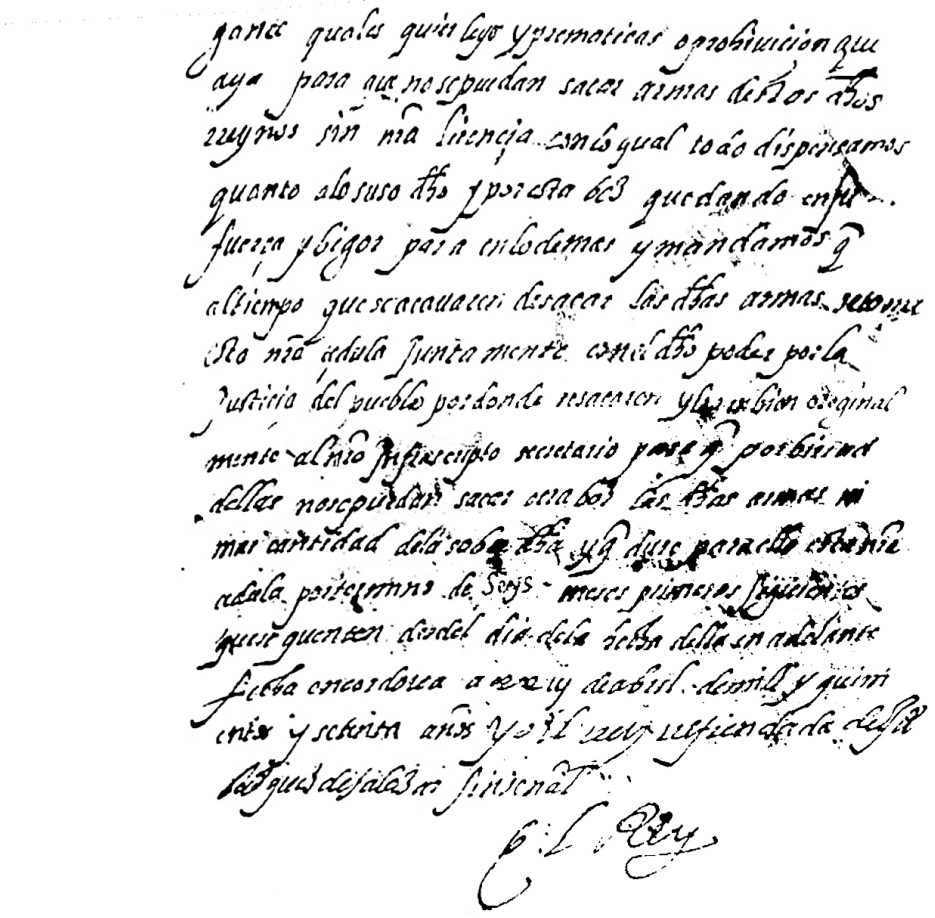
	Vecinos	Arcabuces, auia	Ballestas auia	Picas y lanças auia
Cuball	10	5	4	1
Paidos	6	9	5	2
Cimball	14	12	5	3
Castejon de las Armas	26	38	16	12
Mondregua	186	121	65	8
Terrer	91	38	8	22
Torre la Paja	25	13	14	4
Paracuellos de la Ribera	88	71	21	10
Velmonte	97	44	20	94
Verdexo	30	21	15	13
Torralua	70	69	16	48
Torrijo	48	52	19	7
Cerbera	26	38	12	5
Aniñon	192	147	43	50
Vijuesca	90	42	26	
Villarroja	259	244	86	72
Viuer de la sierra	21	27		3
Embit	25	24	8	2
Santos	10	13	2	1
Claves	34	18	24	10
Malanquilla	36	35	6	3
Moros	85	80	9	39
Bubierca	153	74	42	50
Ibdes	285	81	55	75
Athea	44	24	3	9
Xaraba	76	18	1	2
Alhama	52	24	7	10
	2079	1382	532	455

Relación de hombres y armas que había el 10 de noviembre de 1577 en el Reino de Aragón para el servicio de Su Majestad (Biblioteca Nacional, Códice D, 78, f. 4).



Real Cédula de Felipe II por la que se manda al Concejo, Justicia, Regidores, Caballeros, Escuderos, Oficiales y Hombres Buenos de todas las ciudades, villas y lugares que hay desde los puertos de Castilla de la frontera de Aragón hasta la ciudad de Úbeda (Jaén) que se les proporcionen a la persona o personas que Juan Jimeno, Regente de la Tesorería General del Reino de Aragón, envíe a Calatayud (Zaragoza) para comprar cierta cantidad de cuerda de arcabuz para llevar a Úbeda, posadas que no sean mesones, sin pagar dinero por ello, y los mantenimientos, carretas y bestias que guía necesarias, pagando precios justos (AGMM. Depósito Histórico, Signatura 6657.314).





Real Cédula de Felipe II por la que manda a los Jueces y Justicias de la provincia de Guipúzcoa y Señorío de Vizcaya, a los Alcaldes de sacas y cosas vedadas, a los Diezmeros, Aduaneros, Portazgueros y otros Ministros que están en la guarda de los pasos que hay entre los Reinos de Castilla y Aragón, que se le permita a la persona que sea enviada por el Procurador General y los Regidores de la Comunidad de Calatayud (Zaragoza), en el Reino de Aragón, sacar de la provincia de Guipúzcoa y del Señorío de Vizcaya 300 arcabuces y 400 picas y llevarlas a Aragón.
(AGMM, Depósito Histórico, Signatura 6657.393).

ÍNDICE

Prólogo
Gonzalo Sánchez Urbón 7

A modo de introducción
Cés*ar Muro Benayas*..... 11

El Camino Español
Fernando Martínez Laínez 13

La logística de los tercios
Víctor Javier Sánchez Tarradellas..... 23

Aportaciones de Calatayud y comarca
Víctor Javier Sánchez Tarradellas..... 85

Anexos 105

Se terminó de imprimir este libro
en los talleres de Imprenta Delta,
en Calatayud,
en noviembre de 2013

EL CAMINO ESPAÑOL Y LA LOGÍSTICA EN LA ÉPOCA DE LOS TERCIOS. APORTACIÓN DE CALATAYUD Y COMARCA

Fernando Martínez Laínez
Víctor Javier Sánchez Tarradellas

CENTRO DE ESTUDIOS BILBILITANOS
INSTITUCIÓN «FERNANDO EL CATÓLICO»